

L I L I A N A

BODOC

Tiempo de Dragones

EL ELEGIDO EN SU SOLEDAD



de

Lectulandia

Nulán rescata a Anuja, la sanadora, del pozo donde la tienen cautiva. Perseguidos por los soldados de Joria, ambos buscan el amparo del monte. Cuando Anuja es herida por una flecha Dratewka, la gran dragona blanca aparece para llevarse entre sus garras a la mujer moribunda. ¿Qué hará con ella? ¿Con qué fin aquella colosal criatura se ha dejado ver?

Ahora todos van tras ella, aunque con propósitos opuestos. Es voluntad de la dragona que confluyan en un coto de caza, en un tiempo de guerra. Y su voluntad se cumple.

Los Japiripé se hacen presentes. El pueblo arayé acata un nuevo destino. Antón, el alquimista, transmuta su alma gracias a las frutas de la lujuria. Beliria se yergue sobre el ejército de su padre. Y Nulán, estaqueado en soledad bajo la noche del campamento, acepta su condición de Elegido y, con ella, la obligación de visitar el pasado para construir un nuevo porvenir.

Lectulandia

Liliana Bodoc

El Elegido en su soledad

Tiempo de dragones - 2

ePub r1.0

Titivillus 15.09.18

Liliana Bodoc, 2017
Ilustrador: Gonzalo Kenny

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Los Sioses

¿Dónde comienzan los dioses? ¿Amanecieron ellos antes que el lenguaje? ¿O son, sin desmedro de su existencia, la suprema construcción de la palabra humana?

De norte a sur, en Mérec, los arayés conocieron a ciertos dioses pequeños y coloridos que gustaban decorarse con plumas de loro, usar collares y argollas en las orejas. Y bailar de forma preciosa.

Los Japiripé, tan numerosos como las abejas.

Los Japiripé, sentados sobre sus propias lenguas, hacían ademanes exagerados. Los pequeños dioses estaban furiosos, increpaban y maldecían: dañinos, inservibles, carne agria, riñones sin alma... ¡Culones!

Después de cada insulto, se alzaba un griterío de repudio contra el pueblo humano.

—Tienen una piel para amarse, y ellos la usan para quedarse solos.

Los Japiripé se estiraron la boca para gritar.

—Les dimos sonrisas, porque las sonrisas son portales. Y ellos las usan para fingir alegría.

—Les dimos la música como pensamiento, y a ellos solo se les ocurrió mover sus grandes culos.

No era por capricho o aburrimiento que los pequeños dioses lamentaban estos asuntos. Más bien trataban de determinar si era adecuado volver a hacerse presente en las aldeas como está presente un familiar, como llega un primo de visita, como habla un hermano; cosa que había dejado de suceder hacía ya mucho tiempo.

Un Japiripé se lanzó desde la copa de un árbol hasta una rama baja.

—Si les hablas de modo que te entiendan, los culones creerán que eres igual a ellos. Y si eres igual a ellos, ¿por qué serías grandioso?

Años atrás, antes de que los Dratewka llegaran a Mérec, los Japiripé eran una

presencia nítida de extremo a extremo del continente. Ellos se presentaban en las bodas, los funerales, las batallas, las tormentas... Pero tras la llegada de los pastores, las cosas cambiaron en las tierras del sur.

Porque en el sur se alzó la capital de los Dratewka, y exhaló su aliento sobre las aldeas que ocupaban la zona más fría del continente. Aquellos arayés, cercanos al mayor emplazamiento extranjero, se perturbaron, se confundieron y, buscando la manera de mitigar esa desazón, se separaron de sí mismos. Después, cuando comprendieron que los Dratewka nunca serían vecinos y siempre amos, algunos desearon regresar al origen, al río que los había llevado hasta ese punto del tiempo. Algunos en las aldeas del sur entendieron que, perdiendo el portal de las sonrisas, la gracia del transcurso y la danza como sentido, ya no estaban vivos sino solo andando.

Tienes el río al que perteneces, pensaban y decían. Si te sientas en la orilla no estarás vivo ni muerto.

Y esos que buscaban el regreso, añoraban el norte de Mérec, allí donde los arayés de los pantanos calientes aún sonreían, y danzaban para comprender.

Mientras hablaban, los Japiripé no dejaban de moverse; trepaban por las ramas, se colgaban del follaje, se hamacaban... Algunos se marchaban de pronto y algunos llegaban. Pero todos entendían lo que estaba ocurriendo sin necesidad de recibir explicaciones; porque los Japiripé eran, al fin, un solo cuerpo, un solo animal y un solo dios, de modo que lo que unos sabían, lo sabían todos.

—Es aquí donde los culones han olvidado que la sonrisa es un portal.

—Aquí es también donde hierve el tiempo.

La inmensa decisión que los Japiripé debían tomar era si de nuevo se hacían presentes sin simulacros ante la gente arayé. O si eso sería inútil, o sería peor.

Como los Japiripé eran un único cuerpo, animal y dios, la oposición y el dilema estaba en todos ellos y en cada uno. Y se resolvería para todos o para nadie.

—¿Presentarnos ante ellos? Entre dioses y humanos hay mucha distancia abierta y punzante.

—Pero la distancia existe en las alturas. Bajando lo suficiente no existen los abismos.

—Y en este sur se despertó la profecía.

—Y hacia este sur han volado los grandes dioses.

Tal vez, los Japiripé estaban jugando. Aunque tratándose de dioses, la diferencia entre jugar y vivir podría ser inexistente.

Quizás jugaban a dudar y a irritarse para luego aceptar la decisión que ya habían tomado.

—Nos haremos presentes como mosquitos.

—No será para endulzarlos con nuestras lenguas encantadoras.

—No será para mecerlos.

—Será para picotearlos.

Aunque los Japiripé estaban irritados, deberían volver a confiar y hacerse

presentes, porque ¿de qué sirve un dios sin su pueblo?

Primera parte

AtarSeceres



El día que Nulán rescató a su madre del pozo donde la tenían cautiva, los Japiripé estuvieron allí como parte del azar, como distracción, como viento a favor de las flechas que cubrieron la huida. Y mientras Nulán y Anuja escapaban a través de una ciudad colmada de gente a causa de la Fiesta del Dragón, los pequeños dioses saltaron sobre un platillo de la balanza. Y así favorecieron a los prófugos.

Estuvieron sobre el lomo de aquel dragón de madera y papel donde Nulán ocultó a su madre y le permitió recobrar el aire. Igual que estuvieron cuando Beliria, que había ido tras ellos, se hizo presente.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entonces Nulán.

—No lo sé —respondió la joven.

¿No lo sé? Un Japiripé de largo cabello tomó esas inútiles palabras, y las estiró entre las palmas de sus manos hasta lograr un hilo muy fino con el que escribió una respuesta apropiada.

—Antón me lo pidió. Dijo que debía estar con ustedes —completó Beliria.

Nulán, sin embargo, volvió a tomar la mano de su madre y, con ella, continuó corriendo hacia el muro que separaba la ciudad del monte.

Con Japiripé o sin ellos, Beliria los siguió.

Con Japiripé o sin ellos, un soldado de la partida logró divisar a los prófugos entre la multitud que festejaba.

—¡Allí van!

De un lado y de otro, los perseguidores avanzaron hacia los fugitivos. La distancia se acortaba peligrosamente, y Anuja perdía fuerzas.

—¡Vamos! —pidió Nulán—. El monte está cerca.

El hijo y la madre se dirigían al puente antiguo: una pasarela carcomida que, alguna vez, había servido para cruzar la fosa que rodeaba Oras Viitor.

Anuja estaba en desventaja porque las flechas que disparaban los soldados eran mucho más jóvenes que ella. Una de esas flechas se enterró en mitad de su espalda.

Los Japiripé vieron el vuelo del arma y le abrieron paso; no quisieron intervenir en esa fatalidad. En cambio, algunos de ellos saltaron hasta las orejas de Anuja que, de inmediato, eligió morir después, postergar el dolor y avanzar como si no tuviera la espalda agujereada. Gracias a esa decisión, ella y Nulán alcanzaron el puente antiguo.

—Espera, Anuja.

Nulán quiso avanzar antes para ver si el puente, corroído por los años y la humedad, soportaba su peso. Logró pasar. Enseguida lo hizo Anuja que, ya cerca del monte que amaba, logró dar los últimos pasos. Pero apenas dejó atrás el puente, la mujer cayó de cara a la tierra. Así Nulán pudo ver que traía una flecha en la espalda.

—¡Madre! —La palabra que nunca pronunciaba.

Nulán se arrodilló junto a ella, y la giró apenas lo suficiente para abrazarla.

—Ya llegamos, estamos en el monte. Aquí hay medicinas.

Los Japiripé sonrieron.

—Eso es, Anuja, sonríe —dijo Nulán—. Tú me enseñaste que la desgracia le teme a las sonrisas.

Beliria, que no les había perdido el paso, llegó en ese instante. Y tras ella, las voces de los perseguidores. Nulán no separó la mirada de su madre, ni por la presencia de la joven ni por la cercanía de los soldados. Solo lo hizo cuando un viento, brutal y rojizo, cubrió el monte y arrastró a los Japiripé como si se tratara de una confusión de mosquitos.

¿Así llegaba la muerte de Anuja? ¿Así le anunciaban el comienzo de la soledad definitiva?

Nulán se puso de pie al mismo tiempo que una dragona blanca se adueñaba del cielo y ensombrecía el monte.

Los Japiripé treparon a las copas frondosas.

La dragona descendió. Cantó un antiguo idioma. Algo debió entender Nulán porque permitió, sin ninguna resistencia, que la dragona tomara a su madre entre las garras y emprendiera vuelo hacia el norte montañoso.

Para ese momento, los Dratewka ya no sabían qué cosa era más importante: perseguir a los prófugos, regresar al Castrum con la gigantesca noticia de que, al fin, un dragón había aparecido, o caer de rodillas. Filip, al mando de aquella persecución, supo dividir las tareas de modo que quedara para él la parte más jugosa.

—Ustedes síganlos. Yo volveré a la ciudad.

Luego de elegir a los soldados que lo acompañarían y designar al hombre que quedaba al mando de la redada, Filip pronunció una advertencia.

—Los monos están cercados, queda ir por ellos. —Enseguida ajustó las posibilidades—. Él tiene que vivir. A él lo llevan vivo.

Sus hombres lo escuchaban, sin poder creer que el jefe de ballesteros fuese capaz de articular órdenes y organizar los movimientos tras lo que acaban de ver. Pero el poder acorrala las emociones. Filip lo había aprendido de su padre y nadie en el mundo, valía para él más que ese hombre.

Cuando la dragona desapareció con Anuja, Nulán se quedó solo. Solo y en el monte, allí donde era capaz de mimetizarse con cualquier corteza, asemejarse a cualquier matorral, correr en dos direcciones al mismo tiempo. Pero Beliria estaba allí, mirándolo con miedo y con anhelo.

—Ellos no van a hacerte nada —dijo Nulán.

Beliria movió la cabeza desacompasadamente.

—Por favor...

Nulán estaba lejos de imaginar lo incierta que era la posición de Beliria dentro de los límites del Castrum.

—Grita tu nombre y estarás a salvo —respondió.

Esa fue la única ayuda que le permitió el tiempo. Y rápido, se metió entre los matorrales.

Nulán estaba de regreso, y el monte abrió de par en par sus puertas ocultas.

Afuera quedó Beliria, inmóvil.

La joven no podía saber que Filip había partido hacia el Castrum. En cambio sabía que el monte y la noche serían, para el jefe de ballesteros, la mejor posibilidad de consumir el odio que guardaba hacia ella desde que ambos eran niños.

Quien no conoce el monte no conoce el verdadero sentido de lo múltiple, y es incapaz de ver los corredores de la humedad, las esquinas de la sombra, los túneles en la maleza. Quien no conoce el monte es incapaz de reconocer, siquiera, cuál es su frente y cuál su espalda.

Pero Nulán y el monte eran la misma cosa.

Las botas de los soldados de Joria le daban suficiente tiempo. Nulán se agazapaba y ellos pasaban cerca, muy cerca a veces, sin distinguirlo ni olfatearlo.

Los Dratewka se detuvieron frente un gigantesco helecho; debajo de sus hojas Nulán respiraba con las aletas de la nariz muy abiertas. Un soldado creyó ver una silueta y dio aviso. Pero Nulán reptaba por un túnel de orquídeas. A medida que se adentraban en el monte, disminuían las posibilidades para los soldados que, solo por temor al castigo, continuaban buscando. Allí donde avanzaban, algo crujía, se quebraba una rama, se hundía el silencio bajo sus pies.

Nulán comprendió que era momento de permanecer en un sitio y dejarlos pasar.

Oculto en un tunar espinoso, donde parecía imposible que alguien se metiera, Nulán pudo recuperar la imagen de la dragona llevándose a Anuja. Y pudo recordar el canto. ¿Acaso lo había entendido como entendía las palabras humanas? No de ese modo. No así. En cambio, comprendió que no debía oponerse de ningún modo porque Anuja carecía de una mejor posibilidad.

¿Había entendido Nulán? ¿O era solamente el deseo de creer que Anuja estaba a salvo?

A su alrededor, los soldados se rendían. El monte se elevaba rápidamente, y era imposible saber cuándo un hombre caería a un pantano o entraría, sin notarlo, a la mansión de las víboras.

Nulán esperó sin medir el tiempo.

Anuja le había transmitido su pensamiento aráyé. El tiempo era una fruta, solo cuando hubiera saboreado todo su jugo, hasta la última gota, podría abandonar el tunar.

Nulán, el hijo dilecto del monte, sabía con precisión dónde estaba situado, y qué encontraría según la dirección que tomara. Pero la dragona blanca había volado rumbo a las montañas, de modo que era innecesario detenerse a pensar. El rastro a

seguir era el que ella había marcado.

Sintiéndose a salvo de los soldados del jerarca, Nulán avanzó ensimismado en los olores del aire alto, aquel que la dragona blanca había surcado. Pero su olfato era redondo y perfecto, de modo que pudo también distinguir las presencias de la tierra. Nulán se detuvo frente a un matorral espeso, seguro de que allí había dos personas ocultas. Primero comprendió un olor, después el otro. Ninguno de ellos justificaba que sacase el cuchillo de su cinto. Solamente se quedó esperando hasta que los juncos se movieron y, frente a él, aparecieron Antón y Beliria.

El mago lo miró con la expresión de quien descubre un mensaje encriptado. Beliria entornó los ojos.

Cuando Filip entró a la sala de mando sin aguardar el asentimiento de rigor, Joria estaba inmóvil en su silla.

—Señor —dijo, buscando la atención del jerarca.

Joria demoró en mirarlo. Antes, remolcó sus ojos desde alguna lejanía. Antes, ovilló un intrincado carretel. Y recién entonces reparó en el jefe de ballesteros.

—Lo vimos —murmuró Filip.

—¿De qué hablas? ¿Qué fue lo que viste y te trae tan asustado?

—Un dragón... En el monte.

Ni lo extremadamente bueno ni lo extremadamente malo hallan fácil recepción en el espíritu.

—¿Por qué pronuncias la palabra dragón?

—Porque allí estaba, en el monte. Íbamos tras los arayés y apareció. Blanco —dijo y repitió—. Blanco, enorme.

—Piensa bien lo que dices —Joria empezaba a sudar—. Piensa, porque si es falso no tendré piedad.

Pero Filip estaba tan seguro como nunca antes lo había estado:

—Era un inmenso dragón blanco. —La emoción lo iluminaba—. Lo vimos.

Por primera vez, Filip sería dueño absoluto del amor de su padre.

Joria buscó control en el silencio. No vociferó victorioso, no bebió vino de la jarra. Las dos cosas, la euforia y la borrachera eran para después de las decisiones. Se acercó a Filip y le habló en voz muy baja.

—Hemos esperado esto durante muchos años, ¿por qué, cuando llega, no creemos que sea verdad?

En el monte, Nulán enfrentaba sin vergüenza la mirada de Beliria, que parecía reprocharle el abandono. Antón hizo la primera pregunta.

—Nulán, entendiste su canto, ¿verdad?

—No.

—Debes decirme...

—No.

—Sin embargo, dejaste que se llevara a Anuja.

En respuesta, Nulán abrió las aletas de su nariz. Y Antón, que conocía ese modo de hablar, supo que no era momento de insistir, ni de buscar un puente entre los dos lenguajes.

—Ahora cobra mayor sentido aquello que hablamos en mi laboratorio —dijo.

Nulán recordó lo mucho que el alquimista había hablado; lo poco que había escuchado.

—La dragona blanca decidió revelarse ante todos —continuó Antón—. Ni tú puedes volver a tu casa del monte. Ni yo, a mis pergaminos. ¿Puedes verlo? —Miró a Beliria—. Tampoco puede volver al Castrum... La ambición de Joria, siempre insondable, podría entrometerse con ella.

—No volveré a la choza sin Anuja —respondió Nulán.

Entonces, Antón no dudó en pedir.

—Por favor, permítenos ir contigo. ¡Y no me digas que en soledad avanzarías más rápido! Por el monte, seguramente. Pero no por la comprensión.

Nulán no aceptaba la idea expresada por el alquimista, pero aún no tenía modo de discutirla. En cambio, conservó la frase en su memoria para otro tiempo.

«Por el monte, seguramente. Pero no por la comprensión».

El hijo del monte revisó en pocos segundos lo que había sucedido en los últimos días, los acontecimientos pasaron por su memoria como pasa un paisaje a los costados del que corre. Luego aceptó la compañía de los Tzarús.

—Voy hacia las montañas —advirtió.

Cuando Nulán decía montañas, semejante en eso al pueblo arayé, hablaba de avanzar hacia el norte, donde los montes Cazut ganaban altura para coronarse, al final del camino, en una cima insondable. Aquella cima conocida, con justicia, como la Montaña que no cabe en el Mundo.

—Vamos contigo —dijo Antón. Y golpeó con suavidad la espalda de Beliria.

Frente a su choza, puesto que era el único que no vivía en las Casas Gusano, estaba la Máxima Ancianidad. Sentada a su lado, Mimbí se golpeaba las rodillas puntiagudas. Los dos esperaban lo mismo de distinto modo. Mimbí resoplaba, la Máxima Ancianidad contenía el aire. Mimbí adivinaba, la Máxima Ancianidad se preparaba para aceptar. Mimbí se inclinaba hacia adelante. El anciano se estiraba hacia el cielo.

Cuando la figura del Tohol apareció a la distancia, la cacica se paró con agilidad, y esperó saltando sobre un pie y sobre otro. El Tohol evitó mirarla para dejar claro que no aceptaba que una mujer estuviese presente a la hora de dar grandes noticias. Pero si la Máxima Ancianidad lo permitía, él no podría hacer nada.

—Nulán tuvo su fracaso —dijo. Y enseguida agregó lo peor—: ¿Su fracaso o su

traición?

Casi enseguida, porque el Tohol carecía de edad para la astucia, mostró sus dobleces.

—Yo nunca olvidé que Nulán no tiene origen. Yo nunca confié en él.

La Máxima Ancianidad separó prolijamente las habilidades de su cabeza. Con una parte se aprestó a escuchar todos los detalles de lo ocurrido en el Castrum. Con otra parte, se entristeció viendo cómo la gente aprovechaba catástrofes, guerras y asuntos del mundo para hablar de sí mismos y cambiar de pensamiento. Lo había visto muchas veces. Y debió atravesarlo. Con la tercera parte, escuchó a la cacica, que estaba hablando:

—Antes de pronunciar la palabra traición, hay que masticarla setenta veces.

El Tohol no disimuló su aversión:

—Mimbí, eres cacica entre las viudas y los huérfanos. Pero no entre los ancianos y los guerreros. ¿Tu lengua olvidó eso?

La Máxima Ancianidad no alentó la disputa.

—Siéntate a mi lado y dime todo lo que debas.

El Tohol aceptó la invitación.

—Nulán logró escapar con Anuja. Artejal quedó allí. Y todo va a empeorar para él y para nosotros.

Tras contar todo cuanto sabía sobre lo ocurrido, incluyendo el escape de Nulán y Anuja hacia el monte, el Tohol dio a conocer su decisión:

—Como primer hijo del jefe Artejal, heredero de su vincha y su arco, debo ocupar el hueco.

El anciano sabía que lo que el joven guerrero decía era justo.

—Te asiste el derecho —respondió.

Con solo aquella respuesta, Mimbí vio oscurecerse el destino de la Casa Gusano del Río y de toda la aldea. Golpeó sus muslos con los puños cerrados y salió corriendo.

Corriendo atravesó la aldea y llegó al espacio que les pertenecía.

De paredes grumosas y retorcidas, apenas más altas que un arayé y con pocas ventanas, así eran las Casas Gusano. Y la del Río no era diferente, excepto por la disposición de los fuegos interiores.

En las tres restantes había un fuego por cada familia. Pero aquí, donde vivían las viudas que ya no eran casaderas, las mujeres que por causas distintas no podían acceder al matrimonio, las huérfanas hasta alcanzar la edad de desposarse y los huérfanos hasta los seis años, los fuegos eran de todos. No había necesidad de trazar círculos alrededor de las hogueras, ni de esperar la invitación de los parientes para hacer visitas.

La cacica entró, aspiró el buen olor del barro y de los grandes manojos de hierbas que colgaban en las paredes. A pesar de tener menos años que muchas de las mujeres que habitaban la Casa del Río, Mimbí era una cacica amada. Todos la consideraban

madre. Tanto, que así acostumbraban llamarla.

—¿Qué pasa en tu cara, madre? —le dijo una joven.

Se trataba de una mujer que nunca iba a casarse porque tenía el labio superior pegado a la nariz. Kerrrr era el nombre que le habían otorgado por su modo de hablar, y que ella aceptó con alegría.

Mimbí confiaba en su inteligencia y siempre la reclutaba para asuntos de importancia. Ese día la llamó aparte.

—Artejal sigue en cautiverio —dijo la cacica—. Y el Tohol es ahora jefe de la aldea.

—Lo justo —dijo Kerrrr.

—Pero no lo mejor. Avisa que, cuando los niños estén dormidos, vamos a reunirnos a tejer.

Kerrrr sonrió y se dirigió al final de la Casa Gusano para avanzar dando aviso: Hoy vamos a tejer. Duermen los niños, tejemos nosotras.

Cada vez que lo decía, las mujeres que escuchaban se cubrían la risa.

—Es una dragona —dijo el jerarca a Filip—. Y tiene un nombre.

Poco después de recibir la noticia, Joria quiso y exigió quedarse solo, sin otra presencia que la Liebre Moteada, echada a sus pies. Deseaba atravesar las dudas en soledad, prepararse tras la escena así como solían hacerlo los músicos ambulantes antes de aparecer ante la multitud realizando el ademán preciso.

El jerarca sacó una ciruela de la bandeja de plata con el único fin de hacerla girar mientras reflexionaba. Iba y venía la fruta sobre la mesa, iban y venían sus pensamientos. Los hechos de los últimos días se engarzaban en su mente. Su lógica de antiguo pastor lo guiaba por entre la maraña de sentidos, y lo ayudaba a distinguir sin dificultad tanto el lobo oculto en la fronda como la oveja negra. Antón era el lobo. La oveja era Nulán.

¿Y Beliria? ¿Qué sitio ocupaba en aquel revoltijo? ¿Su hija había abandonado el Castrum por propia voluntad o era rehén del aráyé? Desde luego que el jerarca lo había preguntado de inmediato, pero la gran confusión que tuvo lugar en la antesala del Castrum al momento de la huida hizo que cada quien viera cosas distintas, de tal manera que los testigos sostenían versiones contradictorias.

Como fuera, la dragona blanca había aparecido cerca de Nulán.

—Alguna vez escuché decir al alquimista que quienes no reparan en las coincidencias son obcecados y torpes como piedras. ¡No lo seré yo!

Había llegado el momento de beber. Joria se sirvió una copa, y otra, y otra. A diario, tres copas apenas le alcanzaban para eructar. Esta vez, extrañamente, le bastaron para aceptar el prodigio de un dragón volando por el cielo de Mérec.

—¡Está sucediendo lo que mi abuelo y mi padre esperaron en vano! Ahora no puedo equivocarme. Mare Limba, ¡cuánto te necesito!

Sin ventanas abiertas, el mantel que cubría la mesa onduló levemente.

Joria dejó la copa vacía y, para cerrar su razonamiento, tomó un cuchillo y lo clavó en la carne de la ciruela. Después abandonó el comedor de piedra para dirigirse a zancadas hacia la habitación de su esposa. Avanzó resoplando por los pasillos oscuros, con la Liebre detrás.

Gota a gota, la sangre de Oropelia caía en una bacha blanca. Y fue una gota detenida en el centro de su viaje lo primero que vio Joria al abrir la puerta.

El médico que practicaba la sangría giró la cabeza. Al ver al jerarca quiso ponerse de pie, pero Joria detuvo la cortesía con un gesto. La enferma miró también, y en cuanto vio el hocico de la Liebre Moteada rogó a su esposo que se la llevara.

—Veo que no es buen momento para una visita —dijo Joria, sin fingir amabilidad.

—Esto descomprime su dolencia...

—Sí, sí, lo sé —Joria había escuchado muchas veces las explicaciones del médico—. Tome su tiempo. Yo puedo volver más tarde.

Era el año 980 del Calendario Quinto. Y en Mérec, capital del dominio Dratewka, la leyenda volvió a ser historia.

Diecisiete monjes habían fraguado una profecía, ciento treinta años atrás, en vísperas de su muerte. ¿Pudieron ellos imaginar que el Elegido caminaría a través de un monte cerrado, del otro lado del mar? Con seguridad, no pudieron. En cambio, murieron con la certeza de que cualquier profecía sería indetenible cuando los campesinos y las rameras creyeran en ella.

Y allí iban Nulán, Antón y Beliria tras el rastro de la dragona blanca, rumbo a las montañas. Para Nulán, el único sentido de ese viaje era rescatar a Anuja. Antón tenía otro propósito. No es que le fuera indiferente la suerte de la sanadora arayé; pero mucho más le importaba construir al Elegido que debía ponerse al frente de la profecía y conducir la gran rebelión del año 1000. El líder que posibilitaría el regreso a un mundo donde humanos y dragones convivieran en hermandad y donde la inmortalidad, el sueño mayúsculo de los alquimistas, fuera un desafío posible.

En la sala de mando del Castrum, Joria había reunido a un grupo de hombres de rango para comunicarles su decisión. A su derecha, estaba Filip. A la izquierda, Loial, el capitán que sobresalía entre sus pares. Frente a ellos, los más importantes entre los señores Dratewka y los mandos militares intermedios.

El jerarca pronunció las primeras palabras.

—¡Vamos tras la dragona! ¡Vamos a volver con su cabeza! —anunció.

Ninguno de los presentes dudó en alzar los puños y vivir la determinación tomada.

Por ese tiempo, en Mérec, la autoridad de jerarca era indiscutida. Y con Terentigani sumido todavía en sus propias y cruentas batallas no había nadie capaz de oponerse a la sucesión que había comenzado con Tatalíe y ahora descansaba en las espaldas de Joria.

Pero Joria Dratewka sabía que Terentigani comenzaría a mirar con mayor interés hacia las colonias de Mérec. Sabía que los barcos de los palari acá y de algunos comerciantes que buscaban diamantes en el norte del continente, serían reemplazados por las flotas del gran jerarca de Terentigani. Porque Terentigani llegaría a pedir cuentas y a reclamar el control. Entonces, nada mejor que esperarlos con la cabeza de la dragona rebelde; la que ellos habían dejado escapar.

Joria y sus hombres tenían una vasta tarea por delante: organizar los innumerables aspectos de lo que sería una ardua expedición hacia el norte, a través de un terreno montaraz y por un tiempo indefinible. Los víveres, los pertrechos, los mapas, el plan de avance... Pero sobre todo, las grandes ballestas. Y Arbaleta entre ellas, única arma capaz de abatir dragones.

—Si llevamos demasiados soldados, la ciudad quedará desprotegida —dijo uno de los señores Dratewka—. ¿No aprovecharán los arayés para rescatar a su jefe?

Hubo un preocupado asentimiento general.

Joria sonrió. Días atrás le había expresado a Loial esa preocupación. Tras escuchar atentamente, el joven capitán supo dar con una solución profunda y eficiente. Desde luego, el jerarca evitó mencionar al dueño de la idea.

—Pensé en eso —dijo.

Cuando todos se aprestaban a escuchar, Joria abrevió el asunto.

—Lo vamos a resolver de tal modo que, quizás, aniquilemos dos enemigos en la misma batalla. ¡Luego lo sabrán!

Los más cercanos al jerarca se atrevieron a una queja casi femenina, que el jerarca tomó a risa.

—Hay mucho que trabajar. —Era evidente que Joria daba por concluida la reunión—. En estos días disfruten de sus mujeres, coman y beban sin pudor, porque nos espera un largo camino.

Al día siguiente, Joria y Filip se dirigieron hacia la estancia de piedra donde se preservaban las grandes ballestas. Algunas, construidas poco después de que los Dratewka llegaran a Mérec en busca de los dragones. Otras, más recientes y precisas.

Padre e hijo amaban aquellas armas, y anduvieron entre ellas acariciándolas al pasar como si se tratase de gigantescas hembras en reposo.

¿Cuáles llevarían en aquella cruzada decisiva?

Filip sugirió diez ballestas de eje, que les permitirían girar el arco hacia ambos lados, y apuntar con mayores posibilidades a un dragón en vuelo.

¿Y Arbaleta? ¿Sería posible derribar a la dragona blanca sin su ayuda?

Arbaleta era, en muchos modos, la réplica de un carnero gigantesco. Su estructura terminaba en una cabeza de macho cabrío, con su cornamenta curvada y su barba

tallada en madera. Todo en ella tenía las dimensiones y la eficiencia de un tótem. Arbaleta poseía un enorme arco, como un gran hueso inquebrantable y flexible, que se doblaba con ayuda de una soga y una palanca. Luego retornaba a su posición, y en ese movimiento disparaba flechas del grosor de una rama añosa.

Pero su estatura y su peso requerían, para sostenerse, de un apoyo poderoso, porque Arbaleta no había sido concebida para moverse.

—Tal vez, sin ella no sea posible —murmuró Joria.

Y Filip, que no podía presenciar la decepción de su padre sin ponerse en riesgo, se ofreció para una proeza.

—Arbaleta puede desmontarse —dijo—. Y yo puedo construir una cureña capaz de trasladarla.

Joria miró a su hijo con incredulidad.

—¿En qué tiempo? —preguntó.

—Con los hombres necesarios, y si otros organizan la partida, serán diez días.

La mirada del jerarca hizo que Filip enrojeara de gozo. Era el vértigo de un niño al que su padre hace girar, sosteniéndolo por las manos.

—Yo mismo la dispararé —dijo Joria. Y agregó—: Con el permiso del Jefe de Ballesteros.

Los hombres sabían que aquella ballesta iba a demorar considerablemente el avance. Tanto como duplicar el tiempo. Pero Arbaleta era la única arma capaz de derribar a un gigante.

¡La dragona blanca! La hostigarían primero con una línea de arqueros... Las ballestas de mano y las ballestas medianas iban a arrinconarla, iban a obligarla a atacar. Y al fin, la llevarían hasta donde Arbaleta pudiera alcanzarla.

Para eso, no obstante, era imprescindible que el jefe de ballesteros cumpliera su promesa.

Por diez días, Filip dormiría escasamente y sin quitarse la ropa. Por diez días, bebería solamente para poder sudar. Diez días con sus noches, sin descanso, para asegurarse el privilegio del amor paternal.

Poco después, cuando se marchaban, Joria recordó algo.

—Asegúrate de que la jaula le impida estirar las piernas.

Filip asintió y tomó el camino de sus obligaciones.

Los tres que caminaban por el monte en dirección a las montañas se habían detenido en un arroyo. Y asaban unas lagartijas grises y blancas.

Antón sabía muy bien que estaba a su cargo mencionar la profecía. Aquel alto en el camino era un buen momento para retomar la conversación que había comenzado en el laboratorio. Fue el mismo día en que Anuja y Artejal fueron tomados prisioneros. ¿Por qué, entonces, parecía tan distante? Por oponerse a esa sensación, Antón eligió hablar como si apenas hubiese pasado un momento:

—Cuando abandonaste mi laboratorio sin darme tiempo a nada —dijo Antón—, te contaba acerca del día que te encontré, pequeño y desnudo...

—Me fui por Anuja, no por tus palabras.

—Es verdad —admitió Antón recordando los acontecimientos de aquel día. Luego agregó—: ¡La pródiga intuición de los arayés!

Los ojos de Beliria no seguían la conversación; estaban fijos en Nulán.

—En ese momento diste una explicación para la cicatriz que llevas en tu pecho —continuó el alquimista—. Las formas se repiten, dijiste, y es posible que el ojo de dragón que sella la profecía esté en una hoja, en una piedra, en una cicatriz.

—No hay extrañeza en eso.

—¿A qué te refieres?

—Al monte. Una cría de pecarí queda sola y una hembra de osos hormiguero la acepta. Entonces, al pecarí se le va a enrollar la lengua. Una calandria protege el huevo de un loro, y el loro tiene cejas blancas. Todos es mezcla en el monte.

—Aun así, hay en ti y a tu alrededor otras señales. El lenguaje de los dragones, por ejemplo. Tú lo entiendes.

—Entender, no.

—¿Hueles su lenguaje? Como sea, oler o entender, debes aceptar que pudiste pasar el primer año de tu vida con los dragones y por eso su lenguaje te resulta familiar.

Nulán guardó silencio, y el alquimista se dio por satisfecho con aquel logro. Por eso se alegró doblemente cuando el hijo del monte volvió a hablar.

—Pero los dragones están aquí, y tienen a Anuja. Quiero saber más sobre ellos.

Se oyó el crujido de las lagartijas, anuncio de que la comida estaba a punto. Antón tomó una de ellas por la cola y la sacudió para enfriarla un poco. Después la comió de un bocado.

—Comenzó en Terentigani... Cuando el linaje Dratewka sometió a los dragones y los usó como armas de guerra para controlar a los demás condados. Lo primero que los Dratewka hicieron fue incendiar los grandes bosques de Fresno Sagrado, el alimento que por milenios le dio a la dinastía de los dragones su condición mágica, su acceso a las Primeras Verdades. Unos pocos dragones lograron escapar de Terentigani, con la dragona blanca al frente. Tras ellos vinimos los demás: los Dratewka y los Tzarús...

—Una vez dijiste que los Tzarús fueron aliados de los dragones.

—Más que aliados. Fuimos hermanos. Y recibimos un duro castigo por eso.

—Entonces, ¿por qué los dragones se ocultan de ustedes?

Beliria intentó responder, pero Antón la detuvo con dulzura y siguió hablando.

—La hermandad con los hombres se ha roto. Los dragones ya no confían. Pero ya ves. ¡La dragona blanca se presentó ante nosotros!

—Se llevó a Anuja —murmuró Nulán.

—Para ayudarla. No dudes de eso.

—No dudo de eso.

En ese momento, Beliria se levantó sin decir palabra y caminó hacia la maleza. Por discreción, Antón no preguntó nada.

La hija de Oropelia se metió sin chistar en la vegetación, y del mejor modo que pudo se alzó la falda. Los espinillos le arañaron las nalgas, pero eso no era nada comparado con el camino que tenía por delante: un viaje que pondría en duda su historia, su importancia, el milenarismo espesor de su linaje.

A su regreso, Beliria Tzarús se sentó junto a Nulán, tan cerca que a Antón le pareció imprudente.

—¿Es cierto que el pueblo arayé te repudia? —preguntó la joven.

—Beliria, hay que juntar... —Antón buscaba alguna excusa para cortar la conversación—. ¡Hay que juntar algo!

—Es cierto —respondió Nulán—. Pero no soy un arayé repudiado.

—¿Qué eres?

—Un pedazo de monte.

Sin quererlo, Beliria había tocado el punto más inflamado en la conciencia de Antón. Aunque el alquimista había seguido minuciosamente las pistas que lo llevaron hacia Nulán, aunque antes que nadie había entendido la secuencia de indicios que lo señalaban como Elegido, se preguntaba a veces por qué los dragones elegirían un arayé para ponerlo al frente de la profecía. Todavía estaba lejos de entenderlo.

Una larga historia respiraba, oculta en la maleza del misterio.

Hay algo después de la piel, y algo después de las ampollas lastimadas; eso entendió Filip durante los días que pasó sumergido en la realización de la promesa que le había hecho a su padre; una cureña capaz de transportar a Arbaleta desmontada.

Al momento de hacer su ofrecimiento, Filip pensó solamente en la recompensa: el amor del jerarca. Pero no consideró el verdadero rigor del trabajo ni en las dificultades con las que debería enfrentarse.

El jefe de ballesteros había pedido diez días y un grupo de hombres competentes, pero ni lo uno ni lo otro era bastante. Para comenzar con la construcción de la cureña, los carpinteros necesitaban rearmar a Arbaleta, que llevaba muchos años dormida. Y los artesanos no estaban equivocados, puesto que varios maderos y soportes estaban corroídos por los insectos y la humedad, de tal modo que fue necesario rehacerlos.

Los días pasaban. Filip había perdido la piel de sus manos, Filip dormitaba en el sitio de trabajo y mordía un pedazo de carne antes de seguir. Filip no iba a decepcionar a su padre aunque para eso tuviera que trabajar mucho más que los hombres a su cargo, y quizás perder una parte de su cuerpo.

Lo peor era el inicio, cuando despertaba de algún sueño breve y sus manos estaban frías. Lo peor era tomar la primera herramienta. Entonces Filip cerraba los ojos y pensaba en la gloria.

Mordidas e inflamadas, sus manos fueron instrumentos de su devoción.

Mientras en el Castrum se preparaba la partida, Artejal permanecía en su cautiverio sin recibir noticias del exterior. En el fondo del pozo y de la soledad, el jefe arayé había perdido sentido de los límites. A veces, el pozo le parecía una llanura por la que podría galopar largamente. Otras veces, era apenas un hoyo donde defecar.

Con los labios pegados por una costra de sed, los ojos metidos en las cuencas como animalitos asustados, el jefe arayé esperaba la muerte como la ternura final que lo salvaría del ultraje. Y eso supuso cuando oyó risas pequeñas; muchas pequeñas carcajadas familiares. Alzar la cabeza supuso un esfuerzo grande, pero cuando logró hacerlo vio a los Japiripé rodeando la boca del pozo. ¡Venían a buscarlo! ¡Era el festejo de la justa muerte! Hermanos dioses coloridos, voy con ustedes a la panza del monte.

Artejal cerró los ojos, y se dejó caer para el viaje. Entonces, uno a uno y uno y cientos, los Japiripé saltaron sobre él. Los primeros se ensañaron con sus orejas y las mordisquearon. Otros, le separaron los labios... Se abrió la costra de sangre, y los pequeños dioses adornados le patearon los dientes. Tironearon los párpados secos del jefe hasta romperle las comisuras. Los Japiripé no estaban allí para que Artejal dejara de sufrir sino para que entendiera algo de suma importancia.

Luego de lastimarlo, los pequeños dioses hablaron al unísono. ¿Qué pudo entender Artejal? ¿Qué le dijeron? ¿Qué mensaje portaban?

Hablaron, hablaron... Hablaron mientras saltaban sobre el jefe caído. Después, a la orden del que llevaba puestos los aros más grandes, dejaron a Artejal, treparon por las paredes del pozo y desaparecieron.

Mientras en el Castrum se preparaba la partida y Artejal recibía la visita de los Japiripé, en la Casa Gusano del Río, ocupadas en la tarea más silenciosa del mundo, un grupo de mujeres arayés hablaba tan bajo que sus voces eran, también, hebras de lana.

Antes de que Mimbí fuera cacica, aquellas mujeres pasaban sus días en una discreta aflicción, lentas, tímidas, intentando pasar inadvertidas. Pero la amada madre les había ofrecido un orgullo emplumado que generaba mucho más fastidio que admiración. Aquella noche, sentadas frente a sus telares, las mujeres tejían para pensar.

Hacía mucho tiempo que en el sur de Mérec las cosas parecían haber hallado un orden definitivo. Los Dratewka, poderosos en la ciudad. Los arayés, siervos en la sombra que anhelaban las botas y el licor de sus enemigos. Tal vez la cercanía a Oras Viitor, cabeza del dominio extranjero, ahondó el sometimiento y organizó la mansedumbre. Lo cierto fue que los arayés del sur se diferenciaron más y más de los

que habitaban en las aldeas del norte. Tanto, que los Japiripé dejaron de visitarlos. Era sabido que, en el norte, si la gente se quedaba silenciosa lograba oír voces y risas de los dioses pequeños.

—¿Y aquí oímos algo, hermanitas?

Las mujeres de la Casa Gusano del Río tejían y pensaban.

No solo la presencia de los Japiripé... En las aldeas del sur, eran innumerables las pérdidas. Bellas labores, movimientos y esfuerzos; antiguos pactos y agasajos que los arayés realizaban para mantener la sencilla alegría de estar en la tierra; todo eso se había opacado en las cercanías del vasto mercado de la ciudad.

Sin embargo, Mimbí y sus hermanas se empeñaban en el rescate de los antiguos preceptos. Por eso volvieron a andar con el torso desnudo, como a los pequeños dioses les gustaba.

—Mucho les agrada montar sobre las tetas y dar paseos, como en un caballo mansito.

Tejían, pensaban. Y sin saber aún sobre la aparición de los dragones, ellas recordaron también a los grandes dioses.

—Se fueron de aquí los pequeños Japiripé. Y los otros, los dioses grandes, ellos no llegaron porque fuimos incapaces de prepararles el mundo.

Mientras la aldea dormía, Mimbí y sus hermanas hablaron acerca de la nueva jefatura. El Tohol, a diferencia de Artejal, no las dejaría ser felices.

Pasaba la noche y, en vez de cansarse, las mujeres se encendían. Los tejidos perdían la línea y la tensión de las hebras cambiaba indebidamente. «Malas tejedoras», habrían dicho las demás mujeres de la aldea. Recién al amanecer, apagaron el fuego alrededor del cual estaban reunidas.

Kerrrr le pidió a Sauki, una viuda de lejana belleza, que la acompañara a su jergón.

Cuando habían pasado seis días, y Arbaleta estuvo de pie, Filip y los carpinteros abordaron la construcción de la cureña. Ver erguida a la gran ballesta con cabeza de carnero les dio ánimo para continuar y ahondar el sacrificio, porque ante ellos se levantaba algo semejante a un dios, de aquellos que adoraron los pastores en los oscuros límites del pasado.

La cureña que construían era un carro de ocho ruedas y fuertes proporciones, resistente para soportar el camino cargando el peso de una ballesta colosal.

Cada día, el jerarca preguntaba y el jefe de ballesteros respondía que todo iba bien.

—Pasó más de la mitad del tiempo y todavía no me muestras nada —dijo Joria.

Filip pensó en todo lo que faltaba por hacer. Pero tal como ocultaba sus manos enfundándolas en guantes de cuero, así ocultó sus temores.

Más trabajo, menos piel en las manos.

Solo Joria pudo ignorar los evidentes signos de fatiga que mostraba su hijo.

—Mañana se cumplirán los diez días, ¿qué tienes para mostrarme?

Joria empezaba a mostrarse inquieto. Sin embargo, debido a que los preparativos aún estaban incompletos, el jerarca aceptó la portergación que Filip necesitaba.

—Dos días más —pidió el jefe de ballesteros.

Entre el tormento del extremo cansancio y el desprecio de su padre, no había nada que pensar. Filip dejaba sangre y pus en los maderos. Y ya ni se detenía a quitar las astillas que se clavaban en su carne ampollada.

Trece días después de que Joria Dratewka decidiera partir tras la dragona blanca, regresaron algunos de sus rastreadores con buenas noticias. Los hombres la habían visto pasar a la distancia, sobrevolando el horizonte frente a sus ojos.

Las buenas nuevas se amotinaron en el ánimo del jerarca, que mandó llamar a Filip.

—Busca a Filip.

—Trabaja con Arbaleta —le respondió el guardia.

—¿Has visto los resultados? —preguntó el jerarca.

El soldado negó:

—Ni yo ni nadie... Solamente los carpinteros. Nadie más tiene permitido acercarse.

—Grita, entonces. Pero que Filip venga aquí de inmediato.

Casi una hora después, el jefe de ballesteros se hizo presente en la sala del Castrum, donde Joria aguardaba visiblemente nervioso.

—Se fue tu plazo —dijo—. Y algo más de tu plazo. Dime lo que ocurre en la carpintería.

Para Filip, ya no era posible otra verdad que su propio deseo.

—Mañana, cuando caiga el sol, quiero que vayas a verlo con tus propios ojos.

Joria se le acercó.

—¿Es tu promesa?

—Lo es.

—Entonces ordenaré la partida para el amanecer siguiente. Todo estará listo, ¿lo entiendes? ¿Entiendes que soy yo quien dará la noticia de que Arbaleta está en pie de guerra?

De alguna manera iba a ser posible.

—Lo entiendo —respondió Filip.

Cuando el jefe de ballesteros abandonó la sala, tenía una extraña determinación tomada... Iba a amenazar de muerte a sus carpinteros, tal vez torturaría a uno de ellos para que los demás entendieran. Iba a dejar lo que quedaba de sus manos. Y si era necesario, ataría la noche con pesadas cuerdas para impedir que se marchara. En aquella ocasión, guiado por un propósito extraordinario, el jefe de ballesteros pensó parecido a un aráyé.

¿Cuál era el tiempo con el que contaba? Las horas que restaban para el final del

día, una noche entera, y el día siguiente hasta el atardecer. Eso, y una determinación implacable que era tiempo también.

Antes de llegar a la carpintería, Filip había delineado un plan de trabajo dificultoso y arriesgado, que se malograría ante cualquier imprevisto. Reunió a los artesanos y se los comunicó con sequedad.

—Si mañana al atardecer no está Arbaleta montada sobre la cureña, no habrá otra puesta de sol para ustedes. Ni para sus hijos.

Ahora, la ilusión del joven jefe de ballesteros no estaba sola, el terror de los carpinteros se anudaba a ella y la hacía fuerte.

Cuatro ejes se encastraron a la perfección en las ocho ruedas macizas que iban a soportar el carro. Por encima, colocaron el fondo cortado en dos piezas de madera pesada. Y lo aseguraron.

Los hombres bebían agua de un cántaro lleno de aserrín. Y se vigilaban entre ellos para despertar al que se dejaba vencer por el cansancio. Filip trabajaba a la par y aceptaba órdenes sin poner ningún reparo.

Los dos flancos, cortados en forma escalonada para aligerar el peso, estuvieron ajustados con cuñas y pernos cuando empezaba a clarear.

El cansancio de los hombres había perdido medida. Y sin embargo, no ocasionó desaciertos en la construcción, sino heridas. El artesano que se rebanó el pulgar apenas atinó a atarse la herida para seguir trabajando. Otro, que recibió el golpe de una estaca en medio de los ojos, continuó casi en sombras. Pero nadie se quejaba. Y no solo por la amenaza que pendía sobre ellos sino por el jefe de ballesteros, cuyas manos jamás serían las mismas.

Ese atardecer, Joria caminó hacia la carpintería con la compañía de apenas dos soldados. Temeroso de lo que encontraría, y para evitar testigos en su decepción, el jerarca decidió no llevar séquito, ni invitar a otros Señores Dratewka. A su llegada, las puertas se abrieron de par en par y allí, entre un humo de sudor humano, con el sol a las espaldas, el colosal carnero se erguía sobre su cureña.

Era la noche previa a la partida del ejército.

Filip visitó a Nah y le permitió que limpiara sus manos y las vendara. Luego, el jefe de ballesteros cayó en un sueño cavernoso, de esos que se detienen un paso antes de la muerte. La respiración del hombre fue la única compañía que tuvo la sierva arayé durante su largo desvelo. Cuando en el cielo nocturno aparecieron los primeros charcos de luz, Nah lo despertó con caricias.

Filip recordó el día, se despabiló con rapidez y se sentó en el borde de la cama.

—Te vas en pocas horas —dijo Nah.

—En pocas horas empiezo a ser el primer hijo de Joria, el único varón Dratewka de su sangre.

Filip se levantó para vestirse. Nah se abrazó a los muslos fuertes del joven y

refregó su rostro contra ellos. Quizás hubiese logrado algo. Quizás, si se hubiese quedado callada. Pero Nah habló:

—No sé si deseo que lo seas.

Filip giró hacia ella y, a pesar del sufrimiento de sus manos, la tomó por el cabello con violencia:

—¡Lo deseas o no, va a suceder!

Amanecía. Y Filip se conformó con insultarla.

—¡Arayé! —dijo—. Una arayé con la vulva llena de piojos.

El jefe de ballesteros se vistió de prisa, como si todo en esa habitación lo asqueara. Nah, por su parte, se ovilló en el pasado.

—Fue así desde que eras pequeño. Metías la mano debajo de mi blusa y después me tirabas piedras.

—Me marchó.

Frente al seco anuncio de su amante, la mujer perdió nuevamente la calma.

—Le advertí al jerarca sobre los asuntos entre el alquimista y mi ama Oropelia. Les entregué noticias buenas. ¿Eso no merece una mejor despedida?

—Advertiste, entregaste. Y mi padre te pagó por ello.

El pueblo de la ciudad de Oras Viitor se amontonaba para aplaudir: el ejército de Joria salía a capturar dragones. Pero las puertas de la fortaleza aún no se abrían.

—Aplauden y gritan.

—Gritan y aplauden.

—¡Eso puedo escucharlo! —dijo Oropelia.

Desde su cama, a causa de un nuevo debilitamiento, Oropelia se esforzaba en imaginar lo que las siamesas le contaban. La ausencia de su hija había empeorado en gran manera su estado de salud. Y ni la certeza de que Antón estaba cerca de Beliria alcanzaba para mitigar su inquietud.

—¡Ahora, ahora! —gritaron las siamesas, peligrosamente inclinadas sobre la ventana.

—Explíquense.

—Ahora se están abriendo las puertas.

—Tan fuerte, que el pueblo dio un paso atrás.

—¿Qué más ocurre?

—Sale tu esposo y jerarca —dijo la siamesa de voz aguda.

—Muy empenachado y en su caballo negro —dijo la otra.

—Él dice de nosotras que somos un monstruo. Pero ¡míralo con la liebre montada a sus espaldas!

—¡Como una joroba con dientes! —Y la cabeza de voz varonil masticó con el aire con fiereza.

A cada momento, Oropelia Tzarús exigía a las siamesas que volvieran al asunto

de importancia. Un poco por ansiedad de saber, otro poco porque la asqueaban los comentarios de las contrahechas.

—El ejército sale.

—Hombres y hombres.

—¿Muchos? —preguntó Oropelia.

—A caballo y a pie.

—¡Son muchos!

—¡Y Filip! ¡Filip! ¡Filip! —gritaron las dos hermanas.

Oropelia sabía muy bien que aquella unión de intereses entre Joria y su hijo varón era una oscura amenaza para Beliria. Entonces cerró los ojos y se abandonó a un ruego por su hija. Cuando regresó, las siamesas continuaban enumerando:

—Caballo gris, caballo marrón, fardos, fardos, bolsas de harina.

—Balletero, balletero, balletero.

—Joria sonrío —dijo una.

—Joria saluda con la mano en alto —dijo la otra.

—Un carro.

—Dos carros.

Pero así como había escandalizado, el griterío se apagó de pronto. Parecía que las voces se hubiesen mojado. Y hasta las siamesas se quedaron impávidas.

—¿Y ahora? —Oropelia intentó erguirse—. ¿Qué están viendo ahora?

El prolongado mutismo de las contrahechas prometía un desenlace aciago.

—Tiene cabeza de carnero.

—Y sus barbas.

—Pero es más alta que un hombre sobre otro sobre otro...

—Tenemos miedo —lloriqueó la de voz aguda.

—Arbaleta —susurró Oropelia en su cama. Y más bajo aún—: La muerte de los dragones.

Lo esperable era que el griterío del pueblo se alzara con renovada euforia. Sin embargo, la reacción demoraba.

—¿Por qué no festejan? —preguntó Oropelia.

—En una jaula va el jefe arayé —respondió la hermana de voz gruesa.

—Una jaula para la mitad de su cuerpo —dijo la de voz aguda.

Oropelia Tzarús necesitaba ver con sus propios ojos aquello que le contaban.

—Ayúdenme.

—No es recomendado.

—¡Ayúdenme!

Poco pudieron hacer las siamesas con su único cuerpo repartido y andrajoso. El resto fue pura voluntad de la enferma que logró ponerse de pie y caminar hasta la ventana. Desde allí, apoyada en el alféizar para no derrumbarse, vio a Joria señalar las montañas. Y escuchó con nitidez su voz potente.

Primero, el jerarca se dirigió a los siervos arayés que estaban presentes.

—Avisen que llevamos con nosotros a Artejal. Una sola flecha arrojada contra la ciudad y el jefe que tanto honran morirá descuartizado.

Luego Joria hizo girar un poco su cabalgadura para hablarle a la multitud, que continuaba atónita.

—Un siglo tuvo que pasar, y pasó. Ahora yo, Joria Dratewka, gritaré para que me escuchen en la otra orilla del mar. ¡Vamos a volver con la cabeza de un dragón! ¡Vamos a cazar a las bestias rebeldes! ¡Y Arbaleta nos guía!

Lenta y majestuosa, Arbaleta se puso al frente del ejército que avanzó tras ella como un rebaño tras el macho cabrío. A su paso, Oras Viitor aulló y clamó como siempre lo hacía, sin más causa que la gula de su jerarca.

Fue indescifrable la mirada de Artejal sobre los suyos. Algo deseaba comunicar; algo le había sido revelado.

La noticia llegó pronto a la aldea arayé.

La Máxima Ancianidad, el Tohol y los caciques, a excepción a Mimbí que fue rechazada, se reunieron en un círculo decisivo.

«Una jaula donde Artejal apenas cabía», esa era la imagen que más lastimaba.

«Dragones», esa era la palabra más deslumbrante.

En la mirada del Tohol había oscuridad sobre oscuridad. Al hijo de Artejal le correspondía hablar, y fue rotundo.

—No queremos ir a la ciudad, queremos ir donde Artejal sufre. ¿O hay quien crea que los Dratewka le dejarán la vida?

Todos acordaban en eso.

Hasta la propia Mimbí le dio la razón en silencio.

—Como anciano me siento apabullado. Como Máxima Ancianidad digo que tal vez nos equivocamos enviando a Nulán a ese rescate. Y sé que después del error nos toca escuchar.

Ni el Tohol ni los otros tres caciques abusarían de la gentileza del anciano, y menos se alimentarían de su decaimiento.

—Ellos le temen al monte. Y no saben andarlo —dijo el Tohol—. Llevaré conmigo a un grupo de hombres...

«Guerreros», murmuró Mimbí.

—Será sencillo seguir el rastro del ejército. —El Tohol recalcó su determinación—. Vamos a traer a Artejal de regreso.

Pero aún quedaba algo por nombrar.

—Dragones —dijo la Máxima Ancianidad.

El silencio largo ponía en peligro la reciente autoridad del Tohol. Dragones. Y todo lo que hasta ese momento era comprensible se desdibujaba. Dragones. Y el pequeño plan de un hombre perdía todo vigor.

—Dragones... El día que nuestros ojos los vean, deberemos nombrarlos. —El

anciano regresó al tamaño humano—. Hay palabras como una fruta de oro en manos de un hambriento. ¿Qué hace con ella si no puede olerla, hincarle los dientes y masticarla? Solo puede deslumbrarse y, tristemente, perder de vista su estómago.

El Tohol miró al anciano con agradecimiento. Todos comprendieron y aceptaron que debían continuar con lo posible.

—Ofrezco a mis dos sobrinos para que acompañen al Tohol —dijo el cacique de la Casa Gusano del Viento.

—Prepararemos envoltorios de grasa para que se alimenten —dijo el cacique de la Casa Gusano de la Tierra.

—Y cuchillos también —agregó el cacique de la Casa Gusano del Fuego.

—Si Mimbí estuviese aquí —dijo la Máxima Ancianidad—, nos pediría que danzáramos antes de la partida.

—No hay tiempo para eso —respondió el Tohol. Y agregó—: Nos iremos al amanecer para volver con Artejal. O para no volver.

El anciano negó con vehemencia.

—No volver es prohibido para el Tohol —dijo—. Eres ahora nuestro jefe. ¿Y qué sería de la aldea si perdemos, en el mismo día, al jefe prisionero y al jefe libre?

Tras algunas precisiones, los caciques se marcharon a cumplir con su parte. Y lo mismo hizo el Tohol. Cuando la Máxima Ancianidad los perdió de vista habló en voz alta.

—¡Baja del árbol, Mimbí!

Menuda y ligera bajó Mimbí del gran árbol y se puso en cuclillas frente al anciano. La cacica mostraba aflicción, pero no por su desobediencia sino por lo que había escuchado desde su escondite.

—Y tú escuchaste también, anciano. El Tohol dijo «No hay tiempo». ¡Dijo que no había tiempo para la danza! ¿No hay tiempo? —Mimbí tomó las manos de la Máxima Ancianidad—. ¿Cuándo olvidó el Tohol que la danza es el alimento del tiempo? Allí arriba esperé que tú le dijeras que cuando danzamos, el tiempo engorda. Pero no dijiste nada. Anciano, nos estamos apagando.

Como la Máxima Ancianidad no iba a responder, Mimbí le besó las manos y se marchó corriendo. Mientras lo hacía hablaba para sí misma, como si no quisiera perder el enojo. Llegó a la Casa Gusano del Río, y continuó hablando ante algunas mujeres.

—Como la jaula donde llevan a Artejal... Así es el tiempo para el diminuto Tohol. Artejal, en cambio... Él podría llevarnos de regreso al tiempo de los dioses. Cuenta, Kerrpr, esa oración vieja.

Y a pesar de tener el labio superior pegado a la nariz, Kerrpr lo hizo con gracia. Y, sin decirlo, se la dedicó a su amada Sauki.

*Hay gran enemistad
Entre la soledad y el tiempo.*

*Los que estén solos
No poseerán tiempo ni lo cosecharán.
Los que estén en compañía
Tendrán el tiempo necesario.
Porque el tiempo
Se construye en la aldea.*

Cuando Kerrrrr acabó la oración, la cacica Mimbí brillaba a causa de una idea.

—Vamos a bailar siendo ellos —dijo.

Las mujeres presentes comprendieron que Mimbí se refería a una antigua ceremonia que los arayés llamaban Cambio de Alma. Y que tras la invasión Dratewka fue enflaqueciendo hasta desaparecer. El cambio de alma permitía a una madre ser su hijo en agonía, a un cazador ser su presa, a un hombre ofendido ser su vergüenza. Y así padecer juntos.

—Danzamos para partir con ellos al monte y otorgarles algo de nuestra suavidad, y algo de nuestra infinita astucia.

—Vamos a prepararnos —dijo Kerrrrr.

Como aún no terminaba de oscurecer, y era posible que alguien ajeno llegara a la Casa Gusano del Río, Mimbí le pidió a una de las niñas mayores que vigilara.

—Jaminita, ve afuera y mira.

La niña estaba saliendo cuando, de pronto, giró con una pregunta inesperada.

—A la hora de tener esposo, ¿voy a tener que irme de aquí?

—Eso sí —respondió la cacica.

Jaminita rompió en un llanto convulso que hizo reír a carcajadas a las demás mujeres.

Ya entrada la noche, con solamente una tela a modo de taparrabos y pulseras de pluma en los tobillos, empezó la danza.

Al comienzo algunas mujeres se burlaban de sí mismas danzando como varones. De a poco, sin embargo, el movimiento rítmico y el sudor opacaron la vergüenza. Con el paso de las horas las voces se rasparon, y el olor de los cuerpos fue una niebla a través de la cual eran indistinguibles la mujer del hombre, la piel del cuero.

Tal vez fue el golpe de los pies sobre la tierra, pero la oscuridad se agrietó antes de tiempo, y una línea de luz apareció como una orden. Las mujeres que habían resistido la danza se detuvieron y se dejaron caer en el suelo de tierra apisonada, fresco sitio para dormir.

Al mismo tiempo, un grupo de siete guerreros al mando del Tohol partían en silencio. Solo la Máxima Ancianidad estuvo allí, para alzar la mano como despedida.

Los que iban al monte para rescatar a Artejal de la jaula que Joria Dratewka le había designado, partían sin saber que habían danzado la noche entera, que habían cambiado de alma.

No importaba que, apenas abandonados los límites de la ciudad, tuvieran que desmontar a Arbaleta para poder transportarla. Joria Dratewka, el pastor jerarca, quiso que el pueblo de Oras Viitor lo contemplara en todo su esplendor. Aquella partida debía ser tan imponente que jamás fuera olvidada. Y quién sabe, quizás Terentigani la vería también. Entonces sabrían que la rama del linaje enviada a Mérec, la que utilizaron como punta de estaca para luego desechar, había logrado lo más importante. Y estaba cubierta de poder.

Desarmada y bien asegurada a la cureña, Arbaleta estaba lista para el viaje.

Las fuerzas de Joria Dratewka avanzaron en dirección norte. Debían atravesar una extensión montañosa, profunda y violenta, que cedía lentamente, perdía altura y se inclinaba, como un súbdito manso, al pie de los Montes Cazut. Espesura primero, valle después; tal era el territorio que tenían por delante.

El agua no era un problema gracias a los desprendimientos del río Tip, y a las lagunas dispersas en la vegetación del monte. En cambio, el peso de la gran ballesta y de los enseres retardaban la marcha. Por delante de la columna, los rastreadores pretendían hallar las marcas que hubiese dejado, en su vuelo, la dragona blanca.

Monte y valle para el ejército de Joria.

Monte y valle para Antón, Nulán y Beliria que le llevaban una considerable ventaja al ejército Dratewka.

Cuando los tres caminantes alcanzaban el final del monte, Nulán supo que era incierto continuar avanzando sin un rumbo claro. El monte, aunque ya menos tupido, los protegía y les proporcionaba alimento.

—En el valle, seremos los más altos. Y eso es difícil —dijo Nulán, que no compartió con sus compañeros la decisión de levantar un emplazamiento sencillo, y desde allí moverse.

Antón buscó una sombra.

—Ven conmigo, Beliria. Descansa.

—¡Tenemos que buscar ramas gruesas! —respondió la joven.

—¿Tenemos que buscar? —El alquimista opinaba distinto—. No creo que tú puedas cargar...

Pero Beliria ya se había marchado.

Poco después, Antón observaba con curiosidad cómo Nulán alzaba una choza, cómo Beliria insistía en ayudarlo. Aunque la hija de Oropelia llevaba varias noches a la intemperie, no mostraba cansancio ni fastidio. Más incomodidad y más se erguía.

—Puedo buscar alguna enredadera para atar los maderos —ofreció.

—No hay que atar...

—Para que no se caigan.

—No se caen.

—¿Por qué no se caen?

Nulán no respondió. Para entonces, Beliria había aprendido que algunas preguntas resultaban fatigosas para el hijo del monte. Probó de otra forma:

—¿Cómo consigues que no se caigan?

Pero Nulán, que alzaba una rama pesada, tampoco respondió.

—¿Cuál es el secreto?

Nulán se apartó unos pasos para considerar el avance.

Beliria reprodujo en su cabeza el modo de hablar de los arayés, y volvió a intentar.

—¿Cuándo será una choza?

Nulán se detuvo a mirar la pregunta.

—Cuando cada rama entienda que necesita apoyarse en otra para no derrumbarse.

Más tarde, como era frecuente, Nulán desapareció durante largo rato detrás de un rastro que solo él podía reconocer.

—Por el momento —dijo Antón—, Anuja es lo único que le importa.

—Va a regresar con un conejo para la cena —dijo Beliria.

Antón sonrió lejanamente.

—Entonces yo voy a buscar moras —agregó Beliria.

El alquimista se lo permitió porque habían acampado muy cerca de un grupo de moreras generosas, de modo que la joven no corría riesgo. Lo que Antón no podía saber era que apenas fuera de su vista, Beliria comenzaba a actuar de un modo extraño: caminaba en puntas de pie, giraba la cabeza con velocidad y olfateaba con exageración. Por parecerse a Nulán, Beliria cazaba moras.

Ese mismo atardecer, Nulán retomó la pregunta que había dejado atrás:

—¿Carne humana?

—Así es... —respondió Antón—. El alimento con el que envilecieron a los dragones.

El alquimista no iba a desaprovechar la oportunidad.

—¿Quieres escuchar el final de la profecía?

Como Nulán no respondía, Beliria Tzarús quiso aliviarle al alquimista el mal momento.

—Elegido será el que duerma en el nido del dragón y despierte en la casa del hombre. El que se ponga al frente de ejércitos tan diversos como los pájaros. El que distinga el contorno del viento y entienda las Sagradas Lenguas. Elegido será el que confíe en la muerte.

La joven terminó el recitado mirando de reojo a Nulán, que parecía distante.

—Quieres saber sobre los dragones, y después no escuchas... —dijo.

—Elegido será —dijo Nulán— el que duerma en el nido del dragón y despierte en la casa del hombre. El que se ponga al frente de ejércitos tan diversos como los pájaros. El que distinga el contorno del viento y entienda las Sagradas Lenguas. Elegido será el que confíe en la muerte.

—Al parecer tus virtudes de rastreador sirven también en el monte de las palabras —dijo Antón.

El alquimista estaba francamente satisfecho. Pero Nulán no hallaba manera de explicarle que él tan solo había repetido un trino, un rugido, un silbo. Y no una línea de palabras cuyo significado no necesitaba comprender.

—Saber sobre los dragones es saber de Anuja —respondió Nulán.

El atardecer les daba la espalda. Momento en que el recuerdo de Oropelia se hacía fuerte en el ánimo de su hija. ¿Cómo estaría ella? ¿Habría empeorado su enfermedad? ¿Estarían cuidándola bien? En esas ocasiones, la presencia de Nah junto a su madre tranquilizaba a Beliria. ¡La sierva arayé iba a peinarla con suavidad!

Antes de que la luz bajara por completo, Nulán quiso realizar el último avistamiento del día. Lo hacía con frecuencia, desde el árbol más alto, porque desde allí veía el horizonte. Y a veces lograba percibir, en la inquietud del aire, el vuelo de la dragona blanca.

Anuja intentó abrir los ojos, y en cada pestañeo vio paredes de piedra, un espacio de piel blanca y acorazada, figuras talladas, la luz mortecina de una cueva, piel blanca otra vez... Y regresó a un sueño profundo. Días después volvió a despertarse. Recién entonces, y con doloroso esfuerzo, la sanadora logró separar los párpados y sostener una línea de luz que fue ensanchado hasta ver, en el fondo de la cueva, la silueta incompleta de una dragona blanca.

Anuja no tuvo miedo porque había soñado cada instancia de la sanación. Despertar y ver allí a su salvadora fue solamente comprobar que el sueño es otra forma de saber.

La mujer arayé alzó apenas la cabeza. En su sitio, la dragona movió el cuello con inusitada delicadeza para su tamaño. Anuja volvió a dormirse. Y su sueño se pobló con todas las presencias amadas. Nulán, dibujando con trazos de agua sobre piedras planas. Antón buscando sus ojos entre los pergaminos. También Mimbí. También Artejal. ¿Qué habría sido de él? El sueño le recordó a Anuja que su hermano había quedado en el fondo del pozo, prisionero de los Dratewka. Y entre todos ellos, la Máxima Ancianidad masticaba tabaco. Mastica y escupe para leer, en la saliva oscura, la parte útil de la verdad. Todos sus seres amados están presentes. Hasta Mam y Cabeza Roja, los que en pecado dieron vida a Nulán. Los amantes permanecen inmóviles, pero no sirve de nada porque se estira el camino. Mam llora igual que un pequeño a la intemperie... Nulán, ¿quién te llevó a la casa del alquimista? Nulán, ¿cuántas madres tienes? Tienes tres madres: Mam, la dragona y yo misma. Tres madres... Solo eso te haría un elegido. Pero ¿dónde estás ahora? ¿Continúas en el vientre de Mam? No la oprimas tanto, que la pobrecita apenas puede andar. Habría querido ayudarla. Pero, en la aldea, nadie pudo. Ah, ¡si Mimbí no hubiese sido una niña! Pero Mimbí no tenía estatura suficiente, ni suficiente voz para chillar. Recuerdo

aquel día como si lo estuviese soñando, tan fresco. El vientre de Mam apenas redondeaba cuando se supo del pecado. Hijo de primos que comparten sangre, ¡maldición para la aldea! ¿Hueles tú también, Nulán? Es la carne chamuscada de tu padre. Cabeza Roja se encaró con el fuego para pagar su culpa. Después, Mam fue expulsada. Y ahora está aquí con su vientre hirviendo. Pero ¿qué fue de ella? ¿Es Mam esa criatura macilenta con la piel pegada a los huesos? Es Mam que lleva meses andando por el monte, eso se ve con claridad. Y no puedo ayudarla. En cambio, podré ver tu nacimiento. Tú y Mam... Tú, Mam y una batalla en soledad que no soportarían ni los antiguos guerreros arayés. Muy bien, dulce Mam. Es una buena cuna la que armaste. Si pudiera, te sostendría la cabeza. Pero está bien así. Y mejor si te aferras a tus rodillas y te inclinas un poco hacia adelante. Hace tanto que estoy soñando que temo despertar antes de que Nulán atravesase los mundos, y llegue a su cuna de hierbas. Pero quizás logre ver el nacimiento de mi hijo. ¿A quién debo agradecer este sueño? ¿A ti, dragona blanca? ¿A los Japiripé? Lo haces bien, Mam. Tan bien como si las mujeres de la aldea te rodearan. Recién estaba en una cueva de paredes talladas. Ahora, en un valle al pie de los montes, donde Nulán llora por vez primera. Y donde tú, Mam, lloras el final. Te veo morir y no puedo más que prometer lo que ya hice: amar a tu hijo. Me distraje en la promesa, eso debió ser, porque ya no los veo. Ahora el cuerpo de la dragona cubre todo el espacio. Nunca vi tanto blanco tan blanco. Camina hacia ustedes, se detiene. Puedo notar en su lomo una respiración fuerte. ¿Qué hace? ¿Qué está haciendo? Vengan los Japiripé del aire para llevarse estos malos pensamientos. ¿Acaso los devora? Solamente su lomo puedo ver. Pero ¿qué hace sobre ustedes? Es la dragona blanca, la que Antón venera. ¿Dónde está mi agradecimiento si, por verla de espaldas, estoy temiendo?

Anuja despertó con su propio grito, sobre un montículo cubierto con una planta rastrera de hojas carnosas y flores de color rojo. En esta ocasión pudo sentarse. Una sensación quemante le recordó la herida en su espalda. Ya no había cueva, ni dragona blanca. Anuja estaba en un claro extendido, muy cerca de las estribaciones de los Montes Cazut. Miró alrededor. Miró al cielo y vio pasar una bandada de loros.

La sanadora arayé se avergonzó de sus últimos pensamientos, y balbuceó una disculpa. Aunque no sabía con exactitud en qué lugar se hallaba, sabía hacia donde caminar para regresar a su choza. Pero ¿debía hacerlo? ¿Qué estaría ocurriendo en Oras Viitor? ¿Y en la aldea?

La confianza en Nulán tranquilizó a la sanadora. Si su hijo estaba de pie, la buscaría. Y si no lo estaba, ¿para qué regresar? Se puso de pie con lentitud. Iba a buscar algunos frutos para saciar la sed y el hambre.

Se alzó con alguna dificultad y empezó a caminar hacia unos matorrales prometedores.

Atrás, quedaba un montículo cubierto por una planta rastrera de hojas carnosas y flores rojas.

A diferencia de Nulán, y aunque habían hecho el mismo camino, Antón y Beliria se veían sucios; con el rostro y los brazos atravesados por surcos de sudor y polvo. La piel oscura de Nulán, en cambio, era la de siempre: limpia y lustrosa como la de una víbora del monte.

Era mediodía cuando Nulán volvió con una buena noticia: había hallado un pequeño ojo de agua. Y podía guiarlos hasta allí.

Un camino a través del valle prometía ser sencillo, sin las penurias del monte cerrado. Pero, a cambio, resultó tan largo que Antón se preguntó varias veces cómo Nulán lo había recorrido, de ida y de vuelta, en tan poco tiempo. Si bien el alquimista llevaba la vejez con firmeza, los diez días de viaje empezaban a notarse. Y aunque se esforzaba por seguir el paso de los dos jóvenes, era frecuente que se quedara atrás. Claro que ir tras ellos tenía la recompensa de la diversión; porque era inevitable reír viendo a Beliria imitar cada gesto de Nulán, sus súbitos cambios de velocidad, su modo de andar.

Nulán, en cambio, no parecía reparar en la presencia de la joven hija de Oropelia. Porque Nulán, pensó Antón, era solo una mitad. Una mitad silenciosa que seguía sus propios fines, mucho más cercanos a Anuja que a la profecía.

Por las extrañas razones del pensamiento, el alquimista recordó la sonrisa de Nulán cuando, el día anterior, se había detenido para hablar con un hongo azul. En cambio, nunca había sonreído cuando hablaba con ellos.

Antón suspiró fuerte cuando llegaron. Era un remanso alimentado por un manantial que provenía del interior de las rocas. Agua recién nacida que los tres bebieron con gusto.

El alquimista se descubrió el torso y se inclinó para lavarse. Un rato estuvo frotando su cara y sus brazos, disfrutando de ver cómo el polvo que traía adherido a su piel se deshacía en el agua limpia. Nulán pasó a su lado, adentrándose en el remanso. Al principio, Antón no reaccionó ante su desnudez, habitual en el pueblo arayé, estado natural del monte... Pero recordó a Beliria, y giró sobresaltado.

La joven Tzarús miraba sin delicadeza el cuerpo de Nulán.

—¡Beliria! —llamó Antón, con un tono exagerado para lo que diría a continuación—. ¿Habrás moras por aquí?

El alquimista supuso que apenas Beliria notara que había sido sorprendida, giraría el rostro con vergüenza. Pero se equivocó.

—No hay moras —respondió la joven, sin desviar la atención de Nulán—. No las olfateo.

Mérec era, comparado con Terentigani, un continente pequeño, cruzado de sur a norte por dos grandes cadenas montañosas: los Rídicat en la orilla este y, en el centro, los montes Cazut coronados por la Montaña que no Cabe en el Mundo.

Tras recorrer el continente, el linaje de los pastores se afincó en el extremo sur,

donde estaba la capital, Oras Viitor. Y Nastere, el segundo emplazamiento en importancia. Ahora, año 980 del Calendario Quinto, Joria Dratewka avanzaba con su ejército hacia el extremo austral de los Cazut, tras el rastro de la dragona blanca.

Recorrer aquel camino, iba a demandar muchos días a quienes cargaban carros, enseres, y una ballesta desmedida. Primero, apenas Oras Viitor quedara atrás, tendrían que atravesar un territorio montaraz, cerrado y húmedo. Cumplidas las tres cuartas partes del avance, el ejército llegaría a un valle fértil, resultado de los dos ríos que lo flanqueaban: el Tip y el Ohua.

Para los arayés que iban tras sus pasos, el camino era más corto puesto que sus aldeas se levantaban al norte de Oras Viitor, más cerca de los montes Cazut.

Hacia el norte, avanzaba el ejército Dratewka cargando, junto a la gran ballesta, el antiguo sueño de capturar a los dragones rebeldes. Tras ellos, un grupo de guerreros arayé se desplazaba en silencio con la intención de liberar a su jefe. A varios días de camino, donde el monte perdía altura, Antón, Nulán y Beliria se bañaban en un ojo de agua cristalina. Más al norte, en el valle que se extendía al pie de los montes Cazut, Anuja dudaba entre seguir o esperar. Y en un lugar incierto, carne adentro del espacio, estaban Mare Limba y el pájaro negro.

Sentada junto a un tronco seco, la gura realizaba una tarea improbable; la más osada que jamás hubiese intentado. Ella, que había cultivado el cadáver de Skuba Dratewka y envenenado un pedazo del mundo, ella que le dio vida a la Liebre Moteada, necesitaba realizar su más grandiosa faena.

Sentada junto a un tronco seco, Mare Lima empollaba el trozo de carne que el pájaro negro había arrancado del pecho de Nulán. Trozo de carne del tamaño de una almendra. Escasamente, la gura abandonaba el nido, y comía las semillas que el ave le lleva porque no necesitaba mucho más. De tanto en tanto, hablaba para sí misma y para la carne que crecía al exiguo calor de su cuerpo.

—Vamos a desviar al Elegido. Vamos a adueñarnos de la profecía del monasterio. Luego sembraremos cactus en las bocas muertas de los dragones rebeldes. Luego, las jóvenes Dratewka lucirán los ojos de los Tzarús como colgantes. ¡Y, por fin, yo podré morir!

De nuevo, la tarde metía la cabeza entre los brazos.

Era el crepúsculo de día decimotercero desde que la dragona blanca se llevara a Anuja entre sus garras.

Al atardecer, el monte empezaba su diaria transformación. Algunos animales se metían en sus madrigueras, otros las abandonaban. Algunas flores se abrían, otras se cerraban para siempre. Y las sombras salían para hacer su juego.

En el sur de Mérec, los atardeceres no eran para cualquiera.

Nulán, Beliria y Antón varios pasos atrás; los tres regresaban después de refrescarse en el ojo de agua.

—¡Porquería!

Antón se enojaba con una piedra, con una raíz, con un desnivel de la tierra... Antón se enojaba con aquello que lo había hecho tropezar y recordar que ya no era aquel jovencito, casi un hijo de Tucán, el ejecutante, que andaba por los pantanos y el monte como un arayé. Años de estar sentado frente a los pergaminos, años de envejecer le dificultaban andar por el monte. Y el atardecer no ayudaba.

—Vean esa cueva —dijo Nulán—. Podemos descansar aquí, y seguir al amanecer. Beliria comprendió el sentido de aquella pausa, y se sumó con entusiasmo.

El interior de la cueva apenas daba para que los tres caminantes se echaran a dormir, pero el alquimista lo consideró bendito. Como el espacio estaba frío y húmedo, Nulán salió a buscar ramas para encender fuego. Mientras lo hacía, encontró un tunar y decidió juntar una buena cantidad para la cena. Las escogió con cuidado y por fin, con fuego y alimento, emprendió el regreso a la cueva. Pero cuando llegó, Beliria y el alquimista dormían, uno junto a otro.

En silencio, Nulán armó la fogata. Creció un fuego aromado que dio calor y luz a la cueva. Luego se sentó mirando hacia la oscuridad, y comió las tunas que había cosechado. Vio caer una estrella, vio pasar una serpiente, oyó el aleteo de los murciélagos. Pensó en Anuja y la pena le agrió el alimento. Finalmente, se sentó atravesando la entrada de la cueva, con la espalda apoyada sobre la pared de piedra, y se durmió.

Dormía Nulán cuando el pájaro negro llegó desde un buche del cielo, y comenzó a volar en círculos.

Dentro de la cueva, los ojos de Beliria se movían de igual modo.

El ave de Mare Limba se detuvo, como si colgara de un hilo invisible, y observó.

Los primeros quejidos de Beliria despertaron a Nulán, que se levantó de su sitio y caminó hacia ella. La joven soñaba y hablaba en susurros:

—¡Madre! Mi cabello... No encuentro mi cabello.

Nulán separó un mechón de la larga cabellera, lo enrolló en su mano, y lo sostuvo con firmeza hasta que Beliria se aquietó y continuó durmiendo.

Después de avivar el fuego, el hijo del monte salió de la cueva. Sería un día lluvioso, y eso iba a dificultar la marcha. Una sombra breve cruzó el cielo. La cicatriz, en su pecho, abrió los ojos.

—Nos vamos —dijo Nulán, de regreso en la cueva.

Antón y Beliria despertaron al mismo tiempo y con parecida confusión.

—Tenemos que seguir avanzando.

—Todavía es de noche —dijo Beliria.

—Daremos veinte pasos y empezará a amanecer —respondió Nulán mientras reunía su escasas pertenencias.

Antón se dirigió a Beliria.

—Es lo justo —dijo—. Ya descansamos bastante.

Beliria trenzó su cabello, y lo enroscó de manera que la trenza se sostuviera a sí

misma. Mientras se peinaba, la joven recordó vagamente un sueño que había comenzado con miedo y había terminado en espiral.

Apenas tomaron el camino, Antó quiso saber si regresaban al emplazamiento que habían construido.

—Avanzaremos hacia allí —respondió Nulán—. Pero este día no viene solo.

—¿A qué te refieres?

El alquimista preguntó y Beliria puso atención.

—El pájaro negro anda cerca —dijo Nulán.

El ave que había arrancado un pedazo de carne del pecho de Nulán los rondaba. El alquimista se sobresaltó.

—Mare Limba... A ella debemos temerle —dijo.

Esa fue la primera ocasión en que Beliria sintió verdadero miedo, tanto que su olor llegó nítido a la nariz de Nulán.

—Ella es insondable y antigua —continuaba el alquimista—. Y debo admitir, está mucho más cerca que cualquier alquimista de la inmortalidad.

Inmortalidad era una palabra que el pueblo arayé no comprendía. ¿Cómo sería posible no morir?, si vivir era una sucesión de muertes diarias. Antón, que conocía de sobra ese pensamiento, procuró explicárselo a Nulán.

—Cada día algo de nosotros muere, eso es cierto —dijo—. Pero no muere la totalidad, no muere lo más importante. Nulán podría no morir. ¡Yo podría no morir nunca!

Las palabras pronunciadas por Antón, herencia directa de su madre Tzarús, distaban mucho de lo que Tucán, el ejecutante, había procurado enseñarle cuando era un niño.

«Yo, hubiese dicho Tucán, es la migaja que queda al final del día, después de la batalla que somos».

Después fue una caminata silenciosa, cruzada apenas por algunos recuerdos.

Llevaban realizada algo menos de la mitad de camino, cuando Nulán se detuvo en seco. Se arrodilló, apoyó un oído en la tierra y escuchó.

Desde su recuperación, los días de Anuja pasaban con lentitud, obligándola a preguntarse una y otra vez sobre la decisión que había tomado.

Luego de despertar sobre el montículo cubierto por una planta rastrera de hojas carnosas y flores rojas, la sanadora arayé dudó largamente sobre lo que debía hacer. Al comienzo caminó hacia el sur, alejándose del lugar donde había despertado. Pronto, sin embargo, se detuvo. Retomó la marcha, se detuvo otra vez. Repitió así la retahíla de sus dudas hasta que, por fin, decidió permanecer quieta, en espera de que Nulán llegara. Sabía que su hijo iba a buscarla y que la encontraría. En cambio, desconocía lo que estaba sucediendo en la ciudad y en la aldea.

La dragona blanca no volvió a aparecer. Y aunque buscó incansablemente, Anuja

no logró encontrar la cueva donde había recobrado la salud. Sin embargo, nunca dudó sobre la realidad de ese hecho.

Aquella tarde, la sanadora se sentó con las piernas cruzadas y con ayuda de una piedra comenzó a machacar semillas que había recolectado. Lo hizo con el ritmo del pueblo arayé. Siete golpes con idéntica distancia, dos distancias, siete golpes, dos distancias, siete idénticas distancias, dos distancias, siete golpes...

Con el oído pegado a la tierra, Nulán movía la cabeza al son de una música que solo él podía escuchar.

Cuando se levantó, su rostro resplandecía.

—Anuja está cerca —dijo. Y avanzó sin cuidarse de que Antón y Beliria lo siguieran.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Beliria cuando logró alcanzarlo.

—Muele semillas.

Poco después Nulán se detuvo y, por corroborar que seguían en buena dirección, escuchó nuevamente con el oído pegado al suelo del monte.

—¿Puedo hacerlo? —preguntó Beliria.

Como respuesta, Nulán señaló la tierra. Habilitada por aquel gesto, Beliria imitó al hijo del monte sin reparar en Antón, que arqueaba las cejas.

—Oigo —dijo.

—¿Qué oyes? —preguntó Nulán.

Beliria reprodujo un sonido confuso, más parecido a un gruñido que a la música de la molienda.

—Deben ser topos —respondió Nulán.

Quizás, en otra ocasión, el hijo del monte hubiese intentado guiar el oído de Beliria por los caminos profundos de la tierra. Pero su impaciencia no se lo permitía.

—Tenemos que seguir —dijo.

Tras una marcha corta y segura, salieron a un vasto descampado que se extendía hasta las primeras estribaciones de los montes Cazut.

A la distancia, más arayé que nunca, Anuja molía semillas.

La llamó un pájaro.

—Nulán...

La sanadora se alzó de su sitio y avanzó sonriendo, más rápido a cada paso, más rápido, para encontrarse con su hijo, el hijo de Mam, el hijo de la dragona blanca.

—Ibas a venir —dijo Anuja cuando estuvo junto a él.

—Ibas a esperarme —dijo Nulán.

Recién entonces, Anuja reparó en los otros que se acercaban y no halló modo de reaccionar.

—¿Ellos aquí? —preguntó—. ¿Es bueno o es malo?

—¿Es bueno o es malo lo que pasa? —respondió su hijo.

Antón y Beliria llegaban junto a ellos. Con marcada ansiedad, el alquimista se acercó a Anuja:

—Cuéntenos todo sobre la dragona, todo, cada cosa...

Nulán se interpuso con sequedad.

—Anuja puede estar fatigada o dolorida —dijo.

Y con buenas razones, avergonzó al alquimista.

Anuja intervino con dulzura para disminuir el malestar de Antón. Lo conocía bien, y sabía que el sabio no iba a olvidarlo fácilmente. Además, también ella estaba deseosa de compartir sus sensaciones y sus miedos.

—Hay pocos refugios aquí —dijo—. Pero va a llover, y alguno tendremos que encontrar.

Poco después, al exiguo amparo de una arboleda solitaria de esas que de tanto en tanto se alzaban en el valle, Anuja quiso contar los sucesos que había vivido. Fue cuando comprendió que no sería sencillo. Los recuerdos se fundían unos con otros, el dolor con las texturas, el color blanco con la fiebre. Lo ocurrido no había sido un sueño, pero en su cabeza obraba como tal.

—No recuerdo el vuelo, si lo hubo.

—Lo hubo, Anuja. Todos aquí lo vimos —dijo Antón.

—Pero yo estaba muerta.

Sería penosa para Anuja la tarea de explicar lo que había vivido en la cueva porque ni el lenguaje arayé acuñado, igual que la música, para fascinar las almas y obrar sobre los cuerpos, era suficiente.

En el transitorio campamento Dratewka, Filip observaba el horizonte con preocupación. La lluvia era una certeza. Y con el suelo del monte anegado, la cureña que transportaba a Arbaleta se atascaría con facilidad.

—Piensas lo mismo que yo —Joria Dratewka llegó por detrás, y apoyó sus manos en los hombros de su hijo.

—La lluvia va a ser fuerte.

—Lo mismo creo —dijo Joria—. Y atascarnos en el camino sería una pérdida de tiempo. O algo peor.

—Entonces...

—Que los hombres aprovechen para limpiar sus armas y engrasar sus botas. La lluvia no va a pasar la noche. Vamos a seguir al amanecer.

Filip salió a dar aviso. Entonces, Joria tomó el lugar y la dirección de la mirada que su hijo acababa de abandonar. Era sencillo encontrar nubes con forma de dragón. Mucho más, si amenazaba tormenta.

—Allí hay uno. Otro. Otro más. Y todos serán cabezas en el Castrum —Joria pensaba en Mare Limba—. La gura debe estar mirando y sonriendo. Ella sabrá cómo avisar a Terentigani que logramos nuestro cometido.

Así pensaba Joria, sin imaginar que unos ojos oscuros lo observaban con tanta atención como él observaba el cielo.

Las grandes huellas que el ejército de los pastores dejaba a su paso fueron guía para los arayé, que iban tras ellos con el cometido de liberar a Artejal. Huellas y ruidos acrecentados en el viento del monte orientaron a los guerreros de piel oscura.

Avanzaba el ejército de Joria. Avanzaban en sombra los arayé. Unos, con estridencia. Los otros, sin pies.

Tres hombres fueron designados por el Tohol para acercarse al campamento Dratewka. Y al frente de ellos, uno conocido como Buen Trampero.

«Acerquen sus ojos y sus oídos tanto como sea posible», había sido la orden del hijo de Artejal. Y de ese modo se hizo.

Cuando regresaron, Buen Trampero fue el encargado de hablar con el Tohol y contarle que el ejército de Joria se había detenido.

—Será el agua que viene —dijo el Tohol—. Pero eso es bueno para nosotros.

Porque la misma lluvia que detenía a los Dratewka, alentaba a los arayés.

—Este es el día... El agua y el viento nos favorecen. Vamos a vigilar mientras haya luz. Y con la oscuridad, entraremos al campamento.

Por expreso mandato de Joria, la jaula era pequeña. Tanto que transformaba al prisionero en un guiñapo, un adefesio incompleto obligado a torcer los brazos y encoger las piernas. Allí, Artejal comía, allí defecaba. Desde allí, una y otra vez, escuchó hablar sobre los dragones a los soldados, a los oficiales. Y en el mismo mezquino lugar, el jefe arayé recuperó la rabia que el tiempo había aplacado. La rabia de Tabaquito, la rabia de Tucán, el ejecutante.

Un día, mucho tiempo después, recobraría también la sonrisa insondable de sus antepasados.

Aquel día, antes de que la lluvia se desatara y lo obligara a permanecer en su tienda, Joria salió de ronda por el campamento. La Liebre Moteada iba junto a él. Eran tiempos de gloria, y esa sensación lo condujo hacia la jaula de Artejal; allí donde Artejal permanecía estático, con la cara pegada a los barrotes. Desde lejos era difícil distinguir si se trataba de un hombre o de un monstruo de feria, esos que los palari pamá solían llevar para conseguir lustrus. Pero, sin que nadie lo notara, el jefe Artejal huía por los caminos de adentro hacia el destino que los Japiripé le habían señalado.

La Liebre Moteada corrió hacia la sombra de Artejal, cruzada por barrotes.

—¡Quieta!

Joria la detuvo. Luego se tomó su tiempo para llegar junto al prisionero. El jerarca no estaba ahí para cargar humillación sobre su enemigo, porque era innecesario. Otra cosa lo guiaba.

—¿Qué saben los arayés acerca de Nulán?

Artejal lo miró en silencio.

—¿Quién es él? —volvió a preguntar el jerarca.

Para ahondar el silencio, el jefe arayé entornó los ojos.

—¿Por qué lo protege el alquimista?

Pero Artejal y el silencio eran la misma cosa.

—Por cada palabra que me digas te daré un minuto fuera de la jaula. Entonces, si me dices lo suficiente podrías hasta rodear el campamento. Piensa... ¡Tus piernas estiradas de nuevo!

El insobornable mutismo del arayé no alcanzaría para malograr el ánimo de Joria.

—Bien... Mi intención era ser generoso con tu pobre cuerpo. Sé sobre Nulán todo lo que necesito.

Luego, Joria alzó la cabeza en un gesto fingido.

—Te gusta la lluvia, ¿verdad? —Y agregó—: Eso espero, porque pronto se descargará sobre tus huesos.

Joria se marchó sin más palabras. La Liebre Moteada corrió tras su amo, y se pegó a sus pantorrillas.

Los nubarrones se agrietaron. Un rayo se clavó en el horizonte y fue como la lanza que inicia una guerra. Sonaron como piedras las primeras gotas.

Cuando la tormenta se desataba sobre el monte, silbó una perdiz. Artejal giró la cabeza tanto como pudo. Una perdiz no estaría silbando bajo la lluvia. Una perdiz no era.

Desde la fronda, los guerreros arayés le pedían que estuviese atento, y que reuniera toda la fuerza que le quedara.

Con la tormenta encima y las estampidas del viento, el campamento Dratewka quedó desolado. Los hombres se habían reunido a beber y esperar bajo unos cueros extendidos.

El Tohol y los suyos decidieron que era el momento. No hacía falta la noche, con ese cielo. No hacía falta la oscuridad, con tanta lluvia.

Contra su voluntad, pero aceptando las palabras de la Máxima Ancianidad, el Tohol iba a permanecer oculto. Dos guerreros avanzaron hacia la jaula. Los demás se apostaron para la vigilancia.

Artejal los vio, quiso moverse. Y aunque apenas logró hacerlo, su corazón ya estaba corriendo por el monte.

Por respeto, los hombres que venían a liberarlo apenas lo miraron. En cambio se esforzaron en romper el cerrojo que aseguraba la cadena. Para eso habían llevado estacas de la madera más dura del monte que, atravesadas en los eslabones, sumarían la fuerza necesaria.

Una vez más, se enfrentaban el monte y el hierro.

Desde su sitio en la fronda, el Tohol observaba con inquietud a los guardianes. Y enseguida a los que intentaban romper la cadena.

Dos estacas se habían quebrado, sin que los guerreros logaran doblegar el

cerrojo, cuando se oyeron pasos. Se acercaba uno de los soldados que debían estar junto a la jaula y que, como sus compañeros, había preferido protegerse del vendaval y jugar a los dados. El hombre apareció de pronto, tal como si abriera una puerta en la lluvia, y solo vio a Artejal con el rostro pegado a los barrotes.

—¡Un buen baño, mono!

Todo estaba en orden, de manera que el soldado no tardó en desaparecer tras la misma puerta.

Un instante, una perdiz. Y los arayés regresaron.

Al revés de la lluvia, que se afianzaba, un eslabón comenzaba a ceder. Crujieron el cielo y la cadena. En los matorrales, latía el corazón del Tohol tanto como los músculos de Buen Trampero, que giraba la estaca.

El monte contra el hierro. La batalla se libraba en el punto donde el eslabón no terminaba de ceder.

Uno de los vigías chistó anunciando peligro.

Bajo un mismo capote negro, dos soldados caminaban en dirección a la jaula. Los arayé redoblaron las fuerzas. Y al tiempo que el chistido del vigía se repetía, más intenso, la cadena cedió.

No sería fácil sacar a Artejal de la jaula donde apenas cabía. El jefe arayé hizo cuanto pudo para ayudarlos, pero no sabía dónde estaban sus rodillas. Sin embargo su corazón, que ya estaba libre, hizo el resto del esfuerzo.

Y entonces se acabó el tiempo.

El soldado que sostenía el capote recibió una flecha mortal. Su compañero comprendió de inmediato lo que ocurría. La lluvia se tragó el grito, y el soldado tuvo que correr hacia las tiendas.

Buen Trampero, el más fuerte de los que allí estaban, cargó a Artejal sobre sus hombros, y corrió con él hacia la maleza. Sin dudas, la espesura del monte sumada a la tormenta habría permitido que el grupo entero escapara. Pero lo mejor era que dos de ellos se quedaran para distracción y engaño de los Dratewka, que pronto saldrían a cazarlos. Los demás, seguirían otro camino.

Dos arayés se quedaron a morir, mientras el resto se alejaba. El Tohol, con su padre en brazos, tomó la delantera.

Aquellos hombres actuaban como si hubiesen vuelto a nacer guerrero. ¡Cómo hubiese sonreído Mimbí!

«El tiempo está de regreso», habría dicho la cacica.

«Los grandes dioses también son nuestros».

«Más que el tiempo y los dioses es la danza», habría dicho.

Porque aquellos hombres arayé habían danzado, ahora podían morir.

En la aldea, Jaminita lloraba.

—Lloras otra vez, Jaminita. Y más fuerte.

Mimbí no encontraba explicaciones, ni la niña se las daba.

Hacía muy poco que había recibido la Amorosa Sangre de la Belleza.

—¿Por eso está llorando?

A lo mejor tenía alguna dolencia.

—¿Te duelen los dientes?

O pudieron retarla las mujeres de la Casa Gusano del Río.

—¿Alguien te hizo advertencias?

Y Jaminita redobló la intensidad de llanto.

No sería el momento adecuado, y la cacica decidió dejarla sola. Pero cuando se alejaba, Jaminita la llamó. Mimbí giró a mirarla.

—¡No quiero casarme!

La niña corrió a sofocar su llanto en el abrazo de la cacica.

—Cuando llegue el momento... —dijo Mimbí acariciando el cabello renegrado.

Jaminita alzó el rostro.

—Ya llegó —dijo.

—Entonces —dijo Mimbí—, vamos a sentarnos.

Las dos arayés buscaron unas piedras oportunas, y allí se acomodaron.

—¿Por qué dices que llegó el momento?

—Se acercó —respondió Jaminita—. Y me dijo que cuando regresara sería su esposa.

—¿Quién, Jaminita?

—El Tohol.

Y la niña volvió a llorar.

Por mucho que se esforzó en ordenar la memoria, la sanadora arayé apenas vislumbraba fragmentos, y así hablaba. Mientras más quería nombrar, más se confundía. Una luz arriba, un trozo de piel blanca, una tormenta que tal vez fuese el murmullo de la dragona, piedras talladas. Una cueva, una cueva...

La misma lluvia que permitió el escape de Artejal, los obligó a armar un refugio. Para entonces, no había otra opción que tejer un techo de árbol a árbol. Nulán aprovechó la urgencia para aliviar a Anuja del peso de contar un misterio.

—Descansa —dijo—. Yo hago nuestra enramada.

Beliria ya se había puesto de pie, con clara intención de ayudarlo.

Antón no aprobaba que Beliria tomara aquellos riesgos absurdos.

—Será un estorbo —dijo. Y miró a Nulán en busca de complicidad que no encontró.

Cuando los jóvenes se alejaban, Anuja sonrió.

—En ningún mundo estará más segura —dijo.

—¿Ves?

Nulán le mostraba a Beliria el tipo de juncos que debían elegir. Enseguida advirtió que solamente cortara los más largos, sin dañar a aquellos que venían creciendo.

Los juncos que Nulán había señalado eran aceitosos, y resbalaban con facilidad por entre las manos de Beliria. Para más, las ráfagas de viento que desataron su trenza, le complicaron la tarea. Nulán la vio pelear con el cabello... Ella intentaba quitarlo con un antebrazo, el cabello regresaba. Lo quitaba de los ojos pero el cabello se pegaba a su boca. Nulán tomó un trozo de junco, se acercó a Beliria, y pidió permiso con la mirada.

Con una cinta de monte que mantenía su cara despejada, Beliria continuó la tarea de cortar juncos.

La tormenta no dio tiempo a pronunciar palabras que, por otra parte, el viento hubiese desarmado.

Una vez de regreso, Anuja fue la encargada de ayudar a su hijo en la tarea de tejer los juncos. Entonces, los dos Tzarús solo pudieron contemplar la destreza de las manos arayé; una destreza que no era el tesoro de Nulán ni de Anuja sino del transcurso de un pueblo.

La enramada estaba casi lista cuando cayeron las primeras gotas como piedras. Muy pronto, la lluvia logró atravesar las últimas resistencias, y hubo que hacer silencio.

El sol de la mañana siguiente tenía mucho trabajo por delante. Por eso, tal vez, apenas entibiaba.

Antón y Beliria se despertaron con el aroma de un conejo asado que Nulán había cazado y desollado mientras todos dormían.

Era claro que una conversación se avecinaba y con ella un desacuerdo. Por eso, Antón se adelantó.

—Anuja habla de una cueva donde estuvo con la dragona blanca. Una cueva que nosotros debemos encontrar.

Como Nulán mantenía silencio, el alquimista se apresuró a dar sus mejores argumentos.

—Si nos vamos de aquí sin intentarlo, nunca podremos encontrar esa cueva. La única posibilidad es ahora. ¿Qué hay allí? Piensa en eso. Piensa en la decisión de la dragona que llevó a Anuja a su morada. Piensa...

Eran en vano las palabras que el alquimista pronunciaba, porque Nulán no las atendía. El hijo del monte iba tras su intuición, ese caballo salvaje que, sin lazo ni montura, llega adonde debe.

Antón y Beliria se alarmaron cuando Nulán dio un salto hacia Anuja. En cambio, la sanadora se mantuvo quieta y tranquila. Nulán metió las narices en su cabello,

respiró profundo sobre su cuerpo buscando el olor de la cueva donde ella había estado.

Algo halló, algo guardó en el fondo de su olfato. El rastro era fugaz y aleteaba, pero iba a servirle de guía.

—Ustedes estarán aquí y yo me iré a buscar la cueva —dijo Nulán.

De nuevo, Beliria quiso acompañarlo.

—No.

La respuesta de Nulán no necesitó ser brusca para ser implacable. Poco después, con la tutela de un rastro lejano, Nulán emprendió camino hacia los montes Cazut.

Los arayés eran sabios construyendo refugios con materiales del monte.

En poco tiempo, los guerreros del Tohol levantaron uno que, para ojos inexpertos, pasaría como parte de los matorrales. Le hicieron un piso de hierbas frescas, y extendieron los cueros que llevaban. De ser necesario, podrían vivir allí el resto de sus vidas.

Artejal dormiría durante horas.

Buen Trampero se acercó al Tohol.

—¿Volveremos a la aldea?

—Es malo que el jefe llegue sin sus piernas. Vamos a esperar.

A Buen Trampero le pareció una idea justa.

—Busquen los remedios que señalaría la Máxima Ancianidad —dijo—. Mi padre se erguirá pronto.

Nulán avanzaba en dirección a las primeras grandes piedras de los montes Cazut. Iba en busca de la cueva donde Anuja había sanado, bajo la mirada luminosa de la dragona blanca. Pero algo lo esperaba en el camino; algo que, al partir, no hubiese podido imaginar.

Sin vacilaciones, el hijo del monte se dirigía a las estribaciones donde, con seguridad, la dragona se refugiaba. Sin embargo, otra presencia llegó hasta él. Una línea a contrapelo de su meta, un vestigio intruso; un llamado ineludible que Nulán se vio obligado a respetar.

De allí venía. Allí estaba.

El llamado nacía en aquel montículo de tierra, cubierto por una planta rastrera de hojas carnosas y flores de color rojo.

¿Quién lo aguardaba en ese sitio? ¿Quién dormía en la tumba florecida?

El hijo del monte no recordaba el llanto humano. Y fue quizás el largo tiempo que las lágrimas llevaban sin salir, lo que hizo que brotaran calientes, espesas.

Por vez primera, Nulán sentía el pasado de su propio olor.

Hacía diecisiete años que Mam esperaba. Diecisiete años, y la muerte no había

logrado destronar el vigoroso aroma del amor.

Nulán se acostó, boca abajo, sobre el montículo cubierto de flores. Y permaneció con el cuerpo pegado a la tumba seguro de que, del otro lado de la tierra, un rostro de hueso sonreía.

Alrededor de la tumba, el tiempo pasaba constante. Pero solo alrededor, sin atreverse a trasponer el límite, intimidado por el abrazo del hijo y la madre.

En esa larga inmovilidad, Nulán perdió su cuerpo y su pensamiento. Y cuando al fin aceptó levantarse tuvo que buscar sus manos, porque eran de tierra. Manos idénticas a la textura de la tumba.

Mam regresó a su soledad. Nulán retomó el camino. Aún no sabía que llevaba consigo un aprendizaje para después. Y para siempre.

Después de esa demora, la búsqueda de Nulán se tornó aún más difícil. A veces, el hijo del monte se detenía hasta que el viento lo ayudaba a discernir entre las infinitas insinuaciones del mundo. Entonces volvía a caminar. Pero luego una bandada de pájaros revolvía el rastro, un nubarrón lo cubría, o el grito de un animal lo asustaba. Nulán estaba obligado a detenerse. Por eso, el día avanzaba mucho más deprisa que el rastreador.

Por eso atardecía cuando Nulán se adentró por unos corredores de piedra, donde el rastro se compactó, se hizo tan contundente como cualquier camino. Era seguro que la dragona blanca y Anuja habían estado en aquel lugar durante varios días.

Las dudas desaparecieron. Cada paso de Nulán fue una certeza que lo llevó hasta la entrada de una cueva. Allí se detuvo. El hijo del monte sabía que en las cuevas se preservan misterios, pero en aquella boca de la tierra no había un misterio sino todos.

Nulán entró con respetuosa lentitud.

La cueva era grande y muy alta. En la cima de la bóveda de piedra había una abertura, semejante a un cráter, que dejaba entrar luz. Gracias a eso, pudo ver las tallas en las paredes. Pero el tiempo de claridad dentro de la cueva se agotaba rápidamente, impidiéndole observar con detenimiento. Para hacerlo tendría que regresar cuando el sol estuviera alto. Aun así, Nulán aprovechó el final de la luz... Eran bajorrelieves de distintos tamaños, realizados en la extensión semicircular de la cueva. Algunas imágenes se repetían con extremada frecuencia: un barco, un hombre leyendo pergaminos, una dragona con un recién nacido entre sus alas...

La oscuridad de afuera reflejaba el dolor de adentro. Nulán salió de allí con una decisión tomada.

Era apenas el día siguiente de su rescate, pero Artejal insistió en erguirse y hablar con sus hombres.

Los ungüentos empezaban el lento trabajo de cicatrizar las llagas, y la fiebre que había traído del cautiverio cedía ante la bondad de los pétalos de altarreina, y la obstinación de la corteza del sauce. Antes de lo previsto, el jefe arayé reunió a los

suyos en un círculo.

Impulsado por su nuevo lugar y contra el mandato de la tradición, el Tohol tomó la palabra antes que su padre:

—Supe, y le dije a la Máxima Ancianidad, le dije a los caciques, que enviar a Nulán era un desacierto.

—¿Desacierto? —preguntó Artejal.

El Tohol, que daba por segura la aprobación de su padre, perdió firmeza.

—Te abandonó en el cautiverio...

—Él no me abandonó. La cuerda nos abandonó a ambos.

El Tohol hubiese atribuido a la debilidad y al cansancio las palabras de Artejal. Pero le faltaba escuchar lo impensable:

—Nulán... —La voz del jefe arayé esperó en la garganta—. ¡Quisiera tenerlo de nuestro lado!

Peor que un golpe fue para el Tohol el deseo que expresó el jefe arayé frente a sus hombres.

A partir de ese momento, Artejal habló con largas pausas.

—En aquel pozo se hizo el tiempo pasado, y llegaron los Japiripé. Lo que dijeron no se los diré ahora, no hay fuerza en mí. Pero sí diré de los Dratewka.

Artejal tomó aire.

—Desde la jaula, los oí hablar sobre los dragones. Hablar...

Artejal se humedeció los labios lastimados.

—Decir que con la cabeza de un dragón, Joria será más poderoso de lo mucho que es.

Los hombres lo ayudaban con su impecable atención.

—¿Qué enseña la vejez? Que el enemigo de nuestro enemigo es amigo nuestro, al menos hasta que amanezca.

El jefe arayé estaba visiblemente fatigado.

—¿Cómo serán esos dragones? ¿Interminables como la lluvia? ¿Feroces como el volcán? No lo sabe el arayé. En cambio, sabe que ellos y nosotros tenemos un mismo enemigo. Joria tiene puestos sus ojos en la cabeza de un dragón. Nosotros, en él.

Alrededor, los hombres se confundían.

—Padre y jefe —dijo el Tohol—, nos preguntamos si piensas en pelea.

Artejal demoró en responder.

—No es el nombre de lo que pienso. Ni es lo mío pensar, sino saber por boca de los pequeños dioses. Ahora no soy fuerte para explicar.

Esta vez, la pausa fue más larga. Artejal iba a decir lo último indispensable y, para eso, se dirigió a su hijo.

—Busca a los que puedan pelear. Que vengan con sus lanzas y sus cuchillos. Que no falte ninguno.

Roto el último hilo de vigor que lo sostenía erguido, Artejal se volcó sobre el suelo y se durmió enseguida.

Antón, el primero en ver llegar a Nulán, mordió la lengua de la ansiedad para no repetir el error que, poco antes, cometiera con Anuja. De todas maneras, no tuvo que esperar demasiado para conocer las noticias.

—Nada —dijo Nulán—. No puede hallar la cueva que Anuja menciona.

Beliria miró con pena la decepción de Antón. Anuja se cuidó de alzar los ojos para ocultar debidamente sus presunciones. Su hijo estaba mintiendo, pero ¿por qué lo hacía?

—Descansa esta noche, Anuja —dijo entonces Nulán—. Al amanecer, regresamos.

Antón se sacudió:

—¿Regresan?

Nulán lo miró con serenidad.

—Anuja está aquí. Ya no hay nada más que hacer.

—¿Y la dragona blanca? —intervino Beliria.

—No veo una dragona que necesite ayuda —respondió Nulán—. Veo dos Tzarús que desean hallarla. Y eso es tan distinto como un conejo de una liebre.

—La buscamos para protegerla...

Pensando en el tamaño de la dragona blanca junto al de Beliria, aquella afirmación pareció una insensatez.

—Sé lo que piensas... —intervino Antón—. La dragona permaneció a salvo durante decenas de años, sin nosotros. Y es cierto. Pero ahora apareció. Y los Dratewka han salido a cazarla.

—Tal vez ya esté muy lejos —dijo Nulán.

—Tal vez —dijo—. Pero piensa en esto... ¿Por qué la dragona aparecería para salvar a Anuja? Un silencio de años, un escondite seguro y ¿arriesgó eso por una mujer arayé? Allí hay algo grande, que estamos obligados a entender.

El razonamiento de Antón hizo brillar el rostro de Beliria Tzarús.

—Ella apareció, ella desapareció —Nulán se empecinaba en su idea.

—Suena cierto así como lo dices —Antón debía explicar algo complejo—. Pero ¿si fuera de otro modo? ¿Si el comportamiento de los dioses dependiera del nuestro? Un dios no es como el viento, que correrá hacia el norte o hacia el oeste más allá de nosotros. Un dios es, también, un resultado.

—Hay una antigua plegaria que los sabios Tzarús...

—¡Así, es, Beliria! ¡Así es! —se entusiasmó el alquimista—. ¿La recuerdas?

—La recuerdo bien.

—Entonces, adelante. Será bueno que Nulán y Anuja la escuchen.

*El árbol no es perfecto
sin el viento.*

*Ni es perfecta la fruta
sin los dientes.
Así Dios no podría ser perfecto
sin la voz que lo invoca
o la voz que lo niega.
Sin la eterna amenaza
que yace en las probetas.*

Después del banquete, el hocico de la Liebre Moteada chorreaba sombras. Babas de sombra que eran, en verdad, carne de los guardias que debieron vigilar la jaula de Artejal y, en cambio, se refugiaron para beber y jugar a los dados.

Por expresa orden del jerarca, aquellos hombres fueron amarrados de espaldas en un mismo poste, condenados a ver el recorrido del sol desde el cenit hasta que sus sombras se vieron del mismo tamaño que ellos mismos. En ese momento llegó Joria, sujetando a su mascota con una correa de cuero. El gruñido del animal atemorizó aun a aquellos que solo presenciarían muertes ajenas.

Tal vez ninguno deseaba ver el espectáculo, pero Joria quiso que lo vieran. Y así permanecieron los soldados, con el oído puesto en el ronroneo de la Liebre Moteada sobre su alimento, con la mirada en los condenados que se descarnaban. Así, para recordar que no debían cometer errores.

—¿Qué dicen los rastreadores que enviamos?

Desde la huida de Artejal, Joria había cambiado su buen humor por una furia constante. Hasta el trato familiar que le dispensaba a Filip se había malogrado. Solo por eso, el jefe de ballesteros odiaría todavía más y para siempre al pueblo arayé.

—No demasiado. El rastro de la dragona se perdió una vez que sobrevoló el monte.

—¡Los dragones dejan mucho más que ramas rotas! —Joria Dratewka levantó la voz frente a Filip y sus oficiales—. ¿No tenemos rastreadores capaces de verlo?

A Filip le correspondía enfrentar la situación, y lo hizo.

—Los rastreadores afirman que en el borde de los montes Cazut, hay cavernas y pasadizos donde un dragón podría ocultarse...

—¿En cuánto tiempo llegaremos allí? —Joria moderó el tono.

—Cinco días si el tiempo es bueno —respondió Filip—. O algo más. Una vez ahí, tendremos que esperar.

—Lo que sea necesario —dijo Joria—. Ahora los dragones rebeldes son una certeza, y la profecía está al alcance de mi mano.

Las muchas emociones que atravesaban a Filip cuando se trataba de su padre, aquella desesperada necesidad de que el jerarca lo amara por sobre Beliria, su anhelo de servirle y procurarle orgullo; nada de eso se interponía en su tarea como Jefe de Ballesteros y responsable del ejército. Por el contrario, cumplía sus obligaciones de manera inflexible.

—Si la espera va a ser larga, como parece, tendremos que reforzar las provisiones.

—Ocúpate de eso —respondió Joria.

Y esa sola enunciación significaba un reconocimiento que Filip valoraba como valora un niño jugar a ser jinete en las rodillas de su padre.

Fue Jaminita quien llevó la noticia a la Casa Gusano del Río.

Pálida y desconsolada, ella buscó la protección de Kerrrrr y de Sauki, que se adornaban el cabello. Desde otro sitio de la casa, Mimbí reconoció el llanto y caminó hacia el problema sin demasiada preocupación.

—¿Otra vez lloras por el casamiento? —preguntó la cacica.

—Porque ahora viene a buscarme —respondió Jaminita.

—¿Quién?

—Buen Trampero.

Mimbí cruzó su mirada con la de Kerrrrr, y ambas salieron rápido. Sauki, por su parte, abrazó a Jaminita.

—¿Ves? Ellas siempre se entienden —dijo la viuda aráyé—. Nosotras vamos a seguir haciendo bonitas vueltas en el pelo.

Mimbí y Kerrrrr llegaron rápido al centro de la aldea, donde vivía la Máxima Ancianidad y se realizaban los círculos ceremoniales. En efecto, Buen Trampero estaba allí, y Mimbí no dudó en acercarse.

—¿Cómo haces para saber antes que el resto de los caciques? —preguntó la Máxima Ancianidad.

Quizás Mimbí estaba pronta a responder alguna insolencia, y por esa razón el anciano la interrumpió.

—Mejor envía a Kerrrrr, que anda como sombra, a que avise en las demás Casas Gusano... Este hombre tiene mucho para decirnos, y tú no lo escucharás antes que el resto de los caciques.

Mimbí, que conocía muy bien el acantilado donde se despeña la paciencia, cumplió sin chistar lo que el anciano le pedía. Sin embargo, no envió a Kerrrrr. También ella fue, porque no toleraba la idea de permanecer quieta y callada.

Una vez que el recado llegó al resto de las Casas Gusano, Mimbí se dirigió a Kerrrrr:

—Tú vas con las demás. Yo iré al círculo. —Luego recordó algo—: ¡Tranquiliza a Jaminita! Dile que el asunto no es su boda.

Las mujeres se separaron.

Kerrrrr caminó hacia la Casa Gusano del Río.

Mimbí se apresuró a regresar al centro de la aldea, allí donde los convocaba la

Máxima Ancianidad, para llegar antes que el resto.

—¿Dónde está Buen Trampero? —preguntó al llegar.

—Te reprocho ser astuta y desconfiada —le dijo el anciano—. Y por eso no voy a responderte.

En silencio, la desvergonzada ocupó su sitio en el círculo.

Después de Mimbí, el primero en llegar fue el cacique de la Casa Gusano del Viento, cabeza de las familias dedicadas a la recolección de frutos. «No es el más atrevido, pero sí el más fiel», pensó Mimbí al verlo.

Casi enseguida, llegó el cacique de la Casa Gusano del Fuego o, como otros solían llamarla, la Casa Gusano del Volcán; cabeza de quienes se dedicaban a la confección de lanzas, arcos y flechas, redes y cuchillos. A ese hombre no le faltaba valentía, pero era escurridizo y, según Mimbí, nadie conocía su verdadero rostro.

Por fin, el cacique de la Casa Gusano de la Tierra, cabeza de las familias dedicadas a la cacería.

Mimbí notó que calzaba sandalias arayés, y sonrió. Sin necesidad de mirarla, la Máxima Ancianidad lo notó y dio un golpe en el suelo para hacer callar esa sonrisa maliciosa.

Así, sin sus botas altas y con aspecto inofensivo, el último de los cuatro caciques se sumó al círculo ceremonial.

—Esperamos a Buen Trampero —dijo el anciano—. Él debía comer antes de hablar.

En el centro de la aldea arayé, un círculo. En el círculo, cautela y quietud.

En el centro de la aldea, en el círculo arayé, el silencio fue mucho más largo que la espera.

Buen Trampero apareció luego de comer lo suficiente como para hacer el largo relato de los días que habían pasado en el monte, tras el ejército Dratewka. Era mucho lo que debía narrar: la primera caminata, la lluvia, el campamento Dratewka, el rostro de Artejal contra los barrotes. Habló sobre el rescate, sobre los guerreros que se quedaron a cubrir la huida, sobre el doloroso estado de Artejal anudado en la jaula.

De puro dolor, imaginando la penosa situación del jefe, Mimbí llamó a los Japiripé golpeando la lengua contra el paladar. Los demás le permitieron ese desahogo.

Pero Buen Trampero agregó que Artejal ya estaba con ellos, y comenzaba a recuperarse.

—¿Por su estado no regresó a la aldea? —preguntó la Máxima Ancianidad.

La expectación se hizo grande.

—No volvió ni volverá todavía. Al revés, desea que todos los hombres jóvenes regresen conmigo al monte.

—No comprendemos —dijo la Máxima Ancianidad.

Pero Buen Trampero no tenía mucho que explicar.

—El jefe Artejal dijo que en el pozo el tiempo volvió atrás, y llegaron a él los

dioses pequeños. No está fuerte para hablar pero dice que el enemigo de nuestro enemigo...

—Es nuestro amigo hasta que amanezca —completó la Máxima Ancianidad.

—El jefe Artejal estaba fatigado y enfermo, pero dio una orden...

Mientras Buen Trampero continuaba el relato, Mimbí comenzó a llorar. Y como se trataba de un llanto de amor, lo hizo según un estricto orden de largos lamentos, hipos y quebrantos. Ella tenía derecho a hacerlo, de modo que nadie osó silenciarla.

Lloró Mimbí hasta que la Máxima Ancianidad expresó un deseo:

—Los que parten deberían danzar.

No bien escuchó esa afirmación, Mimbí interrumpió el llanto con un alarido guerrero. Ya no tenía nada que hacer allí. Se levantó rápida como liebre y corrió hacia la Casa Gusano del Río sin dejar de llorar, de reír, sin dejar de gritar el nombre del jefe arayé.

—¡Artejal! ¡Artejal!

Las mujeres rasparían finamente una corteza oscura hasta obtener buena cantidad de aceite.

—¡Artejal!

La separarían en dos partes iguales. En una mitad añadirían tintura amarilla, en otra añadirían extracto de raíces rojas.

—¡Artejal! ¡Artejal!

Las mujeres de la Casa Gusano del Viento prepararían venenos para endulzar las puntas de flecha.

—¡Artejal! ¡Artejal!

En la aldea, fueron elegidos con cautela los que iban a partir.

Recién cuando todos estuvieron reunidos y los guerreros en formación de danza, Mimbí dejó de correr y de gritar el nombre del jefe arayé.

En esta ocasión, la danza se realizó en vísperas de la partida. Y aunque la orden que los convocaba era incierta, se trató de una danza verdadera, con verdadero sudor y verdadero miedo. Rítmicos golpes sobre la tierra para acortar la distancia entre los dioses y la gente.

*Así Dios no podría ser perfecto
sin la voz que lo invoca
o la voz que lo niega.
Sin la eterna amenaza
que yace en las probetas.*

Cuando Beliria acabó la plegaria todos permanecieron en completo silencio. No parecía la joven hija de Oropelia quien la había pronunciado sino alguien remoto. Después de un largo rato, Anuja entreabrió los labios. Pero antes de hablar tuvo que ir en busca de su corazón.

—Si así lo quieres, me iré contigo —dijo, dirigiéndose a Nulán—. Aunque estaremos caminando hacia atrás.

Porque la sanadora iba a decir cosas importantes, sus palabras obraron como un llamamiento. En el centro de aquel extraño grupo se reunieron cuatro miradas. La mirada aráyé de Anuja, las miradas azules de dos Tzarús, los ojos inverosímiles de Nulán. Y allí donde esas luces se juntaban, creció un fuego. Un fuego debió ser, puesto que provocó un tibio alrededor.

Debido a su intensa emoción, y no por desconocer a los Tzarús, Anuja habló al modo aráyé.

—Cuando vivías un año y Antón te dejó en mí, y yo te tomé, supe que Mam y Cabeza Roja eran tus padres, la aldea me puso a prueba y aquí me tienes porque allí supe decidir quedarme contigo. El tiempo fue a veces hacia adelante y otras veces hacia atrás, pero yo contigo. Los oídos son fáciles de arruinar cuando no queremos saber ni escuchar. No quise saber ni escuchar lo que Antón decía acerca de sus trazos de tinta. Pensé terca «ellos dicen que esos trazos dicen». Pero ¿cómo saberlo? Si ellos los inventaron. Y ahí me tuviste como madre, mirando al norte y al sur por no mirar mi alma. Pero hay algo en el amor como en la primavera, no muere sin florecer. Hay amor en mí que es una rama florecida. Te miro a los ojos para decir que Antón no es solo un extranjero cuando habla y dice que hay en ti una marca. Yo no quería una marca sino un hijo, pero qué puedo hacer. Llovió, eso puedo decirte y la tierra ya no es la misma, y otras plantas crecieron. Vimos a la dragona. Llovió. Escuchamos a la dragona, una de los grandes dioses. Llovió. Si ella me devolvió la vida no será para mentir en su contra. No será así, serán la verdad y la lluvia. Estamos empapados de ellas. Hay algo en ti además de Mam y de Anuja. Una madre superior. Ella me salvó por ti. Ahora tú no puedes abandonarla.

Antón dejó caer sus lágrimas sin recelo. Todavía podía hacerlo.

Nulán recibió con respeto las palabras que Anuja le entregaba, y las sopesó con cuidado, las miró al trasluz. Después se levantó sin decir palabra y comenzó a alejarse. Nadie lo detuvo, nadie le preguntó adónde iba ni si iba a regresar.

Nulán, repudiado por la aldea debido al pecado que sus padres cometieron al engendrarlo, había crecido junto a Anuja. Y hasta el día que oyó a Antón y a la sanadora hablando sobre su origen y su destino, fue tan feliz como un animal de monte, sin desmesuras ni excesos; libre de las desdichadas ambiciones del pueblo humano. Ni siquiera sus dones eran algo inaudito para él, que los recibía como al sol cotidiano. Ahora, sin embargo, todo estaba cambiando. Parecía como si entre Nulán y el monte comenzara a abrirse un abismo que los dejaba en orillas opuestas.

«Quién de los dos saltará», murmuró Nulán en soledad. «Yo hacia ti, o tú hacia donde estoy».

Durante un largo día anduvo Nulán, desandando el camino que había hecho junto a Antón y a Beliria. Regresar al monte era lo que le indicaba su sagrada intuición; la que desde pequeño lo había guiado, la que le procuraba comida y destino. La misma

que ahora le señalaba la cima de una colina alta.

Sube, Nulán.

Y Nulán trepó como si tuviese pezuñas, sin fallar ni un solo paso. Desde arriba pudo ver las dos direcciones que le importaban. Hacia el norte, el valle que acababa de abandonar, donde Anuja, Beliria y Antón se estarían preguntando por su ausencia. Hacia el sur, el monte que volvía a llamarlo. Alrededor todo parecía inocente, parecía vacío. De todos modos, Nulán decidió permanecer en el lugar hasta la madrugada.

La primera rodaja de la noche, lo encontró de pie, mirando minuciosamente cada punto del paisaje. La segunda rodaja, colgada de una estrella, encontró a Nulán sentado, dibujando en la tierra el ojo un dragón. La tercera rodaja y su luna creciente lo vieron alzarse nuevamente y volver a observar.

Fue entonces cuando el hijo del monte distinguió el resplandor de unos fuegos a las distancia. Puntos luminosos que en la cerrazón del monte, y desde la altura, eran ojos de lechuza.

Cuarta rodaja. ¿Quién imaginaría a un animal joven, de pie sobre una colina solitaria, en medio del valle? ¿Quién sería capaz de suponer su presencia decisiva?

Quinta rodaja, la más luminosa. Y Nulán entrevió volutas de humo.

Sexta rodaja. ¿Comenzaba Nulán el recorrido de la profecía fraguada por los monjes? ¿O solo regresaba al monte familiar?

Séptima rodaja de la luna. Con la primera claridad, los ojos de Nulán seguían, por el cielo bajo, el inconfundible color del humo aráyé. ¿Qué hacían allí los hombres de la aldea? ¿A quién buscaban?

El hijo del monte corrió cuesta abajo, con la intuición por delante y la lucidez del olfato.

Artejal y su hijo vieron llegar a Buen Trampero. El guerrero aráyé llegaba con buenas noticias.

—La Máxima Ancianidad y los caciques celebran tu vida. Ellos escucharon con atención y, sin comprender, aceptan tus órdenes. Cuando dejé la aldea, los hombres se preparaban para danzar.

La mirada de Artejal se desparramó por el paisaje.

—Si es danza es Mimbí —dijo.

—Mimbí —afirmó Buen Trampero—. La cacica corrió y gritó tu nombre un día entero.

—También aquí han sucedido cosas grandes, que el Tohol te contará —dijo el jefe Artejal.

—Fue el día de ayer —comenzó el Tohol—. Andábamos de caza cuando lo hallamos.

Buen Trampero se quedó esperando el nombre que al joven Tohol se le hacía difícil pronunciar.

Cualquier arayé podía caminar por el monte con los pasos apagados de un puma, y atravesar el follaje espeso con la tersura de una serpiente. Pero tratándose de Nulán, la destreza se acrecentaba. Por eso, supo antes. Los escuchó llegar y se quedó esperando.

Instantes después, el Tohol y dos de sus guerreros, hombres que habían salido a cazar la comida, estaban frente a él.

Nulán y el Tohol fueron dos miradas silenciosas, largas, cautas. No había nada que preguntar, ni estaban allí por la misma causa. Dos rostros secos, dos hombres que ordenaban sus pensamientos. Pero fue el Tohol quien hizo un gesto a sus hombres, indicando que volverían sobre sus pasos.

Eso era lo que el Tohol debía contar, pero lo hizo en forma brusca, sin detalles. Pronunció un breve fragmento amargo, y así creyó acabar con el asunto. Pero no era eso lo que iba a suceder.

—Mientras nuestros hombres caminan hacia aquí —dijo Artejal—. Nosotros vamos a hacer algo de importancia. Buscaremos a Nulán.

—¿Buscarlo?

El Tohol estiró el torso. Iba a continuar, iba a preguntar qué ganancia podía traer aquel descastado que la aldea había maldecido. Iba a hacerlo pero su padre se lo impidió.

—Pareces Mimbí, a la que tanto desprecias. ¡Busca a Nulán y pídele que se presente!

—¿Debo ir solo? —preguntó el Tohol.

—No. Que Buen Trampero te acompañe. Los demás nos quedaremos aquí esperando a los guerreros.

Pocos después, con la salud aun incompleta, Artejal se tendió a descansar.

El Tohol y Buen Trampero estaban sentados a la par.

—¿Cuándo saldremos?

—Al amanecer —respondió el Tohol.

Un poco después, el hijo de Artejal tomó con fuerza el brazo del que sería su compañero de viaje.

—Pero no nos iremos lejos.

Buen Trampero lo miró confundido.

—Nuestro jefe está demasiado débil y sus pensamientos se nublan —dijo el Tohol—. Por su propio bien, y por el de todos, no hallaremos al hijo del monte... O mejor, ¡lo hallaremos pero él se negará a venir!

Durante dos días con sus noches, el Tohol y Buen Trampero permanecieron ocultos, a prudente distancia del sitio donde aguardaba Artejal.

—Vamos a volver —dijo el Tohol—. Deseo estar presente cuando lleguen los

hombres.

Buen Trampero se lamentaba en voz baja por mentirle al jefe arayé, sin embargo las palabras del Tohol lo convencían. De un lado, era cierta la debilidad de Artejal. Del otro, el Tohol había ganado suficiente autoridad sobre ellos.

—Yo diré —le dijo el Tohol a Buen Trampero durante el viaje de regreso.

En efecto, cuando llegaron y apenas enterarse de que los hombres arayés ya estaban muy cerca, el Tohol se sentó frente a su padre y habló sin temblores. Lo hizo tan vivamente que hasta Buen Trampero hubiese podido creerlo.

—Hallamos a Nulán comiendo un castor asado. Le dije lo que mandaste. Y escuchó. Nulán dijo que no eres su jefe, y que nada lo traerá hasta Artejal. Eso dijo, y siguió masticando carne.

Artejal se debilitó por un momento. Después alzó la cabeza y miró a su hijo.

—Nada cambia —dijo.

—Jefe arayé, ¿sabremos lo que te dijeron los Japiripé en el pozo? —preguntó el Tohol.

—Lo sabrán cuando lleguen los hombres de la aldea.

A partir de la huida de Artejal, el ánimo de Joria Dratewka se oscureció; en su interior aparecían dudas que, hasta el momento, no había compartido con nadie. Ni siquiera con el jefe de ballesteros.

Nada, ni una sola señal de la dragona blanca. Nada en el aire, nada en la tierra. Como si nunca hubiese estado allí. ¿Y si estaban siguiendo un camino falso? ¿Por qué no pensar que la dragona pudo engañarlos y, tras volar hacia el sur, había cambiado el rumbo? Apenas enterado de los hechos, Joria creyó que, sin lugar a dudas, los Montes Cazut debían ser el escondite donde se guarecían los dragones. O al menos, la dragona blanca. Ahora comenzaba a dudar y a temer. Como fuera, era impensable regresar a Oras Viitor con las manos vacías y sin haber agotado la búsqueda.

—¿Hay suficiente vino?

—Lo hay —mintió Filip.

—Entonces, sirve más.

El jerarca de Mérec bebía cada noche hasta que el vino lo empujaba, y caía boca abajo para dormir sin sueños.

El calor, que había sido inusual durante el día, no disminuyó con la llegada de la oscuridad. Por esa razón, Joria y Filip pasaron la noche entera a la intemperie, sentados en butacas de cuero, dormitando de a ratos.

Cada vez que despertaba, Joria volvía a llenar su jarro. Filip, en cambio, fingía sus sorbos. Y no porque le disgustara el vino sino porque prefería dejarlo para su padre.

—¿Por qué tengo tanto calor? —preguntó el jerarca.

—Porque lo hace.

—No debería...

—Es cierto —dijo Filip.

Joria Dratewka, jerarca de Mérec, llegó hasta el fondo de su vino, y entonces decidió compartir sus dudas con Filip.

—A veces —empezó a decir—. A veces temo...

Un insecto se apoyó en su antebrazo. Joria lo quitó con un golpe seco.

—A veces me pregunto si la dragona...

Otro insecto llegó y chocó contra el jarro vacío de vino.

—¿Seguirá ella aquí? ¿Y si andamos tras su sombra?

Un insecto torpe y pesado llegó junto a otro insecto.

—¡Fuera!

Junto a otro insecto.

—¡Fuera!

Torpes, pesados, los insectos nocturnos se estrellaban en vuelo. Joria y Filip daban manotazos para espantarlos, pero llegaban más, llegaban otros, y chocaban contra el cuerpo y el rostro de los dos hombres que, hasta ese instante, hablaban y bebían apaciblemente.

Ciertas cosas son terribles o repugnantes en la profusión. Las alas, las minúsculas patas movedizas, las antenas pueden serlo.

Rodeados por la glotonería de un enjambre, Joria y Filip se vieron obligados a levantarse para sacudir brazos y piernas.

—¡Fuera!

Un centinela se acercó para saber qué sucedía.

—Nada, nada —dijo Filip—. Son insectos.

Un rato después, la nube siguió camino, arremolinada sobre sí misma, frenética y estúpida. No obstante los dos hombres, que ya habían perdido cualquier rastro de sueño, decidieron caminar por el campamento.

—Ya amanece —dijo Joria.

—Nah diría que es la séptima rodaja de la noche.

—¿Extrañas a la arayé?

La risa fue la mejor respuesta de Filip. Y resultó tan claro lo que decía que el jerarca la hizo propia. Así, séptima rodaja de una noche sobre el campamento dormido, atronaron las carcajadas de la virilidad Dratewka.

Nadie podía imaginar que la caminata y las risas se detendrían en seco. Nadie podía adelantar el grito bronco de los centinelas:

—¡Por el norte!

—¡Allí!

—¡Por el norte!

La dragona blanca se dejaba ver en un vuelo majestuoso aunque lejano. Desafiante, inmensa, haciendo de sí misma un estandarte.

Joria Dratewka tuvo que tragarse el corazón, que pujaba hacia afuera. Y para no perder el equilibrio, buscó apoyo en su hijo.

El monte y el valle alzaron la cabeza para ver pasar a la dragona blanca. También los árboles, también los Japiripé.

También Nulán la miró pasar. Y moduló sonidos sin nombre.

La vio Antón. El alquimista gritó para llamarla. A causa del grito, Anuja y Beliria despertaron.

Despertó Mare Limba, en el nido donde incubaba carne.

Los arayés reunidos en el monte alzaron la cabeza. Entonces, el mundo que conocían cambió de tamaño. La sagrada criatura se hacía presente, y exigía ser nombrada.

Kisi Biara, dijo Artejal. Serpiente fabulosa.

Kisi Biara, murmullo y bautismo de un pueblo deslumbrado.

Segunda parte

Siete lecciones
de alquimia



LECCIÓN I

Cuarenta y cinco años debieron transcurrir para que, en Terentigani, el gobierno de los Dratewka reconstruyese su fuerza, y consolidara su dominio sobre el continente. Cuarenta y cinco años desde la partida del barco en el que viajaron Antón, Fara y Mare Limba; recién entonces fue posible pensar en el envío de una nueva flota hacia Mérec.

No fue solo la peste que la gura derramó aguas abajo, en el río que abastecía gran parte de la ciudad. Después de eso, y frente al debilitamiento del gobierno de Remus Dratewka, los clanes del este y algunos de los reinos caídos se atrevieron a dar batalla. Oras Gatt se transformó en un lugar maldito del que muchos intentaban huir. Mientras los vivos se ocultaban, los muertos conducían el carro del destino. Hubo alianzas temporarias, hubo traiciones. La línea que separaba los bandos se corrió muchas veces a lo largo de medio siglo.

Era necesario que los niños Tzarús, aquellos que habían nacido bajo el imperio del caos, conocieran los hechos.

—Todo es dos, todo es dual —decía la Proverbial Maestra de Alquimia.

Los niños de las cuevas del Coloána estaban nerviosos y excitados; nunca la Proverbial Maestra les había enseñado personalmente. Ellos la veían pasar. Irse durante largas temporadas a visitar colonias lejanas, y regresar cada vez más delgada. A veces, la Maestra se sentaba en silencio a observar las clases a cargo de las maestras menores. Y casi siempre se retiraba con expresión de fastidio.

Pero ahora estaba allí y, según les había dicho, les daría siete lecciones. Solamente siete. Luego iba a marcharse; y esta vez sería por un largo, largo tiempo.

—Escuché decir que tal vez no regrese nunca —dijo una niña a otra, sentada a su lado.

—Yo también lo escuché.

—Pero ¿quién le va a enseñar a las maestras menores?

—No sé.

La Proverbial Maestra de Alquimia se alzó lentamente de la enorme roca pulida

en la que se sentaba y caminó hacia el cuchicheo. Como siempre, llevaba la correa de la disciplina enrollada en su muñeca izquierda. Las niñas la vieron venir, y apretaron los labios. Pero la indisciplina no podía disimularse.

—Bien —dijo la Maestra sin alzar la voz—, tengo la obligación de castigarlas.

—Pero Vorbarela me preguntaba cosas... —dijo una de las niñas.

—Ya lo había notado, y pensaba eximirte del dolor. Sin embargo, esta muestra de cobardía que acabas de darnos las iguala.

La Maestra indicó a las niñas que la siguieran, y ellas lo hicieron con la cabeza gacha.

—Todo castigo debe ser una buena ocasión de aprendizaje —dijo la Proverbial Maestra de Alquimia—. Estas niñas actuaron indebidamente, ¿es así?

Los jóvenes discípulos asintieron.

—Por lo demás —continuó la Maestra—, si yo no las castigara, las premiaría. ¿Es así?

—¡Así es! —respondió un ordenado coro.

—Porque... —La Proverbial Maestra extendió las manos en busca de la respuesta.

—¡Porque todo es dual!

—En efecto, no castigar genera su contraparte: premiar. Y ¿podría premiar a quienes, sabiendo que el conocimiento es la piedra que edificó al pueblo Tzarús y su única salvación, prefieren mover azarosamente su lengua? El tiempo que no es ganancia es pérdida, porque...

—¡Todo es dual! —completó el coro.

—La Sabiduría es una construcción demasiado ardua; la vida humana apenas alcanza para hacerla brillar. Y estas desviaciones conspiran contra todos nosotros. —La Maestra se volvió hacia las dos castigadas—. Recibirán un escarmiento acorde a su falta.

La Proverbial Maestra de Alquimia señaló el Hambar, un espacio limitado por maderos cuyo piso estaba cubierto con una capa de pedregullo y espigas. Allí las niñas deberían permanecer arrodilladas por el tiempo que se estimara adecuado.

—Pero soy justa, como todos debemos serlo. Y voy a otorgar a estas niñas la posibilidad de una defensa. Comienza tú que, según entiendo, fuiste víctima de la lengua desproporcionada de tu par.

Los demás discípulos comprendieron que tenían permiso para reír, y lo hicieron con exageración. Sin embargo, aquella niña, por temor a agravar aún más su situación, prefirió no decir nada.

—Gracias, Maestra —musitó.

—Y tú, Vorbarela, ¿dirás algo en defensa de lo que hiciste?

—Me gusta preguntar, Maestra.

—Ah, eso está muy bien. Pero deberías hacer preguntas a su debido tiempo, ¡y mejor si se relacionan con el saber de la alquimia!

—Eso me gustaría.

—¿Tienes ahora mismo alguna pregunta para formular?

—Sí, Maestra.

—Puedes hacerla antes de ir al Hambar.

—Gracias, Proverbial Maestra —respondió Vorbarela—. Sabemos que todo es dual, y que sin la noche no existiría el día. ¿Pasa igual con la obediencia? ¿Hoy podremos decir que todas te obedecieron gracias a que yo desobedecí?

La Proverbial Maestra de Alquimia conocía muy bien a la niña que le hablaba: hija de un alquimista de rango y de una maestra menor, la niña era conocida por su exuberante imaginación.

—Es deplorable lo poco que has entendido, Vorbarela. Quizás deberías regresar con los más pequeños.

Enseguida, la Maestra se dirigió al resto de sus discípulos.

—Sin el día no existe la noche, sin la noche no existe el día. Ahora bien, depende de nosotros que la sagrada dualidad que se evidencia en el cielo, en los mares, en los animales, ¡en la Filosofía Natural! se extienda, como modelo perfecto, al quehacer del espíritu humano. Cuando se trata de nosotros, la especie soberana, la dualidad se transforma en una tarea. Más cercanos a los dioses que a los animales, estamos obligados a replicar el equilibrio y la armonía que residen en la dualidad. Si dejásemos de ser justos, todo sería injusticia. Ustedes saben eso. ¡Supuse que Vorbarela lo sabía también!

La Proverbial Maestra de Alquimia ordenó a las niñas castigadas dirigirse al Hambar, de donde saldrían cuando ella lo decidiera. Y con las rodillas carcomidas.

Otra vez, tal como había sucedido cuarenta y cinco años atrás, Oras Gat pululaba alrededor de la nueva flota que se hacía al mar, desde el puerto de Oglinda. La intención de Remus Dratewka era tomar control sobre las colonias que se habían establecido en Mérec. Aquellas ciudadelas, originadas por la tripulación que había navegado en busca de los dragones rebeldes, habían sido relegadas durante mucho tiempo. Y a excepción de algunos contactos establecidos por los Palari Apá y por algunos aventureros solitarios, nada se sabía acerca de ellas.

Ahora, con Terentigani bajo control, el jerarca de los Dratewka decidió que era tiempo de ir en busca de las colonias que le pertenecían.

Muchas veces preguntó cuál era la causa por la que su antecesor, Skuba Dratewka, había confiado aquellas tierras a la rama más débil de la familia. ¿Por qué fueron Tatalíe y Constantín los elegidos para gobernar las colonias, cuando se trataba de gente de escasas luces?

Por eso mismo, le habían respondido, porque el plan de Skuba Dratewka contemplaba destituirlos apenas hubiesen hecho la peor parte.

¿Su plan, en verdad? ¿O el plan de Mare Limba?

Ciertamente, fue un plan trazado por la exaltada gura que lo acompañaba. La misma que, no obstante su poder, resultó incapaz de salvarle la vida.

Cuando Remus Dratewka preguntaba si era posible que Mare Limba viviera aún, solo conseguía respuestas vacilantes. En cambio, se sabía con certeza que, luego de la muerte de ambos hermanos, el hijo de Constantín había recibido el cargo de jerarca, y lo mantenía.

¿Cuál es su nombre?

Joria.

¿Y su reputación?

No tan mala.

Para ese entonces, Remus Dratewka había ganado poder. Ya no era aquel que recibiera, por herencia y sin méritos, el cargo de jerarca de Terentigani. Cuarenta y cinco años, la victoria sobre la peste y sobre los reinos enemigos además del retorno a la cacería de dragones, lo habían glorificado.

Remus Dratewka comenzaba a ser viejo, pero su naturaleza lo disimulaba muy bien. El triunfo sobre las adversidades desencadenadas por la peste lo había rejuvenecido, y ahora estaba dispuesto a continuar con la conquista de Mérec; aquella que se había iniciado cuarenta y cinco años atrás.

En la colonia Tzarús avanzaba la clase.

Dos niñas arrodilladas en el Hambar lloraban en completo silencio mientras otro discípulo, de pie frente a sus pares, respondía las preguntas que la Proverbial Maestra de Alquimia le formulaba.

—¿Cómo y cuándo comenzó la decadencia de Skuba Dratewka?

El niño se humedeció los labios.

—El jerarca Skuba Dratewka cayó enfermo el año 935 del Calendario Quinto. Y ocurrió exactamente el día en que jineteaban al primer dragón domesticado.

—Bien... ¿Y qué ocasionó su enfermedad?

—El jerarca murió por envenenamiento. Según se sabe, fue venganza de las guras luego de que Skuba Dratewka ordenara la muerte de algunas de ellas.

—¿Podrías decirnos qué base tenía ese veneno?

—Mercurio, Proverbial Maestra.

—Y dime, ¿por qué el veneno del cuerpo de Skuba continuó viviendo y matando?

El niño perdió toda la seguridad. En sus ojos, muy abiertos, quedó claro que desconocía la respuesta.

—No te preocupes —dijo la Proverbial Maestra—. Ve a tu lugar, que yo misma intentaré responderlo ahora.

La Maestra se iluminó, como cada vez que iba a abordar un tema complejo.

—Es este un caso magnífico para entender las potencias ocultas de los elementos. La gura que llevó a cabo el procedimiento actuó, no hay dudas, con un altísimo

conocimiento de la alquimia. Y hay mucho por entender todavía. Sabemos que el mercurio ingerido por el jerarca Dratewka migró a través de la sustancia orgánica en descomposición, se combinó y obró por catálisis convocando, como convoca un imán, las ponzoñas yacentes en cada elemento para luego concentrarlas en un veneno cuya potencia nos estremece.

Horas después la primera lección acabó. Los discípulos agradecieron y se retiraron. Por fin, la Proverbial Maestra de Alquimia miró a las dos castigadas.

—De pie —dijo.

Separar las rodillas de suelo y estirar las piernas adormecidas les produjo, al comienzo, más dolor que alivio. Después, bajo la mirada sobria de la Maestra, las niñas se quitaron las cáscaras de trigo y el pedregullo, adheridos con sangre a la carne lastimada.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Proverbial Maestra.

LECCIÓN II

Los Tzarús continuaban viviendo en colonias muy apartadas de Oras Gat, donde habían permanecido a salvo de la peste.

Durante años, ocupados en asuntos de mayor urgencia, los Dratewka debieron abandonar también la búsqueda de aquellas colonias familiares, ocultas en las montañas. Pero Remus había triunfado sobre sus enemigos y ahora, afianzado en el poder, se ensañaría como nunca con el pueblo de los alquimistas. El jerarca tenía aprendida la primera lección del poder: para alcanzar la cima del monte era necesario llegar al fondo del abismo. Y estaba dispuesto a hacerlo... Nada quedaría de aquellos que se habían aliado en su contra: clanes del este, Tzarús, reyes que soñaron con regresar. Y los dragones libres, que se ocultaban en la incertidumbre del horizonte montañoso.

Los Tzarús, que conocían la amenaza que pendía sobre sus cabezas, debían tomar urgentes decisiones.

Por eso, aun sabiendo que la solución sería transitoria, se preparaban para trasladarse montañas adentro. ¿Hasta cuándo podrían resistir en un territorio tan hostil? ¿Llegarían allí los palari pamá que les proveían de alimentos y medicinas? Y aunque llegaran, ¿cuánto tiempo permanecerían sin delatarlos? Los alquimistas tenían

cada vez menos para ofrecer porque, a lo largo de los años, el tesoro había mermado. Los cofres que antes rebosaban de joyas, pedrería y monedas de oro, estaban vacíos. ¿Qué pasaría cuando ya no tuviesen cómo pagar por su supervivencia?

El mar fue la respuesta.

Mérec se transformó en el rumbo más propicio para el linaje de los sabios.

«Debimos hacerlo antes», se lamentaban algunas mujeres.

«Partir, mientras los Dratewka lidiaban con la peste».

«No podíamos abandonar la pelea en tanto hubiese esperanzas de derrotar a Remus», respondían los hombres.

«¿Irnos en pleno combate? ¿Dejar solos a quienes enfrentaban el poder de los pastores?».

Por esos días, abatidos y cercados, hombres y mujeres estuvieron de acuerdo. Debían partir hacia Mérec, ocultarse en la espesura del continente caluroso.

Al momento de tomar la decisión, los Tzarús tuvieron que considerar todas las dificultades. Pero una en especial: el pago que exigían los palari apá para trasladar al primer grupo era muy alto, y dejaría a las colonias en una situación precaria. Por esa razón, los designados para partir estaban obligados a ser certeros y rápidos en el cumplimiento de su propósito. Ante todo, en la tarea de establecer contacto con los hermanos que se habían marchado años atrás como sembradores de Fresno Sagrado. Por su parte, los que se quedaban en Terentigani, deberían racionar el alimento, abandonar las colonias donde vivían para ocultarse en cuevas más alejadas. Y resistir.

La Proverbial Maestra de Alquimia se iba a Mérec.

Faltaba muy poco para la partida. Primero un viaje por tierra hacia el suroeste, para luego zarpar desde un puerto natural situado entre Surori y Doilea. A cambio de ser transportados en dos barcos, los alquimistas Tzarús pagarían a los palari apá un altísimo precio.

—Jamás utilicé el Hambar con mis pequeños discípulos, jamás lo hice.

La que murmuraba era la madre de Vorbarela, mientras vendaba, luego de haberlas limpiado y untado con aceite cicatrizante, las rodillas de su hija pequeña.

—¿Puedo jugar cuando termines la curación? —preguntó la niña.

La mujer enrollaba tiras de tela blanca.

—Eres valiente, Vorbarela.

—¿Puedo jugar cuando termines?

—Pero es mejor que obedezcas y atiendas las lecciones.

—Madre, ¿puedo jugar cuando termines de vendarme?

—Hoy no vas a disfrazarte, si en eso estás pensando.

La curación debía acabar con un buen deseo:

—Con la luna, luna,

de nieve más sal,
lo que pica y duele
tendrá que sanar.

—Si no me disfrazo —dijo Vorbarela—, un lobo vendrá a reclamarme por la noche.

—¡Shh! No hables de esas cosas.

Para entonces, en todas las colonias Tzarús resultaba necesario racionar el aceite para las lámparas. Y tratándose de alquimistas, era esperable que destinaran mayor cantidad para la cueva de estudio que para las luces familiares. Muy temprano en las montañas todo era oscuridad, excepto por el lugar donde los sabios permanecían sentados frente a los pergaminos, los cálculos y las probetas.

La Proverbial Maestra de Alquimia desplegó el mapa que ella misma estaba construyendo, al que llamaba Línea de la Figura. Pocas cosas le importaban tanto como aquel personaje que nunca había develado su identidad. La estudiosa tenía la certeza de que en la Figura yacía un gran secreto. Tal vez, la única salvación definitiva.

Ante sus ojos se extendía un pergamino atravesado por un trazo de tinta negra. La línea era el tiempo, y estaba cruzada por minúsculos dibujos y anotaciones. En el extremo inicial había un campanario.

«Porque no hay dudas de que fue la Figura quien repicó las campanas del monasterio, obligando a huir a las Urracas».

En el extremo opuesto, la Proverbial Maestra había dibujado un pergamino.

«Porque fue él quien robó, aquí, frente a nuestros ojos, la profecía original».

Entre ambos extremos de la línea temporal, había dudas, incertidumbres, y debates íntimos.

—¿Por qué lo hizo? ¿A quién entregó el pergamino del monasterio? —se preguntaba.

—Creemos que a la extranjera —se respondía.

Fara se había marchado cuando la Proverbial Maestra era muy niña, de manera que la estudiosa solo concebía a la extranjera como una construcción lógica, una variable en sus reflexiones.

—Aceptemos que la Figura le entregó el pergamino original a Fara, cuando ella iba a cruzar el mar.

Y nuevas preguntas.

—¿Por qué deseaba la Figura que ese pergamino llegara a Mérec?

—¿Acaso él mismo venía de allí?

—Ya casi no tengo dudas sobre esto.

Pero, entonces...

—¿Cómo llegaron a Mérec, y a oídos de la Figura, noticias sobre la profecía?

—¿Los palari pamá?

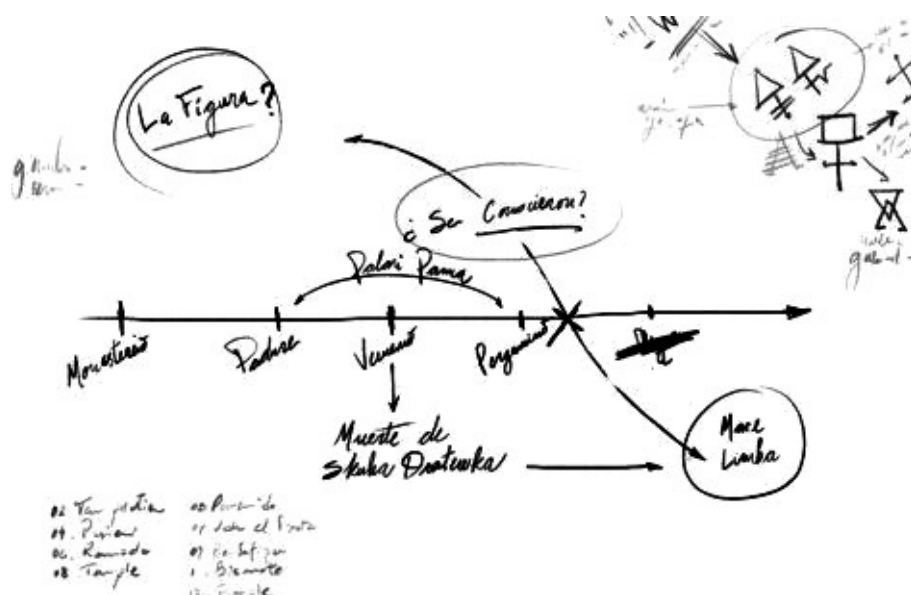
—No parece razonable.

Pero aunque así hubiese sido...

—¿Por qué le importaría a un habitante de Mérec cierta extraña afirmación recibida de bocas poco confiables? ¿Tanto podría importarle? ¿Tanto como para hacerlo cruzar el mar?

Lo único cierto y claro era que la Figura había llegado a Terentigani en cumplimiento de una misión precisa; que había desaparecido con la peste, y que nunca más volvieron a saber de ella.

—¿Por qué le importaría una noticia incierta, recibida de bocas poco confiables? ¿Tanto podría importarle? ¿Tanto como para hacerlo cruzar el mar? ¿Solo el mar había cruzado?



Cuando estaba confundida, la Proverbial Maestra de Alquimia caminaba hasta el cementerio que estaba emplazado muy cerca de la colonia, y se sentaba junto a la tumba de Loredana, muerta veinte años atrás. Sitio sin excusas, donde la Maestra hablaba consigo misma y escuchaba con nitidez las respuestas de la muerta; siempre que esta quisiera dárselas.

—Porque hay cosas que no me dices, madre —murmuró esa noche—. Mira que estoy cerca de marcharme, y no sé si volveré algún día. Sobre todos los asuntos conversas conmigo y me aconsejas... Fuiste una madre bondadosa. Te amé y te amo. Pero hay algo que ocultas... Piénsalo bien. Vendré a despedirme de ti el día de mi partida. Esa será nuestra última oportunidad. Descansa ahora, Loredana. También yo voy a hacerlo. En un rato va a amanecer, y tengo que enseñar a las niñas la segunda lección.

Cuando la Proverbial Maestra se alejaba, una manada de lobos aulló en la lejanía.

Si el clima lo permitía, las lecciones se llevaban a cabo al aire libre. En esas oportunidades, los alumnos se sentaban en paredes bajas y semicirculares.

Aquella mañana había amanecido apacible.

Vorbarela llegó antes que ninguno, y ocupó un sitio en la primera fila porque eso le permitiría mantener sus piernas extendidas, y aliviar el dolor de las rodillas.

Cuando los niños estuvieron allí, se hizo presente la Proverbial Maestra. Todos se pusieron de pie y recitaron la oración de la alquimia con voz monocorde, pero alegre.

—Pueden sentarse.

La mirada de la Maestra recayó durante algunos segundos en Vorbarela. Bajo su túnica clara era posible notar las vendas que le habían colocado en las rodillas.

—¿Tu madre fue quien te curó?

—Sí, Proverbial Maestra... —La niña intentó ponerse de pie.

—No hace falta —dijo la Maestra. Y luego miró a la clase para anunciar la segunda lección.

—Vamos a hablar sobre los extranjeros.

Las respiraciones se acompasaron.

—El primer modo de definirlos es por oposición. Siendo todo dual, debemos encontrar la polaridad... Nosotros —La Maestra mostró la palma de su mano derecha—. Los extranjeros. —La Maestra mostró la palma de su mano izquierda—. Bien, díganme ahora qué pueblos extranjeros conocen.

Los niños respondieron con entusiasmo.

—Palari Apá.

—Palari Pamá.

—Clanes del Este.

—¡Los pueblos que habitan del otro lado del mar!

La Proverbial Maestra miraba complacida.

—¿Es posible decir que todos son idénticos? Sí y no. Porque comerciamos con los Palari Pamá y somos enemigos de los Dratewka, porque pudimos aliarnos con los Clanes del Este y, en cambio, desconocemos casi por completo a los pueblos de Mérec. Es necesario y loable advertir estas diferencias, siempre y cuando no olvidemos que todos ellos pertenecen al polo opuesto. Los extranjeros. —La mano izquierda—. Los Tzarús. —La mano derecha.

Mientras hablaba, la Proverbial Maestra de Alquimia creyó percibir una sonrisa en el rostro de Vorbarela; pero cuando volvió los ojos hacia ella, la sonrisa había desaparecido.

—Uno de nuestros grandes aprendizajes es entender cuál es el vínculo aceptable con los extranjeros. Vincularnos sin cruzar la línea que marca la dualidad.

La mujer, que parecía abstraída en su lección, miró sorprendidamente a Vorbarela, pero la sonrisa ya no estaba.

—Cada uno de los pueblos que mencionaron tiene sus características. Y solo los

Dratewka reciben el nombre de feroces enemigos.

Miró, y la sonrisa se había esfumado.

Aún al aire libre, el aire se apretaba.

—Un extranjero no es un enemigo pero tampoco es un prójimo. Con ellos podré comerciar y pactar alianzas, con ellos podré viajar y hasta compartir la mesa. Pero no podré desposarme y engendrar, no compartiré con ellos los secretos de la alquimia. Y aunque los respete, jamás los amaré.

Giró. La sonrisa ya no estaba.

La Proverbial Maestra de Alquimia se sirvió agua de un cántaro que siempre tenía cerca.

—Sin embargo, hay una especie que ninguno de ustedes nombró como extranjera, ¡y eso me complace mucho! Los dragones.

Los dragones.

Y la sonrisa se había marchado.

LECCIÓN III

Cuando tenía seis años, Vorbarela quiso la bolsa donde su madre guardaba cintas y retazos de tela de escasa utilidad. Cinco años después, la niña continuaba apegada a aquel envoltorio con el que, casi a diario, jugaba su juego favorito.

Para hacerlo, se alejaba de las cuevas y caminaba hasta el arroyo, lejos de otros niños que quisieran compartir la diversión, y a resguardo de adultos que preguntaran: ¿A qué juegas, Vorbarela? ¿De qué te disfrazas, niña? Ella extendía sus telas junto al arroyo, siempre en el mismo orden. Lo hacía para que el cambio de personaje resultara sencillo, y la gracia de la historia no se alterara.

El cuento que Vorbarela representaba era siempre el mismo, y tenía origen en los dobleces del sueño. Imágenes y palabras que eran parte de sus noches desde que había aprendido a soñar.

Durante los primeros años, la historia se quedó en la noche, sin pisar nunca el territorio de la vigilia. Con el tiempo, sin embargo, Vorbarela necesitó traducir y pronunciar lo que soñaba, para así comprenderlo. Fue entonces que pidió a su madre la bolsa con retazos inservibles. Viejas telas que servían como atavíos, atavíos como espacios donde experimentar, experimentos para hallar la verdad... Quizás el repetido juego de Vorbarela fuera un laboratorio de profunda alquimia.

Esa tarde, junto al arroyo, Vorbarela extendió las telas en el orden habitual. La de color celeste, la tela de color pardo, gruesa y raída, una tira de seda de color rojo.

Primero, la niña tomó una piedra afilada con la que renovó el trazo semicircular que delimitaba su escenario. Luego sopló con fuerza para espantar los restos de la anterior representación; y que nada estorbara la de ese día. Recién después, se puso su primera vestimenta.

Transformada, por obra y gracia del paño celeste, en una mujer Tzarús de mediana edad, Vorbarela dobló ligeramente la cintura y habló remarcando los sonidos.

—*Les ofrezco un cordero gordo, del que solo me llevaré los restos ensangrentados. Lo he pensado bien, y no encuentro manera de imitar el resultado de vuestros colmillos. ¿Están conformes con el trato? ¿Lo aceptan?*

Y el cuento prosiguió, ni lento ni rápido, hacia el desenlace.

La tercera lección era de importancia primordial, y así lo expresó la Maestra frente a sus discípulos.

—Hoy, lección número tres, les hablaré sobre los dragones. Voy a hacerlo sin interrupciones, sin responder dudas ni escuchar comentarios. Repetiré lo que ya saben, enseñaré lo que hoy son capaces de entender. El resto serán preguntas que un día, si alcanzan los saberes de la alquimia, podrán responder por sí mismos.

Las respiraciones se acompañaron, los niños enderezaron las espaldas.

Una nube pasajera cubrió el sol durante algunos instantes.

—Luego de un extenso período de armonía, durante el cual los Tzarús fuimos gloriosos e hicimos que Terentigani lo fuera, llegó el año 900 del Calendario Quinto. Y con él, una sucesión de males se derramaron sobre nosotros. Los alquimistas caímos frente al avance de los pastores, brutales por naturaleza y enemigos del saber. Mucho tiempo pasó hasta que fuimos capaces de darle nombre a la realidad: nos habían vencido. La palabra que agujereaba nuestros paladares debía ser pronunciada: derrota.

»Dijimos derrota, y después pudimos pensar.

»Nos preguntamos qué cosas son imprescindibles para construir una victoria, y sostenerla. Respondimos: la fuerza de los fundamentos, la lealtad de la sangre, y uniformes que nos diferencien claramente de nuestros enemigos. ¿En cuál de ellas nos debilitamos sin notarlo?

»En el año 900 del Calendario Quinto, los Dratewka consolidaron su poderío sobre Terentigani y, desde entonces, han gobernado con crueldad este continente. Pero los jerarcas Dratewka supieron desde el comienzo que sus estacas, las peores armas de martirio que han sido concebidas, no iban a servirles para controlar el cielo de los dragones. Entonces, ellos idearon y construyeron grandes ballestas, con el fin de asesinarlos en vuelo.

»Si eso les suena atroz, sepan que más atroz fue la idea que las guras susurraron a oídos de Skuba Dratewka. Aniquilar a los dragones no alcanzaba. Esclavizarlos, eso haría invencibles a los pastores.

»“Si transformamos a los dragones en armas conduciremos el carro de la eternidad”.

»¿Las guras fueron sabias? ¿Puede serlo la maldad? ¿Es eso sabiduría, o es otra cosa?

»A partir de entonces los bosques de Fresno Sagrado se transformaron en territorio de caza. Lo que fueron templos de color verde azulado, techados por enormes racimos blancos se hicieron trampas para nuestros grandes hermanos.

»Saben ustedes que el Fresno Sagrado es el alimento que liga a los dragones con la inmemorial cadena de sabiduría que sostiene al mundo. Único camino que puede llevar a la inmortalidad. Sin esos racimos almibarados, los dragones serían bestias implacables, capaces de asolar pueblos humanos como un lobo puede asolar los rebaños.

La Proverbial Maestra de Alquimia advirtió a sus alumnos que repetiría ciertos conocimientos sencillos, que daría cuenta de algunos nuevos y, por último, que formularía preguntas para el futuro. Jamás anunció que iba a callar lo más profundo: las contradicciones que yacían en la hondura del pensamiento alquímico, y a las que solo accedían los iluminados.

Era inaccesible a las mentes de aquellos niños, y alarmante para sus espíritus, la idea de que el propósito final de la alquimia impugnaba la dualidad. ¿No era acaso la inmortalidad el horizonte de los alquimistas? Si los Tzarús iban tras el rastro de los dragones era porque ellos volaban hacia la eternidad. Y bien, parecía cierto que solo lo Uno puede ser inmortal. Porque en el par, para que sea par, debe haber muerte.

La Proverbial Maestra lo callaría porque resultaba inaceptable transmitir esas dudas a los niños; de nada servían los problemas sin las herramientas para resolverlos.

—Por mucho que los Dratewka lo intentaron —continuaba diciendo la Proverbial Maestra—, el Fresno Sagrado no desapareció de Terentigani. Hay dragones libres que se ocultan en nuestras montañas y se alimentan en bosques remotos. Algunos de esos bosques existen desde antiguo. Otros, en cambio, son resultado de la tarea meticulosa de los Sembradores. Ustedes han escuchado hablar acerca de los Sembradores, y los bendicen en sus oraciones.

En efecto, las colonias Tzarús nunca olvidaron bendecir a los hombres que, tras los ataques del linaje Dratewka, tomaron puñados de semillas sanas y se diseminaron por la tierra. Ellos caminaron y sembraron Fresno Sagrado en lugares recónditos, donde los dragones libres podían alimentarse.

—Deben saber, para honrarlos debidamente, que muchos de esos hombres provienen de los jóvenes Servidores, aquellos que lograron escapar del incendio inicial. ¿Lo recuerdan, verdad? Hablo del fuego que, hace cincuenta años, destruyó el

bosque más cercano a Oras Gat.

Ahora marcharemos nuevamente hacia Mérec, con la esperanza de que allí también haya crecido el Fresno Sagrado. Para eso enviamos hombres en los primeros barcos. Caminen y siembren, les fue ordenado cincuenta años atrás.

Ese mismo día, la Proverbial Maestra de Alquimia decidió que era momento de concluir algunas cuestiones menores, asuntos que deseaba resolver antes de su partida. Por eso se dirigió a la cueva donde vivía la familia de Vorbarela; quería hablar con la madre sobre lo poco que ayudaban a la niña la condescendencia y el exceso de atenciones. Ciertamente parecía una jovencita especialmente brillante. Pero, al fin, ¡ella era maestra menor además de madre de Vorbarela! ¿No sabía, acaso, que era indeseable alentar los arrebatos del pensamiento en las inteligencias prematuras?

Hacia allí se dirigía, andando sin dificultad sobre las piedras, cuando vio acercarse a Vorbarela. La niña caminaba tan abstraída con el envoltorio que llevaba entre sus brazos que no notó la cercanía de la Maestra, sino hasta que casi tropezó con ella.

—¡Niña!, debes alzar los ojos —dijo la mujer, y de inmediato preguntó—: ¿Sabes si tu madre podrá recibirme?

—Sí, señora. Podrá.

—Y tú, ¿adónde te diriges?

—Voy a jugar.

Los brazos de Vorbarela apretaron instintivamente el envoltorio. Y ese gesto llamó la atención de la Proverbial Maestra.

—Ve, entonces —dijo.

La Maestra esperó que Vorbarela se alejara lo suficiente, porque ya había olvidado la visita que iba a realizar, y le siguió los pasos.

No se vanagloriaba por el sentimiento adverso que le ocasionaba esa pequeña, pero así le sucedía. Algo en la niña la incomodaba, a veces hasta la repulsión. Pero su rango la obligaba a contener, por todos los medios, cualquier sentimiento injusto e insensato hacia sus discípulos. No obstante ese atardecer, a la hora en que el sol saturaba la blancura de las piedras, decidió ir tras ella. Para hacerlo, buscó en los bolsillos de su inteligencia el mendrugo de un argumento. Y tras él, se escondió a espiar.

Vorbarela llegó al arroyo, desplegó las telas en el orden de siempre. Remarcó el trazo semicircular, sopló y se puso su primer traje.

LECCIÓN IV

Transformada, por obra y gracia del paño celeste, en una mujer Tzarús de mediana edad, Vorbarela dobló ligeramente la cintura y habló remarcando los sonidos.

—*Les ofrezco un cordero gordo, del que solo me llevaré los restos ensangrentados. Lo he pensado bien, y no encuentro manera de imitar el resultado de vuestros colmillos. ¿Están conformes con el trato? ¿Lo aceptan?*

Cayó el paño celeste. Y un lobo apareció del otro lado del juego, agazapado bajo una tela harapienta, de color pardo. El animal aulló durante largo rato. Después, habló. ¿Cómo pudo esa voz proceder de la exigua garganta de una niña?

—*Nos acusarán de un crimen que no habremos cometido, se oscurecerá injustamente nuestra leyenda. Y con eso quedarás en deuda con nosotros.*

Del otro lado, habló la mujer Tzarús.

—No queremos quedar en deuda con la manada.

Del otro lado, el lobo.

—*Pero así deberá ser. O de ninguna otra manera.*

Entonces Vorbarela se enroscó una tela en cada mano. En la mano derecha, la tela celeste. En la mano izquierda, la tela de color pardo. Las puso frente a sí, y las hizo murmurar. Hablaban la tela celeste y la tela harapienta de color pardo; hablaban la mujer Tzarús y el lobo. Cuchicheaban, parecían tramar alguna cosa, buscar un acuerdo. La conversación era inaudible, excepto por una palabra que, varias veces, se escapó del secreto: niña, la niña, niña.

Oculto, la Proverbial Maestra de Alquimia observaba el juego con la mirada arrasada por un llanto agrio y viejo.

En Oglinda, costas orientales de Singure, dos hombres masticaban las aterciopeladas hierbas de la traición.

Ambos eran del pueblo de los palari apá. Ambos, capitanes. Viejo uno, joven el otro. Parientes y tocayos. Por compartir el mismo nombre se tenían una especial estima. Iono, el viejo, amaba a su sobrino mayor. Iono, el joven, respetaba a su tío.

El viejo era dueño de los dos barcos que iban a zarpar hacia Mérec, desde un puerto oculto, con un numeroso grupo de alquimistas a bordo. Él mismo iría al frente de una de las naves. Su sobrino, al frente de la otra, algo más pequeña.

Y fue él quien había convencido a su tío acerca de las ventajas de una delación. Desde luego, en la saliva innoble de aquel pueblo, la malicia se disolvió con facilidad.

—Los alquimistas están derrotados... Quizás lo que van a pagarnos sea lo último que les queda. ¿Por eso nos arriesgaremos a perder la confianza de Remus? Sabes lo que nos pasaría si el jerarca sospecha que ayudamos a huir a los Tzarús —Iono, el joven, se rasgó el cuello con su dedo—. ¡Y el tuyo también! Mi cuello, el tuyo, el de nuestros hombres. ¿Y tus hijas? Los pastores no se contentarán con solo matarlas.

—Me atormentas con esas imaginaciones.

—Piensa cuánto te atormentará verlo con tus propios ojos.

Iono, el viejo, no necesitó más.

—Avisemos al jerarca. ¡Y pidamos algo bueno a cambio!

Iono, el viejo, escupió saliva sucia entre sus pies.

Al día siguiente, la lección comenzó a la hora prevista.

Nada en el rostro o en la voz de la Proverbial Maestra delató el insomnio, la interminable noche poblada de aullidos que solo ella escuchaba, niña, la niña, niña, el vetusto carro de la memoria atascado en un lejano lodazal, y la que lo conducía y murmuraba, niña, la niña...

—Hablaremos hoy acerca de los doce procesos de la alquimia.

Las respiraciones se acompasaron, los niños enderezaron las espaldas, una nube pasajera cubrió el sol. Luego regresaron las sombras largas de la mañana.

—Los haré de manera muy sencilla, advirtiendo que, en la mayoría de los casos, son procedimientos que unen la materia con el espíritu, y concentran en una poción la excelencia de la matemática, la magnificencia de los cuatro elementos y eterno imponderable del espíritu. Doce y a cada cual un signo zodiacal que ustedes ya deben saber. Tres modos de descomponer, tres modos de modificar, tres modos de separar, tres modos de unir.

»Aries es rector de la descomposición por fuego. Sometamos la materia a altas temperaturas, quitemos toda su humedad y obtendremos la fortaleza esencial. ¿No sería eso lo que se concentró en las cenizas de las guras, y envenenó a Skuba Dratewka?

»Leo está al frente de la descomposición por digestión. Come el gran león, y su organismo separa, selecciona, reduce y excreta.

»Bajo la mirada de Capricornio llevamos adelante la putrefacción. Quitaremos el aire, dejaremos que allí una vida fermenta en otra vida.

»Modificamos con Tauro, Géminis y Sagitario. El primero nos aconseja modificar por congelamiento, porque en las bajas temperaturas aprendemos a cicatrizar los tejidos. El segundo nos aconseja la fijación. Dice que prestemos atención al aire de antes de la lluvia, al sitio donde un rayo agujereó la tierra, allí el oxígeno acepta unirse con los demás elementos. El tercero, por fin, se detiene en el procedimiento de añadir fluidos y calor a una sustancia. De ese modo, se logra la apariencia de lo translúcido. Y lo translúcido deja ver las verdades profundas.

»Para separar están Virgo, Libra y Escorpio. Destilar, sublimar y filtrar.

»Las uniones son, sin duda, los procesos más frágiles y complejos. El éxtasis de los alquimistas. Unir, bajo el amparo de Cáncer, es disolver las dos sustancias para unir las en el estado líquido. Un riesgo inconmensurable tratándose de disolver las almas y la carne. Unir, bajo el amparo de Acuario, requiere el uso de encantamientos proteicos, que solo los altos maestros de la alquimia se atreven a efectuar. Bajo el amparo de Piscis, unir es proyectar. Se trata de complejas uniones de imágenes, tales como las que a diario suceden a causa de la luz solar.

»Ahora iremos repasando con mayores detalles cada uno de ellos, pero deben saber que en el caso de las Uniones...

Durante toda la clase, que se extendió un poco más de lo previsto, Vorbarela estuvo esperando que los ojos de la Proverbial Maestra se posaran en ella al menos alguna vez. La mujer acostumbraba mirar a cada uno de sus discípulos con auténtica intención, para hacerles saber que los tenía en cuenta. Ese día, sin embargo, Vorbarela fue invisible. Tanto, que llegó a dudar de su presencia en la clase y se apretó la rodilla para hacerse doler. La rodilla dolió. Pero la mirada de la Proverbial Maestra no recayó ni por un segundo en su más brillante alumna.

Vorbarela se secó las lágrimas. Los niños sentados junto a ella lo notaron y no pudieron evitar una breve distracción. Pero ni siquiera esa falta logró atraer la atención de la Maestra, que nunca alteró el hilo de su enseñanza.

Niña, la niña, niña.

LECCIÓN V

Era momento de la quinta lección.

Aquel día, la Maestra había llevado probetas y sustancias. Apenas llegó encendió fuego en un cuenco de barro: sus alumnos trabajarían en experimentos sencillos pero esenciales.

—Primero lo haré yo —dijo la Proverbial Maestra—. Luego cada uno de ustedes...

Remus Dratewka tenía fama de agasajar, con mesas abundantes, a quienes lo visitaban.

Varias veces, durante el camino a Oras Gat, Iono, el joven, pensó en eso. En la costa, la comida era sencilla, y escasamente saboreaban carne que no fuera de mar. En el Castrum del jerarca, en cambio, servirían conejos, corderos. Hasta muslos de paloma bien aceitados. Por eso, las jarras que el jerarca llenó con vino y los trozos de pan en una bandeja, le resultaron poca cosa. Sin embargo, y en resguardo de su propia estima, el palari apá le adjudicó la parquedad de la invitación al momento convulsionado que se vivía en el Castrum. Allí todo estaba dirigido a la organización de la gran flota que partiría a Mérec al final de ese invierno.

—¿Qué te trae desde Oglinda? —preguntó Remus—. No me dirás que algo malo le sucedió a tu tío.

—No, no. Iono, el viejo, está sano y bueno.

—¿Entonces? Nadie viene desde tan lejos sin una importante causa.

—La tengo. Y es más que importante.

Ni los Dratewka ni los palari apá se detenían en rodeos.

—Traes algo y quieres algo —dijo Remus—. Pero no te daré nada sin saber lo que traes.

Iono, el joven no se alarmó. La noticia tenía varias capas y, llegado el caso, podría detenerse a tiempo.

—Los alquimistas llegaron a Oglinda para vernos.

Las manos de Remus Dratewka se apretaron sobre sus piernas.

—Planean escapar —dijo Iono, el joven—. Desean cruzar el mar hacia Mérec, y nos pidieron ayuda para hacerlo.

La sala casi vacía, a excepción de una mesa con tres sillas y una gran lámpara de aceite, tenía innumerables amuletos colgando de las paredes, enganchados en los extremos de las ventanas, enroscados en las vigas. Rabos, collares de pezuñas, fémures en cruz... Algunos llevaban tanto tiempo en el mismo lugar que las telarañas los cubrían por entero.

En esa sala, Remus Dratewka y el joven Iono conversaron durante largo rato, en voz baja.

—Ellos pidieron ayuda, ¿y ustedes aceptaron?

—Fingimos hacerlo, y hasta acordamos un precio. De lo contrario los perderíamos.

Remus Dratewka se lamió la sonrisa.

—Dime dónde hallarlos.

—No conocemos la ubicación de sus colonias. Siempre fueron ellos los que llegaron a nosotros. Pero el encuentro está pactado en uno de los puertos naturales, entre Surori y Doilea.

—¿Sabes cuántos serán?

—No sé el número cierto. Pero acordaron precio por dos barcos, y eso significa varios cientos de personas.

—¡Cientos de alquimistas!

Remus Dratewka contempló los amuletos a su alrededor, y respiró profundo el aire de la buena suerte.

—Ahora será al revés —continuó—. Ahora nosotros llegaremos a ellos cuando estén por abordar los barcos. —El jerarca se inclinó hacia el visitante—. Quizás, hasta podrían recibir el pago ficticio que acordaron con los alquimistas, por un ficticio pacto. ¡Y eso será suficiente!

La expresión en el rostro de Iono, el joven, hizo reír a Remus Dratewka.

—¡No lo tomes en serio! —dijo el jerarca, poniéndose de pie—. Ahora vamos, que es hora de alimentarnos un poco.

Tras dar por finalizada la quinta lección, la Proverbial Maestra decidió caminar por los alrededores de la colonia. Se ajustó la manta de lana, y tomó un sendero angosto flanqueado por paredes de piedra. De uno de aquellos murallones manaban hilos de agua. «Pronto van a congelarse», pensó la Maestra. Mojó sus manos y se las pasó por el rostro. Dejó que su piel se secase con el viento, y percibió cómo desaparecían las últimas gotas con cierta agradable picazón. Luego arrimó su boca a la piedra para beber. Sin razón aparente contó los dedos de sus manos hasta diez. Estaban todos en su sitio... La Maestra no tenía frío ni sed, el agua no se había congelado aún, su rostro estaba limpio, sus dedos en perfectas condiciones, ¿qué más hacía falta? ¿Cuál era la causa de su desazón?

La causa, lo sabía bien, residía en su memoria, en ciertos recuerdos que no podía recortar con precisión; un lejano pasado donde lo vivido y lo narrado se mezclaban. Lo vivido y lo narrado... ¿Qué método se utilizaría para separar tales sustancias? ¿Cuál de los procedimientos alquímicos sería el adecuado?

Podía elegir la filtración... Si era la memoria un tamiz selecto e inteligente que dejara salir los residuos y, en cambio, preservara lo más valioso, entonces serviría filtrar. Pero ¿era la memoria un tamiz inteligente?

Tal vez la evaporación era más útil... Si lo vivido y lo narrado tuviesen distintos puntos de ebullición, evaporar sería posible. Pero ¿tenía lo vivido un punto de ebullición distinto de lo narrado?

Restaba la sublimación... Para eso resultaba indispensable que lo narrado careciese de estado líquido. Entonces, de ser una piedra pasaría a ser humo y se desprendería de lo vivido.

Desde el cuento de Vorbarela, que había presenciado a escondidas, la Proverbial Maestra de Alquimia no lograba quitarse de encima el peso agobiante de sus recuerdos. Y entre todos, el de la extranjera. Si bien era ella muy pequeña cuando Fara abandonó las cuevas del Coloána, era probable que la hubiese visto en más de una oportunidad. ¿O solo se trataba de lo que Loredana le había contado? Sin embargo, la Proverbial Maestra podía reconocer el aroma de los recuerdos vivos. ¿Cuándo había visto a Fara? ¿Qué episodio pugnaba por aparecer en las últimas

fronteras de su memoria? Loredana fue quien más le contó sobre la extranjera: que pertenecía a los Clanes del Este, que había sido rescatada de manos de los palari pamá, que estaba embarazada y dio a luz en las cuevas. Dos niños, varón y mujer. ¿Alguna vez mencionó Loredana sus nombres? Si acaso lo había hecho, la Proverbial Maestra no lo recordaba. En cambio, podía recordar otras cosas... Contaba Loredana que, tras el parto, Fara había perdido de tal modo la vitalidad que debían insistirle para que tragara algún bocado. ¿Cómo, sino, amamantaría a los recién nacidos? Luego, tal era la parte que Loredana contaba con mayor frecuencia, la extranjera amó solamente al varón. No amaba a la pequeña, apenas la miraba. Y cuando los niños empezaron a crecer, todo empeoró. Loredana afirmaba que Fara pasaba el tiempo llorando, y nada quería más que marcharse de la colonia. ¿Lo dijo Loredana? ¿O la Proverbial Maestra escuchó, con sus propios oídos, esos reclamos? Lo cierto, lo narrado; arañuelas que entraban y salían por las grietas de su memoria.

Lo narrado... Loredana le había contado sobre la muerte de aquella niña.

Los lobos. ¿Eran narrados también? ¿Eran palabras esos aullidos antiguos? ¿Eran sílabas los colmillos?

En las fauces de una jauría, murió la pequeña hija de Fara. Murió la niña, niña, la niña.

¿O fue un cordero?

LECCIÓN VI

Remus Dratewka enviaría sus flotas a Mérec al final de ese invierno. Los alquimistas soñaban adelantarse, y partir cuando el invierno apenas comenzaba, en dos naves de los palari apá.

Los nómades del mar, igual que sus hermanos de la tierra, habían mantenido contacto con ambos linajes. Y también con Mérec, del otro lado del mar. Gracias a ellos, Terentigani conoció los acontecimientos más importantes que habían tenido lugar en el otro continente: la resistencia de los arayés, la alianza entre linajes para enfrentarlos, el casamiento de Joria y Oropelia... Supieron también sobre Mare Limba.

Pero los palari apá pensaban y obraban como mercaderes. Su única decencia consistía en no perder dinero. Quien lo hacía, iba contra su gente, su historia, su libertad. Negociar con buenos frutos era, entre ellos, la máxima virtud.

Gracias a eso, el pueblo de los palari apá continuaba vivo. Y nada en el mundo los haría cambiar.

—Hoy le daré la penúltima lección. Y será sobre el hallazgo del pergamino original de la profecía —anunció la Maestra—. ¿Saben ustedes qué es un patriarca?

La primera en alzar su mano fue Vorbarela, pero la Proverbial Maestra aguardó hasta que algún otro discípulo se animara.

—A ver, tú —dijo, señalando a uno de los niños de más edad.

—Los patriarcas, Proverbial Maestra, son los mayores de la tribu de los palari pamá, ellos mandan al resto, cierran tratos... —El discípulo se detuvo.

—Cierran tratos, es cierto. ¿Y qué más hacen?

Nuevamente, Vorbarela alzó la mano, Nuevamente, la Maestra cedió la palabra a otro alumno.

—Arreglan las bodas y los duelos, bautizan a los niños de su tribu.

—Las bodas, los duelos, los bautismos; eso está bien. Pero hacen algo de mayor importancia. ¿Quién de ustedes lo sabe?

O nadie lo sabía, o Vorbarela ya no deseaba hablar.

—Trafican. Esa es la palabra que debieron decir. Porque traficar es mucho más que comprar y vender. Se trata de generar movimientos que nunca sucederían de otra manera. Por ejemplo, aquí tenemos caracoles plateados que no se ven en ningún otro sitio. Y bien, esos caracoles solo llegarían a Oras Gat o a las costas del Este si alguien los cargara y los llevara consigo. Así fue cómo llegó hasta las cuevas del Coloána, un pergamino escrito en un lejanísimo monasterio.

La Proverbial Maestra de Alquimia dio cuenta detallada del modo en que ese pergamino había sido descubierto. Contó que todo había comenzado con la negociación que salvó la vida de una extranjera. Habló de las treinta y ocho monedas que la colonia debió pagar por ella, habló también de su cabello rapado. Desde luego, no olvidó decir que el patriarca de aquella caravana de palari pamá había recibido el pergamino de manos de las Urracas.

Hablaba la Proverbial Maestra, y su voz caía como un manto sobre los discípulos, opacando el frío que ya retornaba a las montañas. Cuando terminó su lección, ofreció la palabra a sus discípulos.

—Ahora pueden preguntar.

Vorbarela alzó la mano. Lo hizo porque ya había olvidado el desprecio. Y porque preguntar le gustaba mucho más que estar triste.

—Dime, Vorbarela. —La Maestra no pudo evitarla.

—Proverbial Maestra, ¿es cierto que el patriarca que nos vendió la profecía vive aún, y continúa visitando las colonias?

—Es cierto. Ese hombre carga sobre sí más de cien años.

Pero Vorbarela quería saber algo más.

—Proverbial Maestra, ¿es cierto lo que mis padres dicen?

—¿Qué dicen tus padres?

—Que el patriarca nos dio el pergamino por una razón mayor que sus ganancias. Esta vez, la irritación de la Proverbial Maestra parecía bien fundada.

—¿De qué estás hablando, Vorbarela? ¿Quién llena tu cabeza de fantasías inservibles? Ese patriarca no es más que un palari pamá que vendió su mercancía a buen precio. Lo que acabas de decir es grave porque siembra confusión. ¡Iré luego a hablar con tus padres! Por ahora, abandona la clase.

A causa de la presión de las lágrimas, sintió un intenso dolor detrás de los ojos. Le chorreó la nariz sobre los labios. Agachó la cabeza y se fue.

Vorbarela se había alejado varios pasos, cuando se escuchó el hipo de su llanto.

La voz de la maestra ya no cobijaba. Era un manto agujereado, y por los agujeros punzaba el frío.

LECCIÓN VII

Quinientos veinte era el número de alquimistas que partirían desde todas las colonias ocultas en la zona montañosa central de Terentigani. De ellos, sesenta pertenecían a las cuevas del Coloána. Era demasiada gente para caminos transitados, de modo que los Tzarús decidieron viajar en grupos muy pequeños, algunos en soledad, otros en pareja de hombre y mujer, para luego encontrarse en el punto establecido entre Surori y Doilea. Aquella zona de la costa, extendida de ciudad a ciudad, estaba escasamente poblada por aldeas de pescadores, y contaba con un puerto natural aceptable para la partida de dos naves medianas.

La Proverbial Maestra dejaba la colonia en último término, con apenas otro cinco alquimistas.

El plan era separarse en dos grupos no bien traspusieran la seguridad de las montañas. Dos bajarían por las orillas del Geaman Unul, el río que llegaba a Surori. Mientras los cuatro restantes lo harían bordeando el Geaman Doa, que llegaba hasta Doilea. Luego realizarían el último tramo por la costa, donde solamente hallarían una que otra aldea. Los dos que bajaban desde Surori, fingiendo ser un matrimonio, dirían que viajaban rumbo a Doilea por la muerte de un pariente. Los que subían desde Doilea dirían que viajaban a Surori por una boda.

Pero no estaba impartida aún la última lección. Y la Proverbial Maestra se disponía a hacerlo.

En su sitio de siempre, Vorbarela estaba atenta.

—Hoy se tratará de la Oración Primaria, la que todos ustedes saben y recitan a diario al levantarse. Sin embargo, ¿sabemos con exactitud qué se encierra en cada una de sus líneas? Comenzaremos por recordarla. ¡Vamos!

La Maestra indicó que se pusieran de pie, y cuando se cerró el silencio, comenzó.

*¡Oh, Sabiduría!
Déjame sin padre,
déjame sin hijos,
déjame sin gloria, sin honor,
sin posición, sin ira,
sin otoño ni invierno.
Todo eso
con tal de que no me abandones.*

Al terminar el recitado, los discípulos volvieron a sentarse.

—¿Por qué dirá «sin ira»? —preguntó la Proverbial Maestra.

Mientras en las colonias Tzarús diseminadas a lo largo de las cadenas montañosas concluían los preparativos para la partida, y era imposible disimular la pena que ocasionaba la cercanía de los últimos abrazos, un capitán de Remus Dratewka bebía de cara al mar, en el puerto natural situado entre Surori y Doilea.

El hombre había viajado hasta allí, con una escolta, para reconocer el lugar preciso de la emboscada y disponer con Iono, el viejo, los detalles de la trampa en la que caerían los alquimistas como inocentes pájaros migratorios.

—Las señales estaban acordadas, tú mismo recibirás las monedas que los alquimistas deben pagarte. Estaban asignados los sitios donde se ocultarían los soldados, pero los palari acá no participaremos de la matanza. Las manos se habían estrechado en el cierre del pacto, tú solamente toma el pago y corre.

Iono, el viejo, tenía la sensación de tierra en la boca, una aspereza que amargaba los alimentos. Y su estómago estrujado. Por eso, buscó a Iono, el joven.

—No habrá niños, ¿verdad?

—No los habrá.

—Pero sí habrá mujeres.

Iono, el joven, apoyó sus manos en los hombros del viejo.

—Tú mismo me lo enseñaste: Si eres un buen mercader, eres un buen hombre.

Acabó la clase. Se marcharon los niños luego de saludarla con un beso en la mano. Había mucho por resolver y tan solo quedaba la mitad del día.

En varias oportunidades, la Proverbial Maestra pensó que debía visitar a los padres de Vorbarela y reprenderlos por la indiscreción con que hablaban frente a la niña. Pero cada vez, por una u otra causa, postergó el asunto. Así llegó el anochecer. Los seis que marchaban al día siguiente se reunieron con quienes quedaban a cargo de la colonia para una conversación que se extendió hasta las cercanías de la madrugada. Los que se iban y los que se quedaban querían decirlo todo. Mucho espacio y mucho tiempo iban a separarlos. Las cuevas del Coloána estaban obligadas a trasladarse tan pronto como fuera posible hacia un sitio más recóndito de las montañas. Por todo eso, era imperioso reforzar las coordenadas, suponer lo mejor y lo peor, pautar mapas para un posible reencuentro. Lo hicieron con cada grupo que había partido antes, lo hacían esta vez.

Finalizada la reunión, todos se pusieron de pie y, con las palmas extendidas hacia arriba, recitaron la Oración Primaria. Aunque las voces pretendieron sujetarlos, los versos temblaron.

La Proverbial Maestra tenía pendiente algo de suma importancia: visitar la tumba de Loredana, su madre. Frente a eso, la indisciplina de Vorbarela perdía importancia.

Apenas llegó, supo que la tumba tenía los labios apretados. Pero de todos modos se sentó a un costado y habló:

—Madre, sabes que estoy cerca de partir y sabes, también, que es difícil que regrese. La colonia se marcha de aquí, así que tus huesos quedarán solos. ¿Es por eso que no me hablas? ¿Por esa razón te niegas a ayudarme a separar lo vivido de lo narrado? Tú me contaste acerca de Fara y de su hija. Aquella que, según dijiste, mataron los lobos cuando escapó por un descuido de su madre. Entonces, Loredana, ¿por qué la siento tan cercana? ¿Acaso la conocí? ¿Fui amiga de esa pequeña? ¿Jugamos juntas? O tal vez sea algo peor...

»Hace pocos días vi a una niña jugar con disfraces. Representaba a una mujer Tzarús hablando con un lobo sobre la muerte de un cordero... Desde ese momento, ciertas ideas que antes espantaba sin trabajo ahora se agarraron con pezuñas a mi pensamiento. ¿Quieres saber? Hay cosas que creo recordar como si las hubiese vivido. Una gran pelea, por ejemplo. Era entre tú y la extranjera. Recuerdo gritos, imprecaciones que se escupían una a la otra. ¿Fue así, Loredana? ¿Pude haber presenciado ese hecho? Pero no acaba allí, sino que allí empieza. Porque recuerdo que una mujer de las cuevas me tomó de la mano y me llevó lejos. ¿Dónde exactamente? No lo sé. Ella me pidió que permaneciera en silencio, mientras oíamos voces que llamaban ¡Cadú! ¡Cadú! ¡Pequeña, responde!

»¿Era Cadú la hija de la extranjera?

»Entonces, no logro entender la razón por la que me mantuvieron oculta y en silencio mientras la buscaban. Recuerdo el modo en que atardeció ese día. ¿Es

posible, Loredana? ¿Algo como eso ocurrió en las cuevas?

»Tengo memoria de una cueva enorme y solitaria, donde pasé varios días. Allí fuiste a visitarme. Y te escuché hablar con la mujer que me cuidaba... “Yo con los restos del cordero envueltos en una manta, y ella ni siquiera se acercó”, le dijiste. Me parece escuchar tu rabia cuando agregaste que la extranjera no había pedido perdón y que, por eso, tampoco tú te arrepentías de lo hecho. Loredana, ¿dijiste eso alguna vez? ¿Pude yo escucharlo? No quiero afligir tu muerte, pero los recuerdos no me dejan en paz, y ahora voy a partir.

»¿Qué son estos trazos en mi memoria?

»Luego, cuando regresé a las cuevas, la extranjera ya no estaba. ¿Ocurrió? Dime qué parte es cierta. ¿Fue la niña o fue un cordero? ¿Me llamo Cadú?

Pero la tumba, que pronto quedaría sola para siempre, se guardó la verdad.

UNA LECCIÓN PARA LA PROVERBIAL MAESTRA

Los caballos avanzaron lentamente por la zona montañosa. Los senderos angostos y resbaladizos no ayudaban. Cuando por fin dejaron atrás las estribaciones rocosas, y tal como estaba previsto, el grupo se dividió. Cuatro marcharon hacia el sur. Y dos, la Proverbial Maestra y un alquimista que pasaría por su esposo, lo hicieron hacia el norte.

Ya en el valle que descendía hacia el Geaman Unul, las cosas cambiaron. Los animales que montaban más el clima propicio los ayudaron a avanzar con rapidez.

Para gente que había vivido entre paredes rocosas durante tantos años, el espacio abierto resultaba poco confiable, el estómago lo rechazaba, los ojos no hallaban dirección. Pero el alma... El alma, oculta en un rincón, sonreía.

Nada en la vestimenta de los alquimistas delataba su idiosincrasia. Los viajeros bien podían pasar por artesanos o campesinos acomodados realizando traslados habituales.

La Proverbial Maestra no fue buena compañía para el camino. Pasaba horas ensimismada, y si su compañero de viaje intentaba alguna conversación ella respondía con desgano. Por fin, su falso esposo optó por entregarse a sus propias cavilaciones. Y así anduvieron.

Un poco antes de alcanzar la desembocadura del Geaman Unul, que entraba de lleno a la ciudad de Surori, la pareja se alejó de la orilla. Era momento de tomar

camino al sur, cada vez más cerca del sitio acordado.

Entonces algo los sorprendió... La costa del mar entre Surori y Doilea, habitualmente tranquila, tenía un movimiento inusual: jinetes, carruajes, caravanas de palari pamá: comerciantes, en su mayoría, que se dirigían a Oras Gat.

—Averigüé lo que ocurre —dijo el alquimista que viajaba con la Proverbial Maestra—. Según dicen, es a causa de la flota Dratewka. Todos quieren vender sus mercancías o sus servicios al jerarca.

—La confusión es buena para nosotros —respondió la Maestra.

—Así es.

Las ambiciones iban y venían. Los viajeros se saludaban. Los que iban hacia Oras Gat preguntaban con ansiedad. Los que regresaban, respondían con advertencias. De tanto en tanto, se amontonaban para tomar un descanso. Entonces, se mezclaban, encendían hogueras. Y si había quien tañera un instrumento, danzaban hasta caer rendidos.

Era un mediodía fuerte.

Para la pareja de alquimistas, el camino estaba cerca de llegar a su fin. Media jornada, o algo más, y estarían en la zona señalada para el encuentro. Se trataba de un punto bajo de la costa, sin aldeas cercanas a causa de las mareas. No era, sin dudas, un puerto óptimo; pero sí seguro y aceptable para la gran pericia de los palari apá.

El mediodía pesaba cuando la Proverbial Maestra y su compañero se toparon con una reunión de viajeros que coincidía con su última parada.

—Podemos detenernos aquí —dijo el hombre—. Debemos comer, y los caballos reclaman un descanso. Además —agregó—, necesito vaciar mi vejiga.

La Proverbial Maestra, que no lo hubiese hecho por sí misma, aceptó con desgano.

—No demoraremos —prometió su compañero.

Dos barcos y dos capitanes aguardaban en el punto indicado de la costa. Iono, el viejo, Iono, el joven; y los Tzarús que comenzaban a llegar. Todos ellos habían abandonado sus colonias en distintos momentos, y habían elegido caminos alternativos. Los primeros en arribar a las cercanías del puerto natural esperaron pacientemente el día establecido para la reunión.

—Ya suman más de la mitad —dijo, Iono, el viejo.

—Pero los Dratewka aguardarán a que estén todos —respondió Iono, el joven.

—Haremos una gran olla de pescado para los alquimistas... Una buena comida no les sentará mal.

Mediodía también, y fuerte.

Los alquimistas miraban con esperanza las dos naves que iban a llevarlos a

Mérec. Algunos marineros trabajaban en los aprontes de último momento.

Un alquimista se acercó a Iono, el viejo.

—¿Podemos subir a conocer las naves?

—No es posible... Mis hombres se molestarán. ¡Ya tendrán tiempo de aburrirse allí dentro!

El alquimista se fue. Y el viejo se perdió en un punto fijo.

—¿Qué te dijo?

La pregunta de Iono, el joven, lo sacó de su melancolía.

—Querían subir a las naves.

—¿Y qué le dijiste?

—Que los hombres trabajan allí, solo eso.

La Proverbial Maestra había descendido del caballo y buscaba una sombra donde sentarse a descansar, lejos de los viajeros que conversaban.

Una caravana de palari pamá, que poco antes habían rebasado, se acercaba. No era la primera que veían, y la Maestra no le prestó especial atención. Buscaba una sombra porque era fuerte el mediodía.

—¡Ey, Maestra! —gritaron desde un carromato.

El grito la dejó inmóvil. ¿Quién la había reconocido? ¿Quién la estaba llamando? Intentó ignorarlo.

—¡Ey, Maestra Proverbial!

Sería mucho peor si ese hombre, quienquiera que fuese, continuaba gritando su nombre. La Proverbial Maestra alzó la cabeza y miró en dirección al carromato. Conocía al hombre que iba sentado en el pescante; era el anciano patriarca que, años atrás, había vendido a Fara y, sin saber lo que entregaba, había obsequiado el pergamino original a modo de inusual gentileza.

La identidad del anciano la tranquilizó un poco, y eligió caminar hasta él para terminar pronto con el desafortunado encuentro.

De cerca, la vejez del patriarca era tan contundente que se hacía necesario buscar su rostro tras las arrugas apergaminadas y oscurecidas por la intemperie. El palari pamá había perdido todo sus dientes, pero no la sonrisa:

—Vamos hacia Oras Gat —dijo—. ¿Podemos serle de utilidad? Cuenta con nuestra discreción.

—Gracias —respondió la Proverbial Maestra—, pero no es necesario. Mejor sigue tu camino.

El patriarca no lograba escucharla bien.

—Digo que no es necesario —repitió en voz más alta la Maestra—. Es mejor que sigan su camino.

—¡Porquería mis oídos! Ya no podría ni regalarlos... Ven más cerca.

Fastidiada, la Proverbial Maestra se acercó al carromato tanto como le fue

posible, dispuesta a hacerse oír. Y fue entonces cuando, sin razón aparente, los caballos arrancaron como si alguien los hubiese azuzado con violencia. Una de las ruedas anteriores de la carreta pasó sobre el pie izquierdo de la Proverbial Maestra y trituró los huesos de su empeine.

Antes del dolor fue el asombro.

El patriarca descendió con agilidad y comenzó a gesticular disculpas.

—Estos caballos... —murmuraba—. Estos caballos del infierno.

La crueldad de una aguja fue el primer signo de dolor.

La Proverbial Maestra alcanzó a ver a su compañero de viaje, detenido a poca distancia. De nada iba a servir delatar su presencia, sino al contrario. Por eso, la Proverbial Maestra le habló claramente con la mirada.

—¡No te acerques! ¡Sigue! ¡Sigue!

La Maestra se cubrió de sudor. El dolor se agigantaba y ella luchaba por no perder el sentido.

—Ayúdenme a subirla —pidió el patriarca a los curiosos que ya se amontonaban alrededor.

Una vez hecho, él mismo se asomó entre las lonas:

—Pueden irse —dijo—. No hay nada ya que hacer, no hay muerto. Solamente un pie deshecho que nosotros mismos vamos a componer. En unos días, la mujer estará bailando.

«Un pie deshecho». «En pocos días». El alquimista, que estaba escuchando, cerró los ojos.

Dentro del carromato, las mujeres trabajaban en el pie de la Maestra. Antes de hacerlo, le dieron un brebaje de láudano para ayudarla a resistir el dolor.

—Debo irme —decía la Maestra—. Debo irme.

—Te irás mañana.

La Proverbial Maestra se alzó con violencia, pero el dolor la arrojó de espaldas sobre el camastro con un sollozo seco y desesperado.

Las mujeres del patriarca vendaron con fuerza el pie y lo pusieron en alto. El láudano apagó el dolor y, junto con eso, las fuerzas de la Proverbial Maestra que se durmió profundamente.

Tan fuerte como había sido el mediodía era suave el atardecer. El cielo se comportaba con sencillez, como si resultara simple morir.

Iono, el viejo, se acercó a uno de los alquimistas de alto rango.

—¿Ya están todos?

—No todavía.

—Pero saben que tenemos que partir pronto.

—Solo un poco más... Si no llegan pronto, nos iremos.

Poco después de aquella conversación, una silueta emergió tras unos montículos

de arena. Solo una, y con malas noticias.

—La Proverbial Maestra se quedó en el camino.

Como si hubiese escuchado lo que de ella se decía a media jornada de distancia, la Maestra abrió los ojos. Se demoró adentro, no podía, no quería recordar, comprender que los barcos se irían sin ella. Una palari pamá, que dormitaba cerca, se despertó con el primer ruido.

—Ayúdame —dijo la Maestra—. Tengo que irme.

—Hemos detenido la caravana para que puedas curarte. Luego nosotros seguiremos hacia Oras Gat, y tú hacia donde desees.

—Es ahora mismo que deseo partir.

—Bien.

La mujer no discutiría con una alquimista.

—Alcanza con llegar hasta mi caballo —murmuró la maestra de alquimia—. Él me llevará.

—Aguarda.

La palari pamá bajó del carromato, y poco después regresó con el patriarca.

—Mira... —comenzó a decir el anciano.

La Proverbial Maestra habló con firmeza.

—No cambiaré de opinión. Ayúdame. Voy a darte algunas monedas por el cuidado. Pero antes dime cómo fue que los caballos se espantaron.

El patriarca se encogió de hombros.

—No puedo saberlo. Son animales.

—¿Y ahora puedes escucharme sin dificultad?

—Suelo escuchar mejor al atardecer.

Estaba atardeciendo.

—Ayúdame pronto.

Bajarse del carromato fue para la Proverbial Maestra un trance doloroso y lento. Los palari pamá le acercaron su caballo y la ayudaron a montar.

—Ese pie te provocará un sufrimiento insoportable —advirtió el patriarca—. Caerás en el camino.

El rostro de la Maestra chorreaba sudor; y eso era extraño para un atardecer cerca del mar.

—No importa adonde vayas. No lograrás llegar —dijo el patriarca.

—Toma tus monedas.

—Puedes llevarlas.

—Toma tus monedas —insistió la Proverbial Maestra.

Y partió hacia los barcos con solo dos certezas: el escaso tiempo y el mucho dolor.

En dos filas ordenadas, los alquimistas se aprontaban para abordar las naves.

Iono, el joven, se comportaba como si el viaje fuera, en verdad, a realizarse. Contó a los viajeros y dio severas indicaciones.

—Muy bien —dijo Iono, el viejo, reunido con los alquimistas que lideraban el grupo que partía—. Nuestra parte está cumplida.

—Y ahora mismo cumpliremos con la nuestra —respondió uno de ellos, sacando de su cinto una pequeña bolsa de piel pesada de monedas de oro—. Cuéntalas.

—No es necesario. Sabemos que los alquimistas no son ladrones. Además, tenemos por delante un largo viaje y tiempo para contarlas.

—Vamos, entonces.

Iono, el viejo, hizo una señal con la mano y se alejó. Los barcos se movieron un poco.

—¡Ea! —gritó Iono, el joven.

¡Ea!, y de los barcos se alzaron cientos de soldados. Los hombres que Remus Dratewka había enviado para que mataran hasta el final.

Las filas se rompieron en estampida. Algunos alquimistas morían asombrados, mirando el mar que nunca cruzarían. Otros intentaron huir, pero se encontraron con una partida de soldados que les cortó el paso.

Muy pocos de aquellos quinientos pudieron escapar.

Hubo tres que lograron ocultarse tras unas rocas. Sería por escaso tiempo porque, acabada la matanza, los soldados de Remus Dratewka salieron a ultimar heridos y a rastrear a los que habían escapado.

Era fácil adivinar que la partida de soldados que se acercaba iba a descubrirlos. Pero, entonces, una vela en desuso, con fuerte olor a pescado, cayó sobre el reducido grupo y lo cubrió por entero. Iono, el viejo, miró a los soldados que llegaban.

—Esto es solo podredumbre del mar —les dijo.

Iono, el viejo, que había enviado a la muerte a quinientos hombres, salvó a tres de ellos.

Quizás lo hizo porque esa acción no le costaba monedas.

Para los demás, el atardecer se cerró como la tapa de un sarcófago. Así cayeron los alquimistas, unos sobre otros, como indefensos pájaros migrantes.

A media jornada de allí, una mujer volcada sobre su caballo, perdía todas las esperanzas.

Tercera parte

Kisi Biara



—¡No volverá a suceder! —gritó el jerarca frente a sus capitanes—. ¡Ella no se burlará otra vez!

Tras la aparición de la dragona blanca, Joria exigió levantar a Arbaleta y aprontarla para disparar.

—Con Arbaleta de pie se hará difícil el avance. Tardaremos más en llegar adonde deseamos —dijo Filip.

Loial, el más joven y atrevido entre los capitanes, tomó la palabra y, aunque con suma cautela, contradijo al Jefe de Ballesteros.

—¿Deseamos llegar a un sitio? ¿O a un resultado? —preguntó—. Si la dragona se hace presente aquí, si aquí nos desafía...

—¡Aquí será el coto de caza! —completó el jerarca, dueño ya de la idea de su capitán.

Ninguno de los hombres, ni siquiera Filip, opuso otros argumentos. Al contrario, los capitanes aceptaron con entusiasmo la idea, buena para que sus hombres recobraran el entusiasmo perdido en largas jornadas de andar por el monte. Y cuando los víveres empezaban a racionarse con severidad.

Ahora debían alzar un campamento organizado donde, quizás, la permanencia fuera prolongada. El jefe de ballesteros puso a Loial a cargo.

—Ante todo, un buen lugar. —El joven capitán señaló el oeste, hacia las estribaciones tardías de los Montes Cazut—. Los altos rocosos podrán hacer de parapeto y de punto de vigilancia.

Filip tenía algo más que decir, y era importante.

—Un buen campamento no será bastante. Debemos extendernos por el territorio hacia el noroeste con arqueros y ballestas medianas.

—Explícate mejor —pidió Joria.

—La dragona se ha acercado siempre desde ese punto. Allí está su cielo y, con seguridad, también su nido. Debemos aguardarla en las cercanías, acosarla, ¡lastimarla si es posible! y, de cualquier modo, obligarla a venir hacia Arbaleta.

Joria estaba satisfecho:

—Lo haremos como dices.

—Mientras Loial despliega el campamento —completó Filip—, yo organizaré la partida de dos divisiones.

—Hazlo.

Las tareas, que se pusieron en marcha de inmediato, ocuparon varias jornadas de trabajo. Emplazado, al fin, donde Loial había indicado, el campamento reservó la parte sur para los recursos domésticos mientras la parte norte quedó como frente de

cacería.

Filip tomó en sus manos el arreglo de las dos formaciones que se adelantarían en dirección norte para apostarse cerca del sitio que, según todo indicaba, era comarca de la dragona. Más lo pensaba el jefe de ballesteros, y más se convencía de lo esencial de aquel desplazamiento, sin el cual la esperanza de que la dragona se acercase lo suficiente resultaba endeble. Respaldo en su indiscutible argumentación, Filip acabó por organizar dos numerosas divisiones de arcos y ballestas medianas. Al día siguiente, ambas partirían bajo su mando.

Por eso, en la cresta de la noche, Joria Dratewka y Filip se despedían, con un mismo jarro de vino ligeramente aguado.

—No estaré fuera por mucho tiempo.

—Puedes ir tranquilo —respondió Joria—. Me quedo con una buena cantidad de hombres. Y con Arbaleta.

—Por ella lo digo —sonrió Filip—. Quiero estar presente cuando dispare sus primeras flechas.

—Vete. Deben partir muy temprano.

Las horas siguientes transcurrieron rápidas. Entre sueños, el jerarca escuchó los sonidos de la partida y sonrió. Luego giró para ponerse boca arriba y así durmió hasta que lo despertó su voraz apetito mañanero. Entonces pidió un jarro de leche, que acompañó con trozos de grasa frita.

Junto a él, su mascota lamía las sombras pegajosas.

El animal, contrahecho para ser liebre, resultado de un fruto, hijo, en cierto modo, del cadáver de Skuba Dratewka, se frotó contra las piernas de su amo. Era Joria el único ser al que le obedecía, y con quien se comportaba como un cachorro.

Nadie, excepto que el jerarca lo requiriese, se acercaba cuando este andaba con su mascota. Nadie sentía por ese animal otra cosa que aversión y miedo. Si tal había sido el deseo de Mare Limba al moldear su criatura, estaba logrado con creces.

La mañana en el campamento avanzaba con velocidad.

El jerarca salió de recorrida. Mientras andaba, oyó un gorjeo. Joria pensó que esas eran las aves que los arayés solían imitar. Y pensó que ellos ya estarían en la aldea. ¿Cómo pensaba la inmundicia arayé librarse del castigo que les aguardaba? Pero eso sería después, cuando la cacería estuviese concluida. Joria Dratewka vislumbraba el día de su poder como un portal por el que entraría, victorioso y supremo. Semejante a como entraba en sus mujeres, sin otro objetivo que el jadeo del placer y la propagación de su linaje.

Pero a su alrededor, las aves del monte estaban gorjeando.

Aquel encuentro con el Tohol, ocurrido luego de que descendió de la colina, no había asombrado al hijo del monte, que ya sabía de la presencia de los arayés en las cercanías. Y si el Tohol sintió asombro, lo escondió tras su orgullo. Fue un encuentro

breve, seco. Después, sin mediar preguntas ni explicaciones, cada uno siguió su camino.

Nulán deambuló en soledad. A veces, el espacio le pareció un pergamino donde él no hallaba su sitio.

Antón había llegado a sus vidas con una palabra incomprensible: Elegido. La dijo y lo señaló. A él, que era un animal de monte. Nulán no lo hubiese escuchado, pero la dragona se hizo presente para salvar a Anuja. Nulán no se hubiera detenido a entender las palabras del alquimista, pero el ave negra le robó un pedazo de su carne y la cicatriz fue un ojo de dragón. Jamás Nulán se hubiera sentido parte de aquella lejana profecía, pero la dragona blanca recorría el cielo del sur de Mérec haciendo de sí misma un estandarte.

Y ahora, Anuja aceptaba también la profecía.

Y Mam lo había abrazado desde su tumba.

Nulán sacudió con fuerza la cabeza, para sacarse el agua de la confusión. Y entender qué cosa debía hacer.

En el monte no existen los métodos. En el monte se vive y se muere por intuición. Por intuición las flores se abren durante la noche o durante el día, por intuición desovan las hembras, cantan los sapos. Y por lo mismo, Nulán miraba con insistencia el sitio donde, sabía, estaban los arayés.

No muy lejos de allí, Artejal debía explicar a sus hombres la causa y el sentido de la decisión que había tomado. Debía contar sobre el pozo y los Japiripé.

El momento de relatar había llegado.

«Diré lo que entendí en el pozo de Joria, no por mí pensado sino dicho por boca de los Japiripé. Estaba dentro de mi propio estiércol, con los labios pegados por una sed amarga, cuando oí risas pequeñas. Alcé la vista y alrededor de la boca del pozo, uno y uno y cientos, estaban los Japiripé. No creí en mí, y cerré los ojos. Pero entonces, uno y uno y cientos, los dioses diminutos me cayeron encima. Al principio, los sentí como gotas de lluvia gruesa, buena... Pero ellos se comportaron sin piedad, me royeron las orejas y la nariz, me abrieron la boca para patear mis dientes, y tironearon de mis párpados hasta separarlos de los ojos... Y todo para que les prestara atención, porque sus advertencias eran de mucha importancia. Los Japiripé comenzaron diciendo que nada es igual después de que el cielo se abre, y los dioses muestran sus rostros. Los Japiripé comenzaron diciendo que todo aquello a lo que nos aferramos se transforma en tumba...».

El pueblo arayé tenía su origen en el norte de Mérec, sitio desde el cual se desgajaron algunas aldeas a causa de guerras internas. Aquellas aldeas se alejaron de su tierra natal y, con el terco andar de los años, se afianzaron en el sur, muy lejos del sitio donde sus antecesores se habían erguido. Y estos fueron hechos que tuvieron lugar mucho antes de la llegada de los Dratewka.

Lo que los Japiripé dijeron al jefe Artejal, abatido en el fondo del pozo, fue que era momento de regresar. Porque había dos mitades aráyé, y eso era malo y los debilitaba.

«Y los dioses diminutos me hablaron de nuestros hermanos del norte. Dijeron que en ese mundo es fácil para ellos sentarse en las asas de las vasijas y conversar con las mujeres que muelen mandioca. Aquí nos vamos resecando, y cada atardecer somos menos gente y más sombra. Hay que regresar. Saldrán los aráyés y vivirán en el camino durante tanto tiempo que, quizás, no seamos nosotros los que lleguemos. Pero los Japiripé fueron rotundos como truenos. Vayan los aráyés donde hay aráyés, vayan al nacimiento, escalen la tumba, busquen en lo lejano. Todo termina, todo comienza».

—El tiempo que nos regale la muerte de Joria Dratewka —dijo el jefe Artejal—, será el justo tiempo que necesitamos para partir.

Los hombres alrededor guardaron silencio, porque no terminaban de comprender lo que el jefe decía.

—Aunque nosotros festejemos la muerte del jerarca —dijo el Tohol—, un día ellos se recuperarán.

—Tardarán en hacerlo. Y más tardarán porque detrás de Joria hay una pequeña mujercita.

—También hay un hijo feroz.

—Que es mitad hijo —dijo Artejal.

—Y con esa mitad querrá el lugar de su padre.

—Entonces —respondió Artejal—, habrá pelea entre ellos.

—Pero un día tras otro se recuperarán... —insistió el Tohol.

—Cuando nosotros ya no estemos aquí.

El hijo del monte no tenía intención de pasar inadvertido. De ser así, ni siquiera los vigía aráyés hubiesen logrado descubrirlo. En cambio, Nulán buscó hacerse oír por los guerreros que custodiaban, y que lo reconocieron de inmediato.

Sin necesidad de tocarlo, lo condujeron hasta donde estaba Artejal. El jefe aráyé lo vio llegar y se puso de pie. Si acaso estaba asombrado, logró ocultarlo. Dio unos pasos hacia el hijo de su hermana y se detuvo a un brazo de distancia, como mandaba la costumbre.

—No voy a preguntarte cómo nos hallaste —dijo el jefe aráyé—, conocemos tus dones. Pero sí vas a decirme qué quieres ahora, luego de haberte negado a venir cuando el Tohol, mi hijo, fue a buscarte.

Nulán estaba a punto de responder y decirle al jefe aráyé que nunca eso había sucedido, y que no comprendía lo que le reclamaba.

Iba a hacerlo cuando la mirada del Tohol lo puso en alerta. Era una mirada que no deseaba pedir, pero pedía. Eran los ojos del Tohol que, contra su voluntad, suplicaban ayuda.

—Te pido disculpas por mi insolencia, jefe Artejal —aceptó Nulán sin saber, con exactitud, qué cosa aceptaba.

—¿Qué buscas? —preguntó el jefe.

—Ante todo, busco tu palabra y tu memoria. Eres hermano de Anuja. Por eso te pregunto qué sabes de mi nacimiento.

La incomodidad y la decepción se hicieron evidentes.

—Con tanto a mi alrededor no me detengo a contar una historia que jamás entendí.

—Por eso lo pregunto, jefe Artejal. Dicen que mi nacimiento y lo que está ocurriendo son parte de lo mismo.

—¿Quiénes lo dicen?

—Los Tzarús.

—Tzarús, Dratewkas... Los vimos matar juntos. —Con un silencio breve pero contundente, Artejal dejó claro que no volvería sobre el asunto del nacimiento y, en cambio, repitió lo que más le importaba—. Nulán, te negaste a venir cuando mi hijo fue a buscarte y yo no volveré a pedirte que te unas a nosotros. Y si dejas que te vayas sin daño, es porque tu madre es mi hermana.

El Tohol estaba obligado a hablar.

—El jefe ya dijo. Nada sabe de tu nacimiento.

Entonces, el hijo del monte cambió de rumbo.

—El jefe aráyé no hará ningún pedido. Pero yo le pido que me escuche.

—Es el Tohol quien sufrió tu desprecio —dijo Artejal—. Y será él quien te acepte o te repudie.

Nulán apretó su mirada sobre el Tohol, que sintió claramente el peso de la advertencia.

—A pesar de su insolencia, podemos oírlo —dijo, dirigiéndose a su padre.

La noche pisaba el monte.

—Oiremos —aceptó Artejal—. Pero antes dime de mi hermana.

—Hallamos a Anuja moliendo semillas en el valle —respondió Nulán—. La dragona blanca sanó su muerte.

—¿Viniste tú solo en su busca?

Nulán no encontró motivos para mentir, y en cambio ocultó algo.

—El mago Tzarús está conmigo —respondió.

El fuego ardía, pero nadie se sentaba alrededor.

—No eres aráyé —dijo Artejal—, para sentarte en el círculo.

—No soy aráyé, pero soy parte del monte adonde ellos viven.

La respuesta de Nulán incomodó a los hombres. Y al Tohol más que a ningún otro.

Pero aquella chispa nada significaría frente a lo que se avecinaba... Poca cosa, asunto de hombres con hombres, medidas humanas, suciedad bajo las uñas de los dioses.

—Me negué a venir cuando tu hijo fue a buscarme. —Para no errar en aquello que desconocía, Nulán repitió exactamente las palabras que el propio jefe había pronunciado antes—. Ahora comprendo que la unión que me ofrecías es buena para todos.

—¿No es tardía tu comprensión? —preguntó el jefe arayé.

Muchas cosas habían sucedido entre el jefe arayé y el hijo de su hermana.

Artejal recordaba con claridad el día en que Anuja llegó a la aldea con el niño. Y recordaba la entereza con que ella aceptó el exilio para ser madre del descastado. También estaba fresca en su memoria la visita de Nulán a la aldea, cuando pidió permiso para buscar el olor de Mam. «Vete», había sido entonces su respuesta.

Y luego, Nulán intentó salvarlo del cautiverio. Artejal fue testigo de su esfuerzo, de su destreza... Artejal reconoció en sus ojos el inconfundible color de la lealtad.

Sin mencionar la aparición de los Japiripé, sin aludir al éxodo que ya comenzaba a cobrar forma en su espíritu, Artejal se limitó a lo más evidente.

—Vence el jerarca, regresa, y mi aldea no tendrá más tiempo que una lanza. Él no se conformará con castigarme, querrá el escarmiento de todos. Nos hicimos insolentes, burlamos su jaula... ¿Qué nos espera?

—A todos, lo mismo —dijo Nulán—. El dolor.

—Pero si el jerarca muriese aquí, nosotros podríamos construir un camino. Nuestro plan no es de guerra sino de emboscada.

—Y en la emboscada me querías —dijo Nulán.

—Teníamos que sacar del campamento una parte de sus hombres —dijo Artejal—. Despoblar el espacio que rodeaba al jerarca. Cuando eso ocurriera, algunos de nosotros y tú, entraríamos para darle muerte.

—¿Y ya no será? —preguntó Nulán.

—La ayuda que nos negaste llegó de los dioses —Artejal sonaba orgulloso—. Nuestros vigías traen noticias buenas... El campamento se divide, los hombres y sus armas se separan. Puedes marcharte. Los arayés no te necesitan.

La mirada de Nulán se cruzó con la del Tohol.

—Ve con el mago —dijo Artejal, con acritud—. A él le debes obediencia.

Nulán pensó en las flores que miraban el sol.

—Tiene otro nombre —dijo.

Cuando Nulán se marchaba, y desde el sitio de su vergüenza, Artejal habló de nuevo.

—Hay algo que, tal vez, el mago Tzarús desee saber... El ejército del Joria trae un arma con cabeza de carnero, como nunca vimos tan alta. Y hablan de ella como la única capaz de derribar a los grandes dioses.

Nulán sintió ardor en la cicatriz de su pecho. ¿Había ido al campamento arayé solo para escuchar eso?

Lo había escuchado. Dio media vuelta y se marchó.

Apenas llevaba Nulán unos minutos de caminata, cuando oyó el silbido con el

que, habitualmente, los arayés se llamaban entre sí. Nulán sacó del cinto su cuchillo de piedra y se ocultó para esperar. Buen Trampero no tardó en aparecer, solo y desarmado. No había nada que temer, así que Nulán abandonó su escondite.

—Hablo en nombre del Tohol, él me envió —dijo Buen Trampero—. El Tohol no entiende tu ayuda, pero debe agradecer. Debe decir que está en deuda contigo.

—Tampoco entiendo la dirección de su mentira —respondió Nulán—. Pero acepto la deuda para no deshonrarlo.

En el sur de Mérec, los paisajes tropezaban entre sí. Oras Viitor tropezaba con el monte, el monte con el valle. Y el valle tropezaba con los Montes Cazut.

En el sur de Mérec, las intenciones de unos tropezarían con las intenciones de los otros.

El ejército de Joria Dratewka avanzaba tras un designio: la cabeza de la dragona blanca. Ellos ignoraban que los arayés merodeaban. No adelante ni atrás, no al oeste ni al norte, porque para los arayés el espacio tenía otro comportamiento.

El alquimista Tzarús buscaba la consagración de una profecía.

Artejal, la posibilidad de un éxodo que salvara a su pueblo.

Beliria buscaba un destino.

Pero en el sur de Mérec, algunos permanecían en su primera sustancia.

Nulán, en la humedad del monte. Anuja, la sanadora, en las plantas.

Mare Limba, trágica y huesuda gallina, en la tarea de incubar venenos.

Porque creyó necesario que Antón conociera los movimientos y las intenciones del pueblo arayé, porque grandes cosas estaban a punto de desencadenarse, Nulán regresó.

Beliria fue la única que saltó de su sitio cuando lo vio llegar. Anuja y Antón, en cambio, prefirieron moderar su alegría.

—Tu presencia es bienvenida —dijo el alquimista como celebración.

El sitio que Nulán había dejado pocos días atrás estaba cambiado. Seguramente Anuja había reforzado la enramada que servía como refugio y sitio para dormir. Había plantas secándose en las ramas de los árboles, cueros de serpiente extendidos y pedernal para fabricar puntas de flechas.

—Beliria aprende bien —dijo Anuja.

Nulán observó cuánto había enflaquecido la joven, que parecía haber ganado años y belleza.

—Te traeré para que comas —le dijo Anuja.

—Puedo hacer el fuego —ofreció Beliria.

Cuando las dos mujeres se alejaron, Nulán se sintió libre para hablar. Si iba a mencionar la posible muerte de Joria, debía hacerlo lejos de los oídos de su hija.

—Tengo algo que decirte.

—Dime —respondió Antón.

—Los arayés están aquí, y no quieren otra cosa que matar al jerarca.

—Explícamelo todo —pidió el alquimista, lejos de entender con exactitud lo que escuchaba.

—Subí una colina alta, luego el humo me guio y llegué hasta ellos. El jefe Artejal está en el monte, con sus guerreros...

Nulán relató lo que había visto y escuchado de boca del jefe arayé. Mientras Antón mecía su torso, visiblemente inquieto, porque su cuerpo no le bastaba para tantas palabras que deseaba entender y pronunciar.

—Debemos pensar —dijo—. Debemos pensar —repitió.

Pero las mujeres llegaban. Y Nulán desvió el tema.

—¿Qué sabes de un arma con cabeza de carnero? —preguntó.

Beliria, que traía frutas en una corteza, palideció.

—Arbaleta —dijo.

—Arbaleta —murmuró Antón.

Los Tzarús compartieron una misma antigua imagen y un mismo escalofrío: la bestial ballesta, dormida durante tantos años, había despertado.

—¿Es cierto que puede derribar dragones? —preguntó de nuevo Nulán.

—Lo es —respondió el alquimista.

Nulán se llevó la mano al pecho, allí donde el ojo de la profecía latía como otro corazón.

Antón y Nulán aguardaron la noche. La hora en que Anuja y Beliria dormían, pero no dormían los Japiripé, encaramados a un árbol cercano, a caballo de las ramas delgadas, envueltos en las hojas, metidos en las cavidades del tronco, tan adornados como una joven mujer el día de su boda.

Nulán tenía algo grande para decir. Algo que había comenzado en la cicatriz de su pecho y, para entonces, ya era un plan. Pero antes debía completar la explicación que había comenzado a su llegada.

—Los arayés saben que Joria victorioso será su peor dolor. Y añoran darle muerte.

—¿Cómo podrían hacerlo? —dijo Antón, pensando en la fuerza de los arayés.

—Ellos no hablan de guerra, sino de emboscada.

Emboscada. La palabra hizo felices a los Japiripé. A ellos les gustaba emboscar la incredulidad de los hombres.

—Ni siquiera una emboscada les resultará posible —dijo Antón—. Los Dratewka y sus armas serán aún más poderosos.

—Pero algo ocurre, bueno para los arayés. Bueno para nosotros.

Y Nulán contó sobre los movimientos que tenían lugar en el ejército Dratewka.

—Los arayés han visto separación entre los soldados de Joria. Grupos de ballesteros que caminan en direcciones opuestas, arqueros que se desparraman por el territorio. Y eso aprovecharán en su favor.

El pensamiento de Antón se concentró en la dragona blanca.

—Si se separan es porque comienza la cacería —supo el alquimista—. No hay dudas de que así se proponen conducirla hacia el único lugar donde podrían derribarla.

—Los arayés —continuó Nulán— irán a buscar al jerarca cuando quede desprotegido.

—¿Por qué dijiste que era algo bueno para nosotros?

—No seré parte de la emboscada —respondió Nulán—. Pero estaré allí por causa de esa maldición que llaman Arbaleta.

—No comprendo —dijo Antón.

—Aunque enorme, es una ballesta —replicó el hijo del monte.

—Lo es.

—Entonces, puedo dañarla.

El alquimista empezaba a entender.

—¿No es lo mejor que puedo hacer por la dragona que salvó a Anuja?

La respuesta del alquimista fue rotunda, y dio cuenta de una potestad que Nulán iba a desconocer.

—No lo harás —dijo Antón—. El riesgo es demasiado alto.

—¿Cuál es el riesgo que llamas alto?

—¿Debo decírtelo?

—Si quieres que lo conozca —dijo Nulán.

—Nada hay seguro en esa acción —continuó el alquimista—. Y en cambio... ¡No puedes arriesgar tu destino!

—No conoces mi destino.

—¡Lo conozco! —Antón alzó la voz—. ¡Lo vi escrito en los pergaminos!

Cuando Antón hablaba de ese modo, Nulán se ensombrecía. Desconfiaba.

En esa ocasión, el silencio fue tan largo que algunos Japiripé se durmieron. Durmieron y soñaron con danzas en la arena, con carreras sobre las alas de un dragón. Soñaron hasta que la voz de Antón los despertó.

—No deberías ignorar lo que te estoy diciendo.

Nulán se puso de pie, y de inmediato Antón hizo lo mismo. Para el hijo del monte hubiese sido tan sencillo como alzar su camisa, y que el alquimista viera la cicatriz de su pecho, que ahora vivía y llameaba. Pero prefirió la rebeldía.

—Si fuera un Elegido no te debería obediencia —dijo—. Y si no lo fuera, tampoco te la debería. Mañana me marchó.

El alquimista se quedó solo, incapaz de dormir, lleno de pesadumbre. Horas después, se arrodilló para recitar la Oración Primaria.

*¡Oh, Sabiduría!
Déjame sin padre, déjame sin hijos,
déjame sin gloria, sin honor,
sin posición, sin ira,
sin otoño ni invierno.
Todo eso,
con tal de que no me abandones.*

Los Japiripé escucharon con devoción al alquimista. Los recitados eran sitios donde, en verdad, existían. Allí, y en la inocencia del árbol.

Durante los días que había durado la ausencia de Nulán, Anuja y Beliria fabricaron puntas de flechas, dos arcos y veneno.

Esa mañana, muy temprano, Beliria salió a cazar el alimento antes de que Nulán lo hiciera. Su puntería era renombrada y, a juzgar por las dos ardillas que traía en la espalda, el viaje por el monte no la había disminuido. Regresaba la joven Tzarús cuando vio a Nulán que se acercaba. Mientras caminaba al encuentro de Beliria, Nulán reconoció el grato contorno de su cuerpo, mal cubierto por unas ropas desgastadas por el camino. Sobre el pecho de Beliria Tzarús, chorreaba sangre de los animales recién muertos.

—Es buena la carne de ardilla —dijo Nulán.

Y ambos continuaron, a la par, el retorno a la enramada.

—Antón demoró en dormirse —dijo Beliria—. Siempre que abrí los ojos estaba dando vueltas y hablando consigo mismo.

—Anuja duerme también —respondió Nulán.

La tibieza de un ojo de sol en el amanecer temprano los hizo detenerse.

—Sé lo que no quieres decirme —Beliria enfrentó la mirada de Nulán—. Los arayés quieren matar a Joria Dratewka.

El comentario logró sobresaltar a Nulán. No habría ocurrido lo mismo con el alquimista, si hubiese estado presente. Antón conocía la intensidad del sufrimiento que el jerarca les había infringido. Y conocía, además, la verdad de la sangre.

Nulán miró a la joven Tzarús con una nueva atención. Y de frente a la apostura de Beliria, su deseo fue un territorio.

—¡Allá! —Beliria señaló a Antón, que llegaba—. Todos despertamos con la misma idea.

Cerca de ellos, el alquimista fingió la sonrisa que el escaso sueño no le había devuelto.

—Cocinen esas ardillas —dijo—. Yo iré enseguida.

Nulán y Beliria caminaron hacia la enramada. Antón se metió en las sinuosidades del amanecer.

El alquimista había despertado sin sonrisa, presa de un desasosiego que le impedía pensar. La profecía estaba bajo su cuidado. Nulán actuaba en soledad. ¿Sabían lo sabios más que el Elegido? ¿Había llegado el momento de confiar en la muerte?

Antón buscó en su memoria las presencias amadas: Fara, su madre. Y Tucán, el ejecutante. Más que nunca hubiese deseado tenerlos cerca, y escuchar sus modos opuestos de argumentar. Pero ellos no estaban y, en ese instante, tantos años después de las pérdidas, Antón comprendió el cabal sentido de la orfandad. Ahora, la infinita discusión de aquellos dos debía replicarse en su soledad.

Caminó Antón con Tucán de un lado, Fara del otro. Tucán sonriendo. Fara, contando sus pasos.

Caminó también con muchos otros que rodaban tras él con sonidos de hojas secas.

Porque los Japiripé se habían empapado del deseo de Nulán, y ahora se dirigían hacia unos matorrales, a copular infinitamente. Pasaron junto a Antón sin que el alquimista viera otra cosa que pedregullo arrastrado por el viento de la mañana.

—¡Copular! —gritaban los pequeños dioses—. ¡Copular!

Los minúsculos dioses se encaramaron a un arbusto y allí se aparearon sin dejar de bailar.

Caminando sin guía, Antón se dirigió hacia la zona de matorrales. Los Japiripé lo vieron llegar y se escabulleron. Pero su desenfreno había salpicado los frutos silvestres, pequeños racimos de color pardo que Antón conocía muy bien.

El alquimista tomó un grano y lo mordió. El jugo saciaba la sed. Un grato sabor le llenó la boca. Dulce en la lengua, agrio en los inicios de la mandíbula. Quiso más, y comió. Llevaría algo para Beliria y Anuja. Cortó varios racimos. A Beliria le gustarían mucho. Comió un poco más, dulce y agrio. Nunca antes aquellos frutos tuvieron tanto néctar. Cuando giró para regresar, sintió un leve mareo.

Mientras caminaba de regreso, Antón intentó resistirse. Pero la mano rompía granos de color pardo, que el alquimista se llevaba a la boca con avidez. Comió uno tras otro hasta que, al fin, ninguno quedó para las mujeres.

Antón dio apenas unos pocos pasos cuando se vio obligado a detenerse. ¿Era su estómago el que molía piedras? ¿Era sudor o era rocío?

Como pudo buscó una piedra para sentarse y sonrió.

Así lo encontró Nulán mucho rato después, cuando salió a buscarlo.

El sol estaba entero. Antón lo observaba fijamente y sin dificultad.

—La carne de ardilla te espera...

No bien el alquimista se volvió a mirarlo, el hijo del monte supo que algo extraño había sucedido. Comenzaba para Antón un día inverosímil.

—Esto es el tacto —fue lo primero que dijo.

Nulán lo ayudó a ponerse de pie.

—Y esta es la superposición del tacto y el gusto.

—Vamos —dijo Nulán.

El alquimista no perdía el equilibrio, no se comportaba como quienes beben vino en exceso. Por el contrario, estaba erguido y contemplaba.

Durante el camino habló escasamente, y siempre para relatar sensaciones que Nulán podía comprender.

—Aquí es donde el olfato agujerea el oído...

—Aquí es donde el gusto transpira olores.

—Y aquí es donde el tacto se expande y nos rodea, para que podamos tocar antes, mucho antes de llegar.

Pocas veces, Nulán había entendido tan bien lo que el alquimista decía.

—Y aquí es donde la vista, inmunda tirana, pierde su trono. —Antón alzó los brazos y gritó en medio del valle—: ¡Mentirosa! ¡Mentirosa! —Luego, repentinamente, bajó la voz para preguntar—: ¿Adónde está mi corazón?

De ese modo, Nulán y Antón llegaron a la enramada.

—¿Qué pasa? —preguntó Beliria, atemorizada por el estado del alquimista.

Anuja se acercó a él con ternura.

—¿Te has transformado en probeta? —preguntó.

Enseguida, la sanadora lo condujo hasta la sombra de la enramada, y le dio indicaciones a Beliria para que mezclara hierbas y las pusiera a hervir.

Los ojos de Antón se extendieron, ocuparon la mitad del rostro. El sudor arrastró los últimos colores de sus mejillas. La boca se inmovilizó en una mueca extraña, que no era risa, ni dolor ni asombro... Con destreza de sanadora, Anuja lo tomó por detrás y le apretó el vientre. Antón vomitó quejidos.

El alquimista se tambaleó. Pero entonces, cuando parecía perder el sentido, se irguió, apartó de sí a la sanadora y caminó hasta Beliria.

—¿Estás segura de que deseas hacerlo? —preguntó.

Y Beliria respondió sin entender.

—Sí, lo estoy.

Nulán llegaba con agua de hierbas que Antón se negó a beber. Y habló, como si recién escuchara lo primero que Anuja le había dicho.

—Déjame ser probeta, mujer. Aquí es donde el espíritu entra al granero, y retroceden las lógicas igual que los ratones. Déjame ser probeta para mezclar lo que debe ser mezclado. ¿No es eso lo que siempre quisiste explicarme? Decirme... Allá, sobre la mesa de mi lejana casa —Antón caminaba, se detenía y volvía a andar. Antón le hablaba al cielo y gesticulaba con el acierto de un histrión—. He querido vivir como hablamos, y sé ahora que caí en una trampa. El lenguaje es un pobre mapa si queremos construir sobre él nuestras vidas. Anuja, amada mía, no eres lo que puedes decir, no soy lo que puedo decirte, aun cuando me esmere en ser poeta. No eres tus cinco letras. No es eso lo que tengo ante mí, ni es eso lo que amé.

Antón recibió en silencio la caricia de Anuja.

—¿Y el Elegido? ¿Cuándo su nombre pasó a ser lo importante? —El alquimista

se golpeó el pecho—. ¿Saben qué es un Elegido? ¡Es una ciudad! Una ciudad que puedes andar de muchas formas. Es una ciudad con sus grandes calles y sus callejuelas sucias, con su palacio y su mercado, que cada quien camina a su modo — Antón alzó la voz—. ¡Y según el sitio donde se alce su casa!

Para los tres que lo estaban mirando resultó evidente que el alquimista se desmoronaba. Pero antes, volvió a hablar.

—¡Oh, Sabiduría!

Antón se detuvo, y corrigió la Oración Primaria que, por siglos, los alquimistas habían repetido idéntica.

¡Oh, Amor!

Déjame sin padre, déjame sin hijos,

déjame sin gloria, sin honor.

¡Oh, Amor!, sin posición, sin ira,

sin otoño ni invierno.

Todo eso, con tal de que no me abandones.

Antón se sentó a llorar. Lloró por Tucán, el ejecutante. Por Fara, y por aquella hermana pequeña que los lobos habían devorado. Lloró por el niño que cruzó el mar hacia un continente donde el número dos no existía.

Durante el tiempo que duró el llanto, Anuja lo sostuvo, cantando, contra su pecho.

Luego Antón cayó en un sueño profundo, aunque muy breve. Despertó sobre el regazo de la sanadora arayé, y fue su sonrisa sencilla lo primero que vio. El alquimista se levantó con lentitud, y se dirigió a una gran piedra cóncava donde Anuja preservaba agua. Se lavó la cara una y otra vez, hasta que el mundo estuvo limpio. Parado a sus espaldas, Nulán lo esperaba.

—Deja que te haga un dibujo de Arbaleta —dijo Antón—. La vi armada en una ocasión, y hace muchos años, pero podré recordarla. ¡Vamos! Voy a decirte lo que debes hacer para dañarla.

Más tarde, ese mismo día, aquellos cuatro solitarios se miraban en círculo. Nulán había observado con intensidad el dibujo que Antón había hecho advirtiéndole que, de todos modos, sentiría escalofríos cuando viera a Arbaleta de pie.

Pero Nulán tenía algo más para decir, algo en lo que había pensado el día entero.

—No deben quedarse aquí. Es abierto. Mejor hagan conmigo un tramo del camino. Los conduciré a la colina que conocí. Es generosa, me permitió ver el humo arayé.

Anuja y Beliria se acercaron, aquel lugar ya tenía algo familiar para ellas.

—Hay agua y protección —Nulán miró a la sanadora—. Y tú, Anuja, podrás leer el humo de tu pueblo.

Por esa razón, deshicieron la enramada y cualquier otro rastro de su permanencia. La sanadora cargó sus remedios, sus venenos, sus cueros de víbora. Y los cuatro emprendieron viaje hacia la colina.

Tras conducir a Antón, Anuja y Beliria hasta la base de la colina donde podrían permanecer a salvo, Nulán caminó sin descanso en dirección al emplazamiento Dratewka. Corriendo en parte, y sin descansar, cubrió la distancia en algo más de medio día.

Lo encontró a poca distancia de donde lo había visto, aunque más cerca de los altos rocosos. Los Dratewka habían despejado la zona estricta del campamento que, por lo demás, estaba rodeado de matorrales altos y, en buena parte, espinosos.

Nulán se acercó tanto como podía hacerlo un zorro o una semilla. Allí permaneció algunas horas al acecho. Dos soldados pasaron hablando sobre la partida de Filip y, aunque lo hicieron a considerable distancia, Nulán los escuchó con nitidez.

Como preparándose para lo que iba a suceder, la tarde se soltaba el cabello.

Nulán debía aguardar a que la noche se acomodara. Y la noche se acomodó con su justa luna, menguante pero aun luminosa. Recién entonces, el hijo del monte volvió a moverse.

Su primer desplazamiento lo llevó al resguardo de una casamata de piedra, construida con apuro; la zona donde se amontonaban buena parte de los pertrechos del ejército. Algunas voces altas, algunos fuegos en la parte sur del campamento. Nulán concentró su mirada en las estribaciones de los altos rocosos. Entonces, funesta, apenas reconocible a la luz ambigua del cuarto menguante, vio la cabeza de un macho cabrío.

Arbaleta alta, sola, sin sopor.

Para llegar hasta ella, Nulán debía cruzar todo el ancho del campamento. Comenzó a hacerlo. Zigzagueó entre los matorrales, de este a oeste. Con lentitud, a veces. Rápido en otras ocasiones, según lo exigiera el movimiento de los soldados de Joria Dratewka, que todavía se movían por el cuartel. Pasó junto a unos caballos que pastaban, y lo miraron pasar sin relinchar.

«Sentirás escalofríos», le había dicho Antón. Y eso le sucedió cuando logró ver la dimensión de Arbaleta en pie. Allí estaba la única capaz de derribar, en tierras de Mérec, el vuelo de un dragón.

La cabeza de carnero parecía mirarlo desde la distancia. Y Nulán supo que, a diferencia de los caballos, ella relincharía si le fuera posible.

De a poco, se apagaba el movimiento. Y en los límites del monte con el valle, los sonidos de la noche se imponían a las voces humanas.

Antes de realizar el avance que lo llevaría junto a la gran ballesta, Nulán alzó la vista. Y se preguntó si la dragona estaría viéndolo, como lo había visto cierto día, diecisiete años atrás, cuando era un recién nacido junto a su madre muerta.

Por fin, Nulán realizó la última carrera.

El bestial carnero estaba allí, varias veces la estatura de un hombre. El viento nocturno pasaba temeroso entre los soportes que lo mantenían en pie. Antón la había recordado y dibujado con precisión: la cornamenta, la cabeza barbuda, los poderosos soportes sostenidos con cuñas y estacas, el gran arco. Y, en la base, el torniquete y la manivela con los que se tensaba la cuerda.

«Es ahí donde debes trabajar si queremos que el daño sea severo», había dicho Antón. «Además de cortar la soga, romperás la unión de la manivela».

A poca distancia de Arbaleta, estaba el carro que la había transportado. Y que, ahora, servía como depósito de sogas y flechas.

El hijo del monte caminó una y otra vez alrededor de la ballesta. La gran cabeza barbuda lo atemorizaba de un modo extraño.

Nulán sacó su cuchillo. Comenzaría por la cuerda del grosor de un brazo de mujer. Contra su voluntad, miró la cima de la ballesta, y tuvo necesidad de recordar que Arbaleta no bajaría la cabeza para mirarlo. Enseguida buscó, en la base, el sitio donde la cuerda se tensaba. Y lo hizo no solo porque la tirantez facilitaría la tarea de cortar la soga sino porque, de ese modo, resultaría más sencillo esconder el daño. Al principio, a causa de la grasa con que la mantenían sana, el cuchillo resbaló sobre la soga sin hacerle mella. Fue y vino la hoja sin lograr atravesar la cera.

La luna era la luz justa para la tarea. Y era la justa compañía.

Las manos de Nulán, de piel gruesa como cuero, no iban a lastimarse por la fricción repetida.

Cuando la cuerda empezaba a deshilacharse, Nulán percibió un movimiento lejano. Alguien se acercaba. El hijo del monte buscó refugio y lo halló en el carro que había transportado a la gran ballesta. En él se acostó, tanto como se lo permitía la carga de sogas y flechas.

Dos soldados llegaron. Nulán esperó, creyendo que pronto seguirían camino. Pero eso no iba a suceder, porque aquellos hombres estaban designados a velar el sueño de Arbaleta. Y allí permanecerían el resto de la noche.

Los soldados encendieron una hoguera que Nulán, acostado boca arriba y con los ojos abiertos, veía invertida en el espejo de la noche. Después conversaron sobre asuntos pequeños hasta quedarse, lentamente, en silencio. Dormitaron de a ratos, uno y el otro.

Nulán permaneció la noche entera en la misma posición, respirando apenas, imposibilitado de mover un músculo porque muy fácilmente el amontonamiento de objetos ocasionaría ruidos.

Pero Nulán era un pedazo de monte, y recordó a los animales que sabían replicar el sitio en el que estaban. Recordó sus propias manos, tan parecidas a la tierra sobre la tumba de Mam... Nulán se aplicó a la tarea de camuflarse. Convocó a la astucia, replicó la sobriedad del lagarto. Largas horas en las que volvió a aceptar que, para vivir, era necesario perderse. Quizás si alguno de aquellos hombres se hubiese

acercado al carro, no habría visto más que un amontonamiento de sogas sobre flechas.

Llegó la mañana y, con ella, los soldados se marcharon.

Ahora Nulán tendría que realizar su trabajo durante el día. Para eso era necesario redoblar su cautela.

Ni siquiera bajo la luz del sol, el carnero perdía arrogancia.

Con el fin de disminuir el riesgo, Nulán optó por meterse dentro de la estructura de Arbaleta. Y desde allí avanzar en su objetivo.

Durante la mañana, fueron muchas las veces en que los hombres de Joria Dratewka se acercaron a la zona donde había, además de Arbaleta, una buena cantidad de ballestas de pie, de mediano tamaño, y otros enseres para la cacería.

En cada ocasión, Nulán permaneció inmóvil entre los soportes de la gran ballesta, pegado a sus ángulos, adosado a su firmeza.

Aquella mañana, Nulán vio a los hombres orinar, beber, los escuchó reírse y alardear.

Para tomar un descanso, un soldado apoyó su espalda contra uno de los soportes de Arbaleta. Del otro lado, Nulán pensaba y obraba como un madero.

Era mediodía y el trabajo sobre la cuerda había avanzado poco. El olor de la comida que preparaban en el campamento atravesó su nariz. Nulán recordó que no había comido ni bebido en muchas horas. Pero celebró que otros fueran a hacerlo, porque entonces podría completar el cercenamiento de la cuerda del grosor de un brazo de mujer.

Con los soldados reunidos en torno a las grandes ollas, el hijo del monte logró cumplir su primer cometido. Por fin, la soga estaba rota. Nulán se apretó las manos, se permitió algunas respiraciones. Y enseguida ocultó el corte.

Acababa de hacerlo, y ya pensaba en la manivela, cuando oyó el canto del pájaro arayé. Los hombres de Artejal estaban cerca. ¿Vigilaban? ¿O ya estaban listos para el ataque? De ser así, lo harían al atardecer.

A Nulán le restaba quebrar la unión donde se unían la manivela y el torniquete.

Cantó el pájaro. Los arayés estaban allí para matar al jerarca.

Nulán habría querido advertirles que, a pesar de la dispersión del ejército, había muchos hombres junto a Joria. Y bien armados.

Si los arayés atacaban, sería por la noche. También él, una vez rota la manivela, aguardaría la oscuridad para marcharse.

La tarde se enroscó en la modorra de los hombres.

Treinta arayés observaban de cerca el campamento. Detrás, listos para avanzar en ataque, esperaba un grupo tres veces mayor.

La estrategia que Artejal había fraguado no era de combate franco porque aunque el número de soldados estuviese disminuido no lo estaba el armamento, que superaba con creces la eficacia de las armas del bosque.

Para los Dratewka, ballestas, picas y lanzas, espadas y escudos.

Para los arayés arcos y flechas, cerbatanas y machetes.

Por eso, un grupo de guerreros iniciaría incendios por el lado sur para, así, ocasionar el mayor desplazamiento de soldados hacia ese punto. Otro grupo, entonces, entraría por el norte con el objetivo de atacar al jerarca en su tienda que, por importancia y disposición, era fácilmente reconocible.

La tarde dio pasos largos.

Nulán ya había logrado lo que se proponía, y aguardaba la oscuridad para asegurar su partida. Muchas veces, mientras el sol declinaba, escuchó el silbido de los arayés.

Echada sobre el estómago de Joria, la Liebre Moteada ayudaba a la digestión de su amo. El calor que le procuraba el animal hacía que el jerarca Dratewka bufara de placer.

—He pensado en Mare Limba —dijo Joria, en la soledad de su tienda—. Sé que está cerca. Pero ¿dónde?, ¿y haciendo qué? Sería agradable que la gura estuviese aquí.

El día había pasado sin novedades.

—Pero pronto las tendremos. Nuestra avanzada será eficaz. ¡Ya ves lo bien que razonó Filip! Además... —el jerarca se acomodó de costado y la Liebre con él—. Además, la dragona blanca parece decidida a enfrentarnos. No fuimos nosotros quienes la hallamos, fue ella la que vino hasta aquí.

Un viento leve movió los cueros que servían de cobertura a la tienda.

—Al fin, no importa qué cosa la guíe. ¡Vamos a cazarla! Y con ella, cazaremos también la profecía que vaticina nuestro final. ¿Crees que una profecía tendrá cabeza para rebanar?

Unas nubes imprevistas adelantaron el atardecer. Esa noche no habría luna.

Joria cerró los ojos, sin embargo era demasiado temprano para dormir. Y la carne que había comido lo incomodaba.

—Ven —dijo, palmeando el lomo de su mascota—. Vamos a visitar a Arbaleta.

A escasa distancia de la gran ballesta, Nulán permanecía oculto tras unos matorrales, en espera del momento propicio para marcharse. Desde su lugar, olfateó la llegada de la Liebre. El escondite era eficaz (o eficiente o bastante o suficiente) para los soldados, pero no sería suficiente para engañar a la mascota de Joria.

—Es una bella noche para pastorear —decía el jerarca, andando lentamente, con el animal sujeto por una correa.

Nulán sabía que el olor era, tanto para él como para la Liebre Moteada, la mejor manera de ver. Se quitó el blusón que llevaba puesto, y lo arrojó tan lejos de sí como pudo.

La Liebre se había detenido.

El jerarca hablaba con un capitán que se había cruzado en su camino.

—¿Hay algo que debas informarme? —preguntó.

—Ninguna cosa, jerarca.

—No dejen de vigilar el cielo.

Nulán aprovechó esos instantes para cubrir su cuerpo con un barro espeso, que había cerca. Luego, pegó sobre él puñados de hierba ácida.

—Iré donde está Arbaleta —le dijo Joria a su capitán—. Dile a los guardias que deben vigilar esta noche que aguarden un poco... Quiero estar solo con ella.

Cualquier oído diestro habría notado el súbito silencio de las aves nocturnas.

Los arayés que iban a atacar por el flanco sur se movían con precisión.

Joria y la mascota que Mare Limba había creado para acompañar a los jercas Dratewka caminaban hacia Arbaleta. El pastor se detuvo a contemplarla desde cierta distancia.

—Ella derribará a la dragona —murmuró.

Pero en el costado sur, donde estaban las caballerizas y el granero, los arayés tomaban su posición. Y encendían un fuego para alimentar las antorchas.

—Mírala —le dijo Joria a su mascota—. Mira a nuestra Arbaleta.

La Liebre Moteada, absorta en los matorrales, empezó a gruñir.

—¿Qué pasa? —Joria prestó atención, él nunca desestimaría esa advertencia—. ¿Qué olfateas?

El jerarca aflojó la cuerda para permitir que el animal avanzara tras su instinto.

En el linde sur, y todos a un tiempo, los arayés hundieron las antorchas en el fuego.

La Liebre Moteada avanzó decidida, y se adentró en los pastizales. Gruñía, como si tuviese carne en la boca.

—¿Qué hay allí? ¿Qué hay, pequeña?

La Liebre retrocedió. Y le mostró a su amo lo que traía:

—¿Esto? —Joria tomó el blusón que Nulán se había quitado y se quedó mirándolo. Pero la furia de la Liebre Moteada estaba lejos de darse por vencida. El animal continuó tironeando y gimiendo para indicarle al jerarca que había más por descubrir.

Los arayés alzaron las antorchas al mismo tiempo, y al mismo tiempo se hicieron oír. Sus voces no atronaron porque no eran roncas ni brutales. Fue más bien un sonido ululante, el canto final de una criatura fabulosa.

Mientras la Liebre Moteada se acercaba a Nulán, las antorchas arayés volaban hacia las caballerizas, caían sobre las tiendas y el granero. El fuego subió, crepitante, y enrojeció el sur del campamento.

Joria se detuvo y obligó a su mascota a hacer lo mismo. Retumbó el grito de alarma: ¡arayés!, ¡arayés!

En soledad, sin su guardia, sin Filip, Joria tuvo un miedo infinito. Recordó que un capitán lo había visto, y pensó que mandaría de inmediato a custodiarlo. Por eso, se quedó inmóvil, al amparo de Arbaleta.

Como los arayés lo supusieron, la mayor parte de los hombres de Joria se desplazó al costado sur.

—Ahora —dijo el Tohol. Y avanzó junto a Buen Trampero más un grupo de cuarenta guerreros que los cubrían.

Los bandos se encimaron y muy pronto, debido a la escasa distancia que los separaba, el combate se trabó cuerpo a cuerpo. Soldados y arayés caían, atravesados por cuchillos de piedra, por puñales, con una cerbatana envenenada clavada en la frente, con el torso hendido por un hachazo.

El Tohol y Buen Trampero avanzaban con velocidad hacia la tienda del jerarca, acompañados por un grupo de guerreros que les cubrían las espaldas.

Con su cuchillo dispuesto, el Tohol fue el primero en entrar a la tienda de Joria. Buen Trampero, detrás. Pero el jerarca no estaba allí.

¿Por qué sus hombres no advirtieron la salida? ¿Cuándo el jerarca había abandonado la tienda donde lo vieron entrar? Pero la furia era tiempo perdido. Ya nada podían hacer sino buscar a Joria por el campamento. El Tohol sabía que no habría posibilidad de otro ataque y que si no lograban el cometido, Joria Dratewka cavaría una tumba del tamaño de la aldea.

Custodiados por los suyos, el Tohol y Buen Trampero entraron a las tiendas vacías.

En el frente y en los fondos continuaba la batalla; sin que fuera posible decir si alguno de los dos bandos estaba en desventaja.

Tienda por tienda, y Joria no aparecía.

Con la muerte adelante y atrás. Pero Joria no estaba.

Entonces, el Tohol vio la colosal cabeza de Arbaleta.

—¡Allá! —dijo.

El fuego iniciado por los arayés deshacía la noche. El Tohol y Buen Trampero corrían con el torso bajo hacia Arbaleta, erguida en sus patas. Se aproximaban cuando Buen Trampero sostuvo al Tohol por un brazo y señaló. Muy cerca de la gran ballesta, Joria Dratewka se movía nervioso. Pero no estaba solo; una cuadrilla de soldados lo protegía.

—Iré a buscar más hombres.

Aunque el ofrecimiento de Buen Trampero parecía lo único posible, el Tohol se opuso.

La lucha entre soldados y arayés se concentraba en la mitad sur del campamento. Sin embargo, el centro de aquella noche estaba en el norte. Allí, alrededor de Joria, los soldados vigilaban en todas direcciones. La Liebre chillaba, se retorció... La Liebre defecaba y mostraba la lengua, empachada de truculencia. Y allí, detrás de los matorrales, embarrado, cubierto de hierbas, Nulán tiritaba.

Sin compartir su decisión, el Tohol tensó el arco, apuntó y disparó una flecha. Pero Joria estaba rodeado por muchos otros cuerpos, y fue uno de esos soldados, y no el jerarca, quien recibió la muerte.

Ahora, los habían descubierto.

Ocho guerreros contra más del doble de soldados; así se libraría ese combate. Siete, en verdad, porque Buen Trampero ordenó a uno de los suyos que buscara ayuda.

Joria Dratewka profirió un grito. La Liebre Moteada se revolcó por el suelo. Y los arayés, tal como si hubiesen danzado antes de abandonar la aldea, se agruparon en defensa del Tohol. Casi de inmediato, dos de ellos cayeron.

La Liebre Moteada corrió hacia una sombra, mortecina silueta ocasionada por el fuego, y comenzó a roerla. El hombre, el dueño de la sombra aquella, se agujereó en el vientre.

En su escondite, Nulán entornó los ojos. Y si algo tuvo de arayé, fue entonces que se hizo presente.

El hijo del monte salió de la maleza, enlodado y feroz. Buen Trampero lo vio venir hacia él, justo cuando un soldado Dratewka le enterraba un cuchillo por la espalda. El hombre de Joria iba a rematarlo, pero no logró hacerlo. Antes de eso, un animal del monte lo derribó y en el instante del asombro el soldado encontró su final.

Aunque Joria nunca lo había visto, supo de quien se trataba.

—¡Es él! ¡Es Nulán! —gritó.

De inmediato exigió a sus hombres que lo capturaran con vida.

—No debe morir —murmuró. Y de nuevo alzó la voz—. ¡Que no muera!

Más arayés llegaban en ayuda del Tohol. Pero ya nada podrían hacer más que rescatar al hijo del jefe, cargar a Buen Trampero, y cubrir la retirada. Solo por lograr eso, muchos de ellos caerían muertos.

Mientras tanto, la orden de mantener a Nulán con vida retardaba el tiempo de la captura. Nulán luchó para escabullirse, y dos veces pudo hacerlo. Pero, al fin, eran muchos contra uno solo. Muchos, aún para la brevedad del alacrán, para la liviandad de la semilla... Era muchos soldados Dratewka, aun para la astucia del zorro colorado.

Sostenido con brutalidad por dos soldados, Nulán vio alejarse a los sobrevivientes de la aldea. Antes de perderse en la maleza, el Tohol giró a verlo.

Nulán había caído prisionero de Joria Dratewka.

Bajo el lodo que le cubría el pecho, el ojo del dragón se ensombrecía.

Cuarta parte

Catorce
escalones



Nadie probaría la lujuria de los dioses, nadie se llevaría a la boca el escándalo de sus cópulas para permanecer idéntico.

Antón no era el mismo después de haber comido aquellos frutos. Durante los días siguientes, caía con frecuencia en ensoñaciones azules, de las que regresaba con dificultad.

Anuja lo observaba con ternura. Beliria se preocupaba.

—No temas —le decía Anuja—. Nada malo le sucede.

—Pero ¿qué le ocurrió?

—Eso no lo sé —respondió con sinceridad la sanadora—. Lo que haya sido, despertó un manantial.

Antón, Beliria y Anuja debieron levantar otro refugio en la colina. Esta vez, la joven Tzarús se aproximó a la destreza de Anuja. El alquimista la veía amasar barro pensando que eso no le agradaría a Oropelia. El recuerdo de la mujer enferma lo puso triste. ¿Cómo estaría ella? ¿Cómo resistiría la ausencia de los que amaba?

A pesar de que Nulán se había marchado a una empresa difícil, Anuja mantenía su buen ánimo. Como si se tratase de una de aquellas largas ausencias a las que su hijo la tenía acostumbrada. Verlo partir y regresar, a veces sucio y herido, pero siempre maravillado.

Nunca antes Beliria tuvo disposición suficiente para hablar con Anuja acerca de la profecía y de la condición que el alquimista le atribuía a Nulán. Esa tarde, sin embargo, tres días después de su arribo a la colina y mientras ambas pelaban semillas, se atrevió a preguntar:

—¿Aceptas lo que Antón dice?

—Bueno... Él dice tantas cosas. —Anuja, que ya comprendía, intentó desviar el asunto.

—Lo que dice sobre Nulán y la profecía.

Anuja abandonó el trabajo.

—Durante muchos años, mientras Nulán crecía, ignoré las palabras del alquimista. ¡Es un Tzarús!, me decía. Y solo un Tzarús pretende hallar sentido en este mundo. Entonces, ¿dónde lo hallarían sino en una profecía que hable de ellos?

—¿Eso crees de nosotros?

Anuja se sobresaltó. Había olvidado que Beliria era una de ellos. De todos modos, no se retractó.

—Los Tzarús fueron aliados de los Dratewka —dijo—. Y aceptaron sus condiciones. En cambio, no pudieron imponer las suyas. Los Tzarús no cesan de buscar y buscar. ¡Eso no es bueno!

—Buscar es conocer —respondió Beliria—. Y conocer es bueno.

—Soy sanadora, y ninguna otra cosa. Pero puedo decirte que es bueno conocer aquello que hoy necesitamos. Pero mucho saber quieto y ocioso, mucho saber que no puede transformarse en amor, es veneno.

La conversación se había ido de cauce, y Beliria quiso llevarla a su inicio. Un poco porque su principal curiosidad era Nulán, otro poco porque le disgustaba lo que Anuja decía. Pero cuando se disponía a retomar la pregunta, la sanadora se interesó en la lejanía. Se puso de pie y se adelantó. Beliria fue tras ella.

—Humo —dijo Anuja, cubriendo con ambas manos la luz que le dificultaba ver—. Humo aráyé.

Beliria llamó a Antón. Cuando el alquimista llegó junto a ellas, Anuja aun no descifraba el mensaje.

Las volutas, pequeñas y grandes, se alternaban con un ritmo preciso. Y el humo cambiaba ligeramente de color. Anuja estaba frente a sus propios pergaminos; los que Antón y Beliria eran incapaces de descifrar.

—¡Nulán! —susurró Anuja—. Hablan de Nulán... Nulán —repitió. Y, con la voz repentinamente amarga completó su lectura—: Lo tomaron prisionero. Dicen los arayés que Nulán está prisionero en el campamento.

Tres siluetas quedaron estaqueadas. Solas en el valle, perdidas.

La primera decisión de Joria tras el ataque aráyé fue enviar hombres en busca de Filip, para que este regresara de inmediato al campamento.

Pero no bien la misión se puso en marcha, el jerarca se concentró en el destino de su prisionero. A Joria Dratewka, la soledad no le servía para pensar. Él estaba acostumbrado a hablar con su hijo, con su mascota; incluso con los alimentos que tenía delante. Y en esta ocasión, cuando requería de la palabra militar, pensó en Loial, uno de los capitanes de mayor confianza y experiencia. Con él podría discutir su estrategia.

—Loial, ¿para qué sirve un prisionero vivo? —preguntó.

—Sirve como señuelo —respondió, rápido, Loial.

—¡Así es! ¡Así es! Señuelo es una palabra que me gusta. Y dime, Loial, ¿qué se hace con un señuelo?

—Se coloca de manera que sea visible.

—¿Y dónde colocarías tú un señuelo que sea visible desde la atura?

—En un cadalso.

—¡Así es, capitán! En un cadalso.

Loial no disimuló el orgullo que le provocaba la aceptación del jerarca. Y continuó:

—Yo lo haría con diez escalones... Tres más que lo habitual.

—No —dijo Joria—. Que sean catorce escalones, el doble estará bien. —Y

agregó—: Ordena su construcción.

—¿En qué sitio?

Joria pensó con detenimiento la pregunta de Loial.

—Cerca de la casamata estará bien. —Pero el jerarca quiso asegurarse—: ¿Crees lo mismo?

—Sí, señor. Lo creo.

El capitán se marchaba pero Joria quiso decir algo más.

—No lo olvides: catorce escalones. ¡Queremos que el señuelo agonice a la vista del cielo!

Filip hizo el camino hacia el campamento a galope tendido.

—¿Qué ocurrió?

Joria giró hacia la pregunta excitada del jefe de ballesteros.

—Tranquilízate —dijo—. Las noticias pudieron ser muy malas, pero no lo son.

Filip avanzó hacia su padre, con marcado nerviosismo.

—Imagina, imagina... —El jerarca sonrió—. Pero no lograrás imaginar algo tan bueno como lo que voy a decirte.

Así supo Filip sobre las pérdidas que la celada les había ocasionado. Pero supo también que Nulán había caído prisionero.

Una sonrisa, muy semejante a la de su padre, le entreabrió la boca.

—¿Soñaste con esto? —dijo Joria—. La palabra perfecta vino a mi mente: señuelo. ¡No hay mejor señuelo para la dragona blanca que su Elegido!

Las risas de padre e hijo cruzaron el campamento. Y los soldados que acababan de enterrar a decenas de los suyos en un gran hoyo, apretaron los dientes.

—Ven —dijo Joria—. Antes que nada quiero mostrarte lo que estamos construyendo para nuestro prisionero.

Joria y Filip caminaron hacia el sitio donde los carpinteros trabajaban en un cadalso de catorce escalones. El jefe de ballesteros no requirió explicaciones para comprender.

—Así la dragona podrá verlo —dijo.

—Lo verá... Y no tardará en responder.

Luego de inspeccionar con detenimiento la construcción, y dar algunas indicaciones que justificaran su importancia, Filip hizo un pedido.

—Quiero ver al arayé.

Joria y su hijo caminaron hacia la casamata de piedra. En el camino, el jerarca fue dando cuenta de las pérdidas que el ataque arayé había ocasionado. Poca cosa, sin embargo, comparada con la ganancia de la captura.

Atado de pies y manos, con barro aun sobre su torso, Nulán los miró entrar.

—Aquí lo tienes —dijo Joria—. Este saco de alfalfa es un Elegido.

Nulán se enderezó cuanto pudo.

—Y este cobarde es un jerarca —musitó.

La mano de Joria podía ser un guante de hierro si el pastor así lo quería. El dorso huesudo cruzó una vez y otra el rostro del prisionero. Una y otra vez, hasta que la nariz sangró sobre la boca, y el mentón empezó a deformarse a causa de las hinchazones. Nulán cayó sobre un costado pero eso no detuvo al jerarca, que comenzó a patearlo. Y lo hizo hasta que Filip decidió que era suficiente.

—Debe seguir vivo —advirtió.

Joria Dratewka se detuvo. Limpió su cara, cubierta de sudor y saliva.

—Pide que traigan cubos de agua.

Mientras Filip iba a dar la orden, Nulán logró sentarse.

—Arrójale el agua —ordenó Joria al soldado que acababa de entrar.

El soldado obedeció. Cayó el agua sobre el cuerpo de Nulán y limpió el barro que le cubría el torso.

El jerarca y su hijo palidieron. Palideció el soldado.

Una cicatriz ardía de furia, y prometía venganza.

—No perderemos tiempo —Joria fue el primero en recomponerse—. Es mejor prepararnos para la cacería cercana.

Antes de abandonar la tienda, se dirigió de nuevo al soldado.

—¡Que le den ropa para cubrirse! —dijo con sequedad.

Suerte que Antón había comido los racimos dulces, porque solo en ellos encontraría entereza para afrontar los sucesos por venir.

Anuja no lloraba, y eso era peor.

Beliria se había apartado, pero no con el afán de ocultar sus lágrimas.

—Soy la hija de Joria —se decía para sí misma—. Soy la hija de Joria.

El alquimista pidió permiso a la sanadora para retirarse. Debía estar solo para decidir con serenidad.

—No te alejes —pidió Anuja.

—No lo haré. Y estaré pronto de regreso.

Apenas Antón se marchó, Beliria se acercó a la mujer arayé con una extraña urgencia.

—Soy hija de Joria —dijo.

La sanadora pensó que la culpa hablaba por boca de la joven.

—Pero no eres Joria —respondió.

—Soy su hija —insistió Beliria—. Y podría llegar al campamento.

Anuja se distanció para entender.

—Ven. Y dices lo que estás pensando.

—Soy Beliria, hija de Joria Dratewka. Y puedo llegar al campamento, fingiendo que estuve perdida en el monte durante este tiempo.

—Tú, Nulán y yo salimos juntos del Castrum.

—¿Salimos juntos? ¿O ustedes me llevaron por la fuerza? Recuerda, Anuja, la confusión y el humo, los gritos de Antón, el movimiento de los hombres...

—No creo...

—Escucha y luego me dirás —Beliria recitó la mentira que había compuesto—. Ustedes me tomaron como rehén, me condujeron por la ciudad para cubrir la huida. Luego apareció la dragona y te llevó en sus garras. Después de eso, Nulán me arrastró al monte y allí me abandonó. Deambulé, perdida, por muchos días. Caminé sin rumbo, hasta que logré divisar tu campamento, querido padre.

—Todo eso lo escuchará Antón —respondió Anuja.

—Antón no lo permitirá. Pero si tú me ayudas, puedo irme antes de que regrese.

—No me va a perdonar —Anuja sacudió la cabeza—. No me va a perdonar.

—¿Y tú vas a perdonarle la muerte de tu hijo?

Anuja la miró en silencio, con el llanto más cerca.

—Tú lo dijiste, Anuja —continuó Beliria—. Nuestra es la profecía. O, al menos, nosotros la trajimos aquí. ¿Podemos abandonar a Nulán?

Como la sanadora demoraba en aceptar, Beliria Tzarús recurrió a la parte más sórdida de la verdad.

—Conozco bien a Joria... Él va a matarlo de la peor manera. El jerarca hará que tu hijo atraviese los peores tormentos antes de morir.

No hizo falta más para que Anuja aceptara el riesgo.

—Atraviesa el zarzal, y tendrás bastantes arañazos en tus brazos y en tus piernas —dijo la sanadora.

El aspecto de Beliria tras el viaje por el monte no era aceptable si se lo comparaba con los cuidados que recibía de Oropelia, pero resultaba prolijo para la soledad y la desesperación que la joven le narraría a Joria.

Beliria cumplió sin dudar. Luego se revolvió el cabello y rasgó su ropa. Así disminuida, tenía el aspecto que exigía su relato.

Anuja juntó todo lo que pudo; fruta que habían secado al sol, algunos remedios, y un odre con agua.

—Hay moras en el camino —dijo la joven.

—Recuerda ser tan cuidadosa como cuando peinas a tu madre —pidió Anuja—. No hagas con prisa.

—Así será.

Beliria sonrió con tal confianza que la sanadora logró serenarse, y soltar el instante.

—Ve ahora.

La distancia que separaba la colina de la última posición del campamento podía recorrerse en dos días de marcha firme. O algo menos.

—Dile a Antón que recuerde lo que me dijo en la enramada, cuando su espíritu estaba extraviado.

Beliria abrazó a Anuja. Era el primer contacto entre las dos mujeres. Anuja besó

la cabeza rubia.

—Ve. Y que los Japiripé estén a tu lado.

La sanadora se quedó viendo cómo Beliria se marchaba.

—¿Obré bien? —se preguntó.

Hasta perderla de vista, Anuja estuvo murmurando... Cuídate, pequeña. Cuídate.

Cuídate, la palabra que está al comienzo y al final del amor. La palabra que elegiría una madre para la última despedida. Cuídate, como el lento aleteo de una mariposa condenada.

Beliria Tzarús decidió que no recorrería sola el camino hasta el campamento. Para eso, le bastó con imaginar que Nulán andaba a la par. Así, todo lo que hiciera tendría otro sentido. Si cantaba, él iba a escucharla. Si juntaba moras, él la estaría viendo. Y se burlaría cuando ella se ocultara para orinar.

Para Anuja se acercaba el difícil momento de enfrentar a Antón, y lo que sería, quizás, una ira definitiva. Cuando el alquimista llegó a su lado, la encontró retorciéndose las manos.

—¿Qué ocurre?

—Permití lo indebido. Dejé hacer al peligro.

Cuando Anuja, al hablar, extremaba el modo aráyé, era para decir algo importante.

—Dime.

La sanadora tomó aire, y habló sin pausas.

—Permití la desobediencia de Beliria que se marchó segura de que debía marcharse a ayudar a Nulán porque la profecía la trajeron ustedes y ustedes también deben ayudar a que Nulán no sufra toda la crueldad... Permití al Beliria marchar el camino al campamento.

Anuja se quedó esperando las peores recriminaciones. Esperó durante un largo rato, segura de que la furia maduraba dentro del alquimista, y que saldría de un momento a otro.

—Son estos los momentos en que somos obligados a construirnos —dijo Antón, en voz baja—. El único modo de no perder la valentía que se corroe con los años es dejar que otros sean valerosos. El único modo de no perder la juventud es permitir la juventud de nuestros hijos. Allá va mi Beliria, haciendo lo que yo hubiese hecho a sus años. Lo que yo hice, años atrás, cuando Fara fue herida de muerte. Cuando Tucán, el ejecutante, cayó prisionero de los Dratewka. Lejos de aquí, en el norte del continente, aquel Antón arriesgó todo para salvar el sueño de la profecía. ¿Qué puedo hacer, ahora? Arrepentirme de aquello que le enseñé a amar. O bendecirla.

En la colina, Anuja y Antón se abrazaron largamente. Por eso no pudieron ver a la distancia, en un cielo alto y nuboso, el vuelo de una dragona que comenzaba a llamarse Kisi Biara.

Beliria caminó sin descanso porque llevaba a Nulán con ella. A veces, peleó con él. Pero por la noche, la única que debería pasar antes de llegar a su destino, Nulán se acostó a su lado. Y la tuvo abrazada hasta el amanecer.

Cuando la joven tuvo el campamento a la vista, era mediodía.

—Ahora debes irte —dijo Beliria.

—Mejor si bajas por aquí mismo. Mejor si gritas tu nombre, porque ellos van a verte desde lejos —le advirtió Nulán.

Beliria asintió y comenzó a descender.

Fue como Nulán había dicho.

Los centinelas de Joria vieron bajar, a la distancia, una figura. Por su parte, mucho antes de poder ser escuchada, Beliria comenzó a gritar, haciendo señas con los brazos.

—¡Soy Beliria! ¡Soy la hija de Joria!

Poco después, los centinelas lograron discernir que se trataba de una mujer, y que no parecía aráyé.

—Grita. Dice algo...

—Ve a buscar a Filip.

—Pero está diciendo algo.

Los dos hombres prestaron atención, y uno de ellos escuchó mejor.

—¡Beliria! Dice Beliria.

Muchos de los soldados de Joria apenas conocían a la hija del jerarca.

—La vi algunas veces en la fortaleza. Parece ser ella.

—Busca a Filip. ¡Rápido!

Cuando vio que no la atacaban, Beliria se atrevió a correr el tramo final. El centinela la retuvo.

—¿No ves quién soy?

—Tal vez, pero...

—¿Dices que tal vez sea la hija de Joria?

Pero no estaban en el Castrum, de modo que su insolencia fue inútil.

—Ya llega Filip.

—¿Por qué llamaron a Filip? ¿Qué tiene él para decir acerca de mi nombre y de mi autoridad?

Beliria alzó la voz justo cuando aparecía el jefe de ballesteros. La mirada seca de su medio hermano la paralizó... Si conocían la verdad, ella estaba en el umbral de su martirio.

Filip demoraba en hablar. Y Beliria enfrentó como pudo su inmenso temor.

—Ya ven que soy quien...

—Es Beliria —interrumpió Filip que, envalentonado por su nueva situación, agregó—. La hija de mi padre.

Después, el jefe de ballesteros se dirigió a ella.

—Vamos.

Cuando Antón y Anuja deshacían el largo abrazo, la sanadora recordó las palabras que Beliria había pronunciado antes de marcharse.

—Ella me pidió que recordaras lo que dijiste cuando tus sentidos estaban extraviados —dijo.

Antón se apartó. Miraba desde la colina hacia el sur; donde estaba todo lo que era importante, todo lo que amaba. Lentamente recordó...

¿Estás segura de que deseas hacerlo?, le había preguntado ese día. Y Beliria había respondido: Sí, lo estoy.

Antón decidió hacer lo que estaba a su alcance.

—Escúchame bien —dijo en voz alta—. Como hijo de Tucán, el ejecutante, puedo darte ciertos consejos para mentir acertadamente. Oye, Beliria, y recuerda... Toma el camino, disfruta lo pequeño, espanta la fatiga y soporta. Si deseas, te lo explico a nuestro modo. Tomar el camino significa hablar primero, pronunciar las primeras palabras de modo que el carro de la historia vaya por el camino que nos conviene. Disfrutar lo pequeño es inventar detalles, bordar nuestra mentira. Espantar la fatiga... —Antón sonrió—. Bueno, los arayés creen que el cansancio es malo para el buen andar de las mentiras. ¡No avances en tu mentira cuando el cansancio se haga presente! Te equivocarás.

Anuja estaba cerca y escuchaba complacida.

—Y por último soporta. Eso significa que no intentes, ¡nunca intentes!, comprobar si te creyeron. En ese apuro puede caer tu linda mentira, hecha pedazos.

En su tienda, recostado y cubierto con pieles, Joria no esperaba otra cosa que el sueño que solía vencerlo al inicio de la tarde. Pero la tarde, ese día, le trajo algo inesperado.

La ansiedad de Filip no logró esperar la autorización para entrar.

—Alguien ha llegado.

Joria se incorporaba confundido cuando, detrás de Filip, vio a Beliria.

Tiró las pieles a un costado y se puso de pie. Beliria corrió y se apoyó en el cuerpo de Joria. Padre, dijo.

Padre, dijo Beliria, que hacía años no lo llamaba así.

—¿Cómo estás aquí? ¿Cómo...?

Beliria habló primero, para así conducir la historia hacia donde le convenía.

—Estuve perdida en el monte, no sé cuánto, cuántos días. Fue el arayé... Gracias por venir en mi busca. Gracias, padre.

Padre, repitió Beliria.

—Explícame todo.

Los tres que estaban en la tienda se sentaron en el suelo.

—Mis recuerdos son borrosos —comenzó Beliria—. Eran dos arayés los que entraron a mi habitación. Me llevaban como rehén cuando llegó el alquimista... Los arayés me arrastraron por la ciudad. ¡Puedo acordarme del puente viejo! Después, una..., una gran bestia apareció. Te lo juro, padre, era un dragón. Y se llevó a la mujer entre las garras.

—¿Y entonces? —la apuró Joria.

—¡Nulán! —dijo Beliria—. ¡Así lo llamó la mujer que lo acompañaba! Él me llevó monte adentro. Pero una noche partió y no volví a verlo —Beliria se detuvo en un detalle—. Comí solamente moras este tiempo. Y tanto me asquearon que no volveré a probarlas.

Joria y Filip la miraban con fijeza. Y Beliria, que empezaba a fatigarse, decidió llegar al final.

—Hoy, desde la altura, divisé nuestro campamento.

El jerarca Dratewka dijo algo imprevisto:

—Filip, que le preparen una tienda y le den de comer de mis propios víveres.

Beliria ignoraba si esa reacción era buena o terrible.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —preguntó Joria.

—No. Solamente que quiero volver pronto al Castrum. Si me lo permites...

—Desde luego. Oropelia se pondrá feliz. Partirás apenas sea posible.

—Gracias, padre.

Filip acompañó a Beliria hasta la tienda donde descansaría. Varias veces, durante el trayecto, la joven estuvo tentada de probar si, en verdad, le habían creído. Pero, al fin, se quedó callada.

Cuando estuvo sola, la joven hija de Oropelia se ovilló temblorosa y se construyó un refugio con sus brazos, su cabello y su aliento a moras. Nulán estaba cerca.

Para Beliria, la mañana demoró en llegar. Sin embargo, y aunque apenas había logrado dormir, la joven se levantó decidida a ser quien era: la hija del jerarca.

Con tal disposición se asomó a la tienda. Como imaginaba, un centinela custodiaba la entrada a escasa distancia.

—Debo cambiar mi ropa —le dijo de manera imperiosa—. Tráeme algo con lo que pueda vestirme.

—Aquí solo hay ropa de soldado.

—Ropa de soldado, entonces —dijo Beliria.

Luego quiso desayunar, y comió cuanto le trajeron con sincera avidez. Por fin, y sin pedir autorización, se dirigió a la tienda que ocupaba Joria.

Cuando entró, cubierta con un blusón que le caía casi hasta las rodillas, el jerarca sonrió.

—Tuve que vestir esta ropa —explicó Beliria.

Ni la presencia, siempre atemorizante, de la Liebre Moteada fue un obstáculo.

—¿Alguna vez podré acariciarla? —preguntó.

Joria Dratewka no podía responder esa pregunta. Y en cambio, estiró el brazo con un trozo de fruta que Beliria recibió y comió de inmediato. Con jugo en la boca, Beliria hizo una petición.

—Quiero un buen arco. Y flechas para hacer puntería.

—Pensé que me pedirías un espejo y un peine.

—Padre —dijo Beliria—, amo y respeto a Oropelia. Pero no deseo ser como ella.

Satisfecho por lo que acababa de escuchar, el jerarca no tardó en llamar a un soldado y ordenarle que le diese a su hija un buen arco y un carcaj con flechas.

—Gracias.

Antes de que su joven hija se marchara, Joria la detuvo.

—Hay alguien en el campamento que te gustaría ver.

—¿De quién hablas? ¿Acaso está aquí mi madre?

—¿Tu madre? ¿Cómo podría ella estar aquí?

—¿Entonces, quién?

—Ve a tirar tus flechas. Luego, Filip y yo pasaremos a buscarte, y te llevaremos a ver algo que no imaginas.

Beliria saludó y se fue.

La hija del jerarca disparó sus flechas certeramente, aun cuando no cesaba de pensar en las últimas extrañas palabras de Joria.

No había dudas de se trataba de Nulán... Pero, ¿qué se proponía el jerarca con aquella visita? De a ratos, el miedo le quitaba el aire, le humedecía las manos, porque era imposible nombrar los castigos que Joria elegiría si, de un modo u otro, descubría su traición.

Pero ante la mirada asombrada de los soldados que se reunieron a ver disparar a la joven arquera, todas las flechas dieron en el blanco. Beliria Tzarús los ayudaba a olvidar el magro desayuno que habían recibido.

Más tarde, mientras caminaba entre Joria y Filip, Beliria pensaba en su rostro. Estaba obligada a controlar cada músculo, cada sombra, la curva de las cejas y el color de las mejillas... Sin importar la condición de Nulán, ella estaba obligada a ocultar todo signo de dolor al momento de verlo.

Un poco alejado, Filip andaba con una expresión oscura. Beliria no podía dejar de preguntarse si aquello se debía a su presencia. O a algo más. Y peor.

Los tres caminaron hacia la casamata. Lejos, a la izquierda, se veía el torso de Arbaleta. Beliria detuvo la marcha y se quedó viéndola:

—Es tan... hermosa —dijo.

—¡Vamos! —replicó Joria—. Después tendrás tiempo para admirarla.

Beliria señaló el grupo de soldados que trabajaba en una importante estructura de madera.

—¿Qué hacen, padre?

—Ya lo sabrás.

En compañía de sus dos hijos, Joria Dratewka entró al espacio de piedra. El techo de la casamata, construido con maderos y ramas, estaba arruinado en buena parte por el fuego aráyé.

Antes de verla, Nulán reconoció a Beliria.

Su primer pensamiento fue que había caído prisionera. Y quizás también Anuja y Antón. Nulán se movió con la fuerza que le quedaba, para lograr solamente que las ataduras se ciñeran a su carne.

—¿Qué pasó? —murmuró con extrema dificultad—. ¿Beliria?

—Sí, maimujé, soy yo, la hija de Joria. ¿Me creías muerta en el monte? Bueno, aquí estoy.

Beliria habló con firmeza. Sin embargo, las palabras que Nulán había pronunciado llamaron la atención de Filip.

—¿Cómo lo capturaron? —preguntó Beliria a su padre.

—Cuando los arayés nos atacaron, él salió de entre los matorrales, cubierto de barro. Aquí mismo —Joria señaló el exterior—, aquí mismo.

—¿Qué se proponía?

—De seguro, vino con su aldea.

Beliria se acercó a mirarlo.

—Me hace feliz el escarmiento —dijo.

La reacción de su media hermana, le resultó dudosa a Filip. Y fue tanta la ansiedad por comprobar sus sospechas, que el jefe de ballesteros no pudo esperar. Miró a su padre, y le indicó que deseaba apartarse para hablarle a solas.

—Espera aquí, Beliria —dijo el jerarca.

Nulán observó desde su dolor. Beliria comprendió que se agotaba el tiempo.

—¡Padre! —llamó con firmeza.

El jerarca giró hacia ella.

—Espera... ¡Estoy hablando con Filip!

Pero Beliria debía interrumpir esa conversación.

—No creo que haya venido con los arayés —insistió Beliria—. Y si acaso lo hizo, debió traer un propósito especial.

Aquellas palabras, impacientes y estúpidas, fueron una confirmación para Filip. El jefe de ballesteros estaba a punto de hablar cuando Beliria se adelantó.

—Dijiste que estaba oculto cerca de aquí.

Interesado, Joria regresó sobre sus pasos.

—Aquí, sí, en los matorrales.

—¿Y nadie pensó que hay aquí algo que a este mono podía interesarle?

—¿De qué hablas?

Joria hacía su pregunta y Filip templaba su sonrisa.

—Hablo de Arbaleta, el arma que derriba dragones. ¿Y si vino para dañarla?

—¡Eso es imposible! —dijo Filip.

—¿La revisaste, acaso? —le preguntó su hermana.

Joria miró al jefe de ballesteros y, sin decir nada, abandonó el granero. Filip y Beliria fueron detrás.

Muy poco tiempo necesitó el jerarca para descubrir la rotura de la manivela y el corte en la cuerda. Miró a Filip con sequedad.

—¡Ordena repararla de inmediato! —ordenó.

Filip sumaba otro motivo, el más importante, para cerrar el odio que sentía por aquella Tzarús de ojos claros. Ojos que, ahora mismo, lo miraron con burla.

—¿Qué harán con el maimujé, padre? —preguntó Beliria.

—Te contaré.

El jerarca puso su brazo sobre el hombro de su hija, y ambos se adelantaron en el camino.

—Lo usaremos como señuelo para la dragona. Mañana te mostraré de cerca lo que ideé para levantarlo...

Filip quedó solo, como un niño huérfano.

Entonces, el jefe de ballesteros volvió al granero para llorar a golpes. Golpes sobre el hijo del monte, cada golpe un sollozo seco, cada golpe un recuerdo. Finalmente, Nulán cayó sin sentido. Pero antes, se dio cuenta de que Filip venía de un fracaso. Y eso significaba el bienestar de Beliria.

Sin embargo, Beliria Tzarús distaba de estar a salvo... Debía rescatar a Nulán, y eso parecía muy difícil. Por ahora, nada podía hacer más que esperar.

Ese atardecer, cuando cenaba sola en su tienda, observó el cuchillo con el que cortaba la carne. Era suficientemente filoso. Aún así, lo pasaría de un lado y de otro contra una piedra, como se lo había visto hacer muchas veces a los pastores.

Esperar y afilar no eran cosas tan distintas.

En la noche de la colina, Anuja y Antón durmieron uno junto al otro. No era nada semejante a aquel antiguo amor que los había unido, sino ternura y tristeza. Ambos ordenaron la respiración para fingir un sueño que no llegaría.

Anuja cerró los ojos para ver, tras ellos, el rostro de Nulán. Antón cerró los suyos para ver el tiempo en una sucesión de acontecimientos.

Pero la farsa que intentaron no pudo sostenerse entre dos que tanto se conocían. Y el insomnio quedó al descubierto.

—¿Quieres que te recite un bello poema? —dijo Antón, besando el cabello de la mujer acostada a su lado.

—Sería una buena cosa...

Ahora sí, el alquimista cerró los ojos para convocar el recuerdo.

*¿Crees que aquella luz en las montañas
es el alba que llega?
¿Crees que ese silencio insobornable*

*es la muerte del mar?
El alba es Hobsyllwin
que se yergue en el Este de la Tierra.
Y el silencio sucede
cuando cierra los ojos para soñar.*

—Gracias —murmuró Anuja.

—No llores.

—¿Tanto ruido hizo mi pobre llanto?

—Tanto —sonrió Antón.

Luego ambos guardaron silencio.

Un silencio insobornable.

Poco después, una luz lunar los cubrió. Antón y Anuja se levantaron de la cama de hierbas y, ya de pie, se tomaron de la mano.

—¿Qué ocurre?

La pregunta de la sanadora tuvo como respuesta el acrecentamiento de la claridad.

Era, al fin, lo que intuían y deseaban. La dragona blanca estaba allí, sobrevolando en círculos grandes y lentos sobre sus cabezas alzadas. ¿Existían los dragones para que el pueblo humano levantara la mirada al cielo?

—¡Desciende! —susurró Antón, maravillado—. ¡Desciende!

Muy lentamente, bajando apenas un poco en cada círculo, la dragona blanca descendía.

—¡Está haciéndolo, Anuja!

Pero atrapada en una emoción primordial, la sanadora estaba imposibilitada de responder.

Largo tiempo estuvieron así, la dragona volando; ellos, inmóviles. Pero cada vez, estaba más cerca, las escamas de su piel podían verse y se sentía el calor de su cuerpo. Cuando bajó lo suficiente y apoyó sus patas en la tierra, la colina entera se estremeció.

Para Antón, los dragones eran la justificación de su vida entera. El alquimista soportó algunos pasos lentos pero, de pronto, comenzó a correr. Con un rugido, la dragona blanca le advirtió que se detuviera. Luego, miró a Anuja.

—Ve —dijo Antón—. Quiere que vayas tú.

Tal vez, antes de comer los frutos prohibidos, el alquimista hubiese sentido envidia y malestar por aquella elección. Pero nada de eso sucedió en su interior. Anuja se fue acercando de a poco, mientras imágenes de su sanación en la cueva volvían a su memoria.

La dragona blanca moduló sonidos que Anuja creía incomprensibles para ella. Sin embargo, por amor a Nulán, puso en ellos su mayor atención. Después, la dragona giró pesadamente, y alzó vuelo. Entonces sí, se hizo ama absoluta de su tamaño.

Antón se acercó a Anuja.

—¿Pudiste entenderla?

—Sí.

La sanadora fingía una seguridad que estaba lejos de poseer; porque era incapaz de distinguir si había comprendido o había imaginado; si lo que estaba por decirle a Antón era resultado de su comprensión o de su deseo. Pero Anuja era una aráyé, de modo que no creía tan importante la diferencia. Y comenzó diciendo: Kisi Biara.

A la mañana siguiente, Joria abandonó temprano la tienda y salió a verificar los avances en la construcción del patíbulo. Una aglomeración de soldados, llamó su atención. Tan ensimismados estaban los hombres en su asunto, cualquiera que este fuera, que ni siquiera advirtieron la llegada del jerarca. La causa del entusiasmo era Beliria, con el cabello bien sujeto y vestida como ellos, disparando sus flechas.

Beliria, hija del jerarca, la que hasta el momento en que abandonaron el Castrum era una niña que solo deseaba parecerse a su madre, se comportaba como una mujer recién llegada a la belleza.

—Si tuvieras los debidos atributos entre las piernas, serías uno de mis mejores arqueros —dijo Joria en voz alta.

Los hombres giraron sobresaltados. Beliria sonrió.

—Eres una hermosa muchacha —prosiguió el jerarca que, quizás, lo notaba por primera vez. Después, retomó un asunto que había quedado pendiente—. Van a llevarte a Oras Viitor. Ya no puedes quedarte aquí. Ve con tu madre, y dile que se prepare para recibir la cabeza de la dragona blanca.

Regresar junto a Oropelia... Desde el día en que partió del Castrum, la idea no había recibido nunca la suficiente cantidad de sangre. Volver con su madre. De pronto era tan cierto que Beliria debió apretarse el corazón con ambas manos.

—Gracias —dijo.

—Muy bien. Ya lo sabes.

—Gracias —continuó—, pero no deseo hacerlo.

—¿De qué hablas?

Los soldados, que comenzaban a dispersarse, se detuvieron.

—Por favor, padre. Quiero estar presente cuando cacen a la dragona blanca. Por favor, ¡no me impidas ver eso!

—Pero eres Tzarús —dijo Joria—. La muerte de un dragón no debería agradarte.

—Tengos dos sangres. Y desde que el aráyé me arrastró al monte, parece que la mitad Dratewka alzó la voz.

Tímidos al principio, aunque alentados por el evidente regocijo de Joria, los hombres apoyaron la petición de Beliria.

—Déjame ser arquero —insistió la joven.

Y un aullido de admiración sostuvo sus palabras.

Joria no podía desconocer que aquel deseo, expresado frente a sus hombres, lo

llenaba de gozo.

—Déjame hacerlo —insistió Beliria.

El jerarca sonrió. ¡Cómo temblaría la enferma cuando conociera la decisión de su hija!

—Entonces, estarás presente al momento de alzar nuestro señuelo.

—¿Cuándo lo haremos?

—Hoy mismo.

El cadalso de catorce escalones estaba listo.

En la ciudad, los utilizaban para las ejecuciones y los escarmientos públicos. Ahora iba a servir para exhibir el señuelo, y desafiar a la dragona blanca mostrándole el sufrimiento del Elegido.

«Aquí permanecerá estaqueado por el tiempo que sea necesario. Y aquí morirá», había dicho Joria.

A pesar de los brutales castigos que había recibido, Nulán llegó caminando por sí mismo. Cuatro hombres lo flanqueaban. El rostro ovalado del hijo del monte era apenas reconocible detrás de las hinchazones, los cortes, y una inflamación amarillenta que le cubría el lado izquierdo y deformaba sus rasgos.

El jerarca, Beliria y el capitán Loial, además de otros mandos y un numeroso grupo de soldados, iban a presenciar la maniobra, a cargo del jefe de ballesteros.

A diferencia de lo que se acostumbraba, el prisionero no estaría amarrado al poste con los pies juntos y las manos atrás. Filip ordenó que el cadalso tuviera tamaño suficiente, y cuatro estacas de donde sujetar al prisionero con las piernas y los brazos extendidos.

El hijo del monte, ya muy castigado, sufría ahora el dolor de los torniquetes que, en cada vuelta, desgarraban sus músculos.

Filip creía que aun se podía estirar un poco más.

Los soldados forzaron los lazos.

Loial se acercó al jefe de ballesteros.

—Ya cruje por dentro —susurró.

Recién entonces, Filip aceptó que era suficiente.

Por un instante, en ese trajín doloroso, Nulán cruzó sus ojos con los de Beliria. Pero no hubo ninguna señal que permitiera saber si el prisionero comprendía la mirada intensa de la joven Tzarús, parada junto a su padre.

Cuando el prisionero estuvo asegurado en su posición final, el jerarca caminó sin dirección, gritándole al cielo vacío:

—¿Lo ves? ¿Ves al que llaman Elegido? Ven a buscarlo... ¡Ven!

Luego, a excepción de los soldados que iniciaban la guardia, todos se alejaron murmurando.

De regreso en su tienda, Beliria tomó el cuchillo, y lo probó sobre un cuero. El tiempo para ayudar a Nulán cabía en una mano... Sin embargo, ninguna acción aparecía clara; ni siquiera posible. Nulán estaba estaqueado en un cadalso, y había centinelas alrededor. La joven Tzarús salió de su tienda y se adentró en la noche. Tenía miedo, y pensó si Nulán lo tendría también.

En su infinita soledad, Nulán atravesaba espacios inexplicables; paisajes que en el monte nunca había visto y que, sin embargo, al monte pertenecían. Era como si la tierra montaraz se lo hubiese tragado, y él pudiera recorrerla por dentro, acurrucarse en su más profunda oquedad, prepararse para nacer.

Dentro del monte, Nulán.

Dentro de Nulán, un niño sin madre.

Dentro del niño, un destino.

Entonces, como surgido de las indómitas aguas del trance, los recuerdos aparecieron vívidos. Una nueva memoria llegaba, con causa y con sentido.

Extendido en cruz bajo la noche del campamento, Nulán recordó al niño junto a la madre muerta.

Porque agonizando Mam había dado a luz, con las últimas respiraciones había anudado la tripa de la vida. Y, muerta ya, pudo pronunciar el nombre de su hijo. Por eso, el primer llanto de Nulán fue, a un tiempo, la dicha de la vida y el dolor de la orfandad.

Luego, un aire tibio cubrió al recién nacido, que abrió los ojos para ver, antes que ninguna otra cosa, la primordial blancura de la dragona.

Así Nulán había llegado al mundo, heredero de la condena que pesaba sobre sus padres y bautizado por los grandes dioses.

Así recibió el destino que, una vez, iba a cruzarse con las palabras que ciertos monjes, borrachos y condenados a muerte, habían fraguado.

En el cadalso, el hijo del monte recordaba y comprendía.

Recordó su nacimiento, el instante en que la dragona blanca lo abrazó con sus garras. Recordó las muchas veces que se había dormido bajo la luz de sus ojos legendarios, escuchando el misterioso lenguaje de los dragones.

Comprendió que tenía tres madres, Mam, Anuja y la dragona blanca. Y que solo un hombre con tres madres podía, tal vez, aceptar el peso de una profecía.

Nulán deseó que la dragona se hiciera presente. Alzó la cabeza hacia un cielo de color rosado.

—Te estoy esperando —dijo.

Antón caminaba obediente tras la decisión de Anuja; en pos de aquello que la sanadora afirmó comprender. Y lo hizo sin discutir ni preguntar nada. ¿Antón no

pedía explicaciones? ¿Antón no oponía argumentos? La sanadora no necesitó más para confirmar que el alquimista aun estaba bajo los efectos de alguna extrañeza del monte. Y añorando aquello mismo que a menudo la fastidiaba, buscó molestarlo:

—¿No dices nada?

Antón alzó los hombros y sonrió.

—Nada tengo para decir.

—¿No estás calculando alguna cosa?

—No más de lo que calcula una hormiga para llevar una brizna al hormiguero.

—¡Te pareces desdichadamente a un arayé! —protestó Anuja.

—¡De arayés hablas! —Antón continuó, como si hubiese escuchado solo un parte

—. Y yo he recordado a mi padre Tucán.

—¿Aquel que tocaba tambores de agua?

—Aquel mismo. —El alquimista fingió los movimientos en el aire.

Anuja no pudo evitar la ternura.

—Lo haces bien —aceptó.

Pero poco después, tal vez para suavizar la angustia que le ocasionaba el cautiverio de su hijo, volvió al desafío.

—No deseo asustarte, pero puede haber furia en mi hermano Artejal cuando nos vea.

—¿Y cómo eso me asustaría, dulce mujer? Si ni siquiera puedo asegurar que el sol salga mañana.

Anuja sacudió la cabeza. Una inmensa pena la agobiaba.

—Solo te falta danzar —dijo con la voz enrejada.

El hombre alto y de ojos celestes, que parecía haber perdido todo vestigio de soberbia, se detuvo y la tomó por los hombros.

—Danzaremos, Anuja, te lo juro. El Elegido avanzará en el camino, y nosotros danzaremos.

La estrategia del señuelo los obligaba a avanzar sin demora en la preparación de las fuerzas que recibirían a la dragona cuando llegara, como suponían, a reclamar lo suyo.

—Si el señuelo da resultado...

—Lo dará —interrumpió Joria.

—Entonces aquí será la cacería —Filip miró el cielo como un campo de batalla

—. ¡Tenemos que apurarnos! —dijo. Y agregó—: Sin embargo debemos afrontar también la escasez de alimentos. Los hombres...

—¡Que asen alimañas! —lo interrumpió Filip—. ¡Que se mordisqueen los dedos! ¡Pero no enviaremos a nadie a Oras Viitor! ¡No ahora!

En ese momento, Beliria entró a la tienda. Filip miró a Joria.

—Quise que ella estuviera presente... Su cabeza piensa bien, ¡tenemos que

aceptarlo! —sonrió el jerarca.

—Si me lo permites, hermano —dijo Beliria, que había escuchado y comprendido las últimas palabras—, puedo ponerme al frente de algunos arqueros y cazar piezas más sabrosas y eficientes que las arañas.

—¡Lo apruebo! —festejó el jerarca—. ¡Hazlo!

Filip, que no tenía otra opción que tolerar la presencia de Beliria en una discusión de estrategias, no le dirigió la mirada ni una sola vez mientras habló con su padre sobre la necesidad de reubicar las partidas que habían apostado en posiciones avanzadas.

—Si esperamos y deseamos que la dragona venga aquí en busca del señuelo, estamos obligados a reforzar el campamento —Filip se refería a las recientes pérdidas—. Las bajas que dejé el ataque aráyé deben ser remediadas.

—Lástima —intervino Beliria.

—¿A qué te refieres? —preguntó Joria.

—Me refiero, padre, a que debimos hacerlo antes de subir al mono a su cadalso.

—¡De qué hablas! —Filip fue agrio.

—La dragona blanca sabe que Nulán está prisionero, sabe que deberá venir a nosotros —Beliria hablaba sin vacilaciones—. Y nosotros le dimos tiempo para un zarpazo.

—¿Un zarpazo? ¡Bien, entonces!, porque eso estamos esperando —respondió Filip.

—Pero sus garras no caerán justo donde tú lo esperas, hermano.

El jerarca empezaba a cansarse de aquella discusión.

—Beliria, no comiences con rebuscamientos Tzarús. ¡Habla claro!

Belira se aprontó a obedecer.

—La dragona sabe que el Elegido esta aquí...

—¿Dices Elegido? —interrumpió Filip.

La joven sostuvo su error con serenidad.

—Sabe que el mono elegido está en el campamento. Pero sabe también que nuestros hombres están divididos. ¡Y aprovechará eso!

—Hablas de esa dragona —dijo Filip— como si fuese capaz de llevar a cabo una estrategia.

Cualquier reacción esperaba el jefe de ballesteros, menos la risa desafiante de Beliria.

—¿Y supones que no? —Beliria Tzarús fingió comprender—. Claro, lo tuyo son las ballestas. Nunca leíste los pergaminos ni los documentos antiguos; de lo contrario sabrías que un dragón posee un entendimiento extendido, una imaginación insondable, y una comprensión fuera del alcance de la tuya. Por eso pueden obrar como generales, como magos, como madres... —Beliria se adelantó a lo que veía llegar—. Y no te muestres asombrado porque conozco a los dragones. ¡Claro que los conozco! Y tienes suerte de que así sea.

Obligado a controlarse, Filip se dirigió a su padre.

—¡Te aseguro que nada sucederá! En pocas horas las dos partidas estarán de regreso. —La voz del jefe de ballesteros delataba la profundidad de su ira—. ¡Nada de lo que ella dice sucederá!

—Eso espero —Joria estaba molesto—. Ve pronto a resolver esa partida.

Filip se puso de pie.

—¿A quién enviarás?

La última pregunta de Joria pareció un signo de desconfianza.

—A Loial —respondió Filip.

—Está bien.

Loial, el joven capitán, mostraba gran disposición para el mando. En su aspecto, como en el de mucha gente de la ciudad, se reconocían, superpuestos y desleídos, los rasgos de diversos pueblos. Porque al mestizaje que los barcos habían traído desde Terentigani, se le sumó una larga convivencia entre pastores Dratewka, arayés y, aunque en menor medida, alquimistas del linaje Tzarús. Muchos en Oras Viitor, artesanos, oficiales, mercaderes, eran de sangres entretejidas.

Ese era Loial, y estaba a punto de ser convocado para ir en busca de los puestos de avanzada.

Tras Filip, Beliria abandonó la tienda de Joria. Soy la hija del jerarca, se repetía. Puedo ir adonde quiera. Y la hija del jerarca quería acercarse a Nulán. Mirarlo, al menos, para que él supiera que no estaba solo.

Un capitán y un soldado hablaban en las proximidades del cadalso. Beliria eligió no preguntar; avanzó con seguridad y se detuvo a pocos pasos del castigado. Para verlo con mayor nitidez, tuvo que cubrir el sol con la mano. Apenas lograba adecuar la vista para distinguir el rostro de Nulán, cuando escuchó que alguien se acercaba. Era el capitán. Traía una tinaja con agua y un palo cubierto con estopa en uno de sus extremos.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Beliria.

—Darle de beber —respondió el hombre.

Habría sido sencillo subir los catorce escalones y ofrecerle al prisionero un odre con agua, pero el castigo, para ser perfecto, debe ofender el alma tanto como el cuerpo, y devastar el orgullo hasta transformarlo en una manta agujereada.

Porque era la hija del jerarca, Beliria pudo decir lo que dijo.

—Voy a hacerlo yo. Nunca le di de beber a un mono...

El capitán no devolvió la sonrisa inventada. Avanzó hasta el pie de la escalera. Recién allí, dejó la tinaja en el suelo y le extendió el madero.

Beliria empapó la estopa que luego elevó, chorreante, hasta la boca de Nulán. El pulso de la eximia arquera tiritaba bajo la mirada imperturbable del capitán de Joria.

Nulán bebió con menos avidez de la esperable.

—¿Lo hago de nuevo? —preguntó Beliria.

—Está bien así.

El hombre estaba a punto de hacer una pregunta cuando un soldado llegó, desde el interior del campamento.

—Capitán Loial, el jefe de ballesteros lo llama.

Antes de marcharse a cumplir la orden, el joven capitán miró a Beliria.

—Deberías marcharte también.

Pero Beliria permaneció en su sitio.

Apenas el capitán se hubo alejado, comenzó a subir los escalones. Y aunque los guardias se inquietaron, ninguno se atrevió a oponerse a la voluntad de la hija del jerarca. En el séptimo escalón, Beliria se detuvo, segura de que, en ese momento, Nulán sería capaz de escuchar con nitidez su pensamiento.

»Estoy cerca. Antón y Anuja también lo están. Y la dragona... Alguna vez leí en esos antiguos pergaminos que Antón posee, que no habría Elegido sin dolor pleno, sin miseria, sin soledad. Tal vez estos sean tu dolor, tu soledad y tu miseria. Por mi parte, estoy haciendo lo único posible: mentir.

Filip había dicho que no había tiempo de esperar el amanecer.

Por eso, el capitán Loial partió, noche entrada, con cinco de sus hombres y con instrucciones precisas. Los dos puestos de avanzada debían ser advertidos, e iniciar el regreso inmediato.

Había luna sobre la planicie. El capitán y sus hombres cabalgaban en completo silencio. Loial iba adelante.

Loial era un mestizo de buen aspecto que usaba el cabello sujeto al antiguo estilo de los pastores, y colgantes de hueso semejantes a los que tallaban los arayés.

El capitán contemplaba la posibilidad de abrirse en dos grupos para cumplir la orden con mayor rapidez, cuando un resplandor iluminó una franja del cielo. Loial detuvo su caballo.

—No es hora para que amanezca.

Los hombres que lo acompañaban sumaron sus ojos.

—Es fuego, capitán.

—Es un gran fuego...

Loial, que ya no podía dudar, separó a sus hombres: debían llegar cuanto antes a los dos puestos de avanzada. Los caballos, exigidos por sus jinetes, deshacían el camino. El resplandor crecía de tal modo que el amanecer resultaba innecesario.

En el campamento, luego de la partida de Loial, Filip logró recobrar la calma. Estimaba en escasas horas el regreso del capitán, puesto que su misión se limitaba a dar aviso, dejando a quienes estaban al frente de cada puesto el cumplimiento de las

órdenes. Nada de lo que Beliria había presagiado sucedería. El jefe de ballesteros cerró los ojos y se sumergió, casi de inmediato, en un sueño altivo.

Su sueño, sin embargo, fue interrumpido por la entrada de un guardia.

—Hay fuego en el cielo —fue la extraña novedad que transmitió el soldado.

Filip abandonó el camastro y salió de su tienda cubierto con una manta.

Más lejano, aunque de todos modos evidente, Filip observó un resplandor que saturaba el cielo; y no era el sol. Pronto comprendió, igual que Loial había comprendido, que se trataba de los puestos de los altos rocosos. Semejante al capitán, exigió un caballo veloz y partió a encontrarse con los sucesos. Solo, con su furia infinita, Filip galopó sin prudencia. Gritaba de tanto en tanto, para evitar que la rabia le reventara el pecho. A poco más de medio camino, vio a tres hombres cabalgando en dirección contraria, y no demoró en reconocer a su capitán.

El rostro de Loial fue el peor augurio.

—Quemados —murmuró—. Todos fueron quemados.

Filip acercó su cabalgadura a la de Loial, que repitió la mala nueva.

—Uno de los puestos... —murmuró—. Solo encontramos cuerpos calcinados y cenizas.

—¿Cómo ocurrió?

—La dragona —respondió Loial.

Filip disimuló su debilidad.

—¿El otro puesto? —preguntó.

—Nada malo pasó allí —dijo Loial—. Ellos están regresando al campamento.

Mucho más que los hombres muertos le pesaba a Filip la sonrisa de Beliria. Con esa vergüenza, se dirigió a darle la noticia a Joria, que lo esperaba junto a su hija.

Sumados el sudor de la cabalgata al sudor de la deshonra que le tocaba enfrentar, Filip olía fuerte.

Joria alzó las cejas y escuchó con calma el parte de lo ocurrido, pero cuando Filip comenzó a justificar el fracaso, el jerarca lo interrumpió con dureza:

—No le sumes cobardía a la estupidez. Debiste pensar lo que pensó esta muchacha...

Entonces, fue Beliria quien se atrevió a interrumpir a Joria Dratewka.

—Padre, quizás no sea buen momento para ofendernos. Ahora necesitamos estar unidos. ¿No lo crees así, hermano?

Como una piedra en el arroyo, cayó el silencio.

—Murieron soldados, es cierto —continuó Beliria—, pero no es el número lo que cuenta en esta cacería. Y si algo nos asegura el ataque a ese puesto, es que la dragona vendrá pronto a nosotros.

El campamento estaba agitado. Y todos a su tiempo visitaron a Arbaleta para comprobar que estaba lista otra vez. Y hambrienta. Con eso, más las ballestas medianas apostadas en sitios estratégicos, solo quedaba esperar.

Después de soportar ser humillado por Beliria, Filip necesitó sacarse la furia. Para

eso fue al cadalso y, desde la base de la escalera, espoleó con una lanza las plantas de los pies del prisionero, que quedaron deshechas. Pero Nulán, estaqueado en cruz, no cesaba de comprender. Caían uno tras otro los velos de la realidad para permitirle ver detrás, y más allá, donde los significados se desmigán y la música es el único pensamiento posible. Detrás de las palabras y del dolor; donde yacen los magníficos saberes.

Esa misma noche, un grupo de soldados reunidos en torno a los hombres que habían regresado a salvo, hablaban alrededor del fuego, mientras bebían caldo de hueso. Los recién llegados sentían que la muerte había dormido con ellos.

—¿Por qué la dragona no voló hacia nosotros? —dijo uno.

—¿Quién sabe? Pero ¡celebralo!

Algunos rieron. Otros sorbieron su alimento.

—No hay modo de conocer el comportamiento de un dragón.

Los que habían sorbido su caldo, se ensimismaron en el fuego.

—Hará lo mismo aquí...

—Pero tenemos a Arbaleta.

—Las lanzas no matan el fuego.

Una voz se entrometió en la ronda.

—La dragona blanca no podrá hacer con nosotros lo que hizo con esa avanzada.

La que hablaba era Beliria que, junto a sus palabras, arrojó tres grandes conejos muertos al centro del círculo. Los hombres giraron hacia ella.

—La falta de Fresno Sagrado la debilita...

El resplandor del fuego transparentaba el cuerpo de la muchacha bajo el blusón de soldado.

—Antes, en Terentigani, los bosques de Fresno Sagrado eran sitios protegidos, donde los dragones buscaban su alimento primordial...

Los hombres respiraban despacio para no resquebrajar la morbidez del instante.

—Cuando los bosques fueron incendiados...

Los senos de Beliria Tzarús se revelaban bajo la tela burda haciendo que pareciese seda.

—Los alquimistas llegaron aquí con puñados de semillas, que sembraron en el norte de Mérec...

Beliria era una mujer en medio de un campamento Dratewka. Y, sabiéndolo o no, agitaba la hombría de los soldados.

—Pero no en el sur. Por eso, la dragona blanca debe estar debilitada. No sabemos cuánto tiempo lleva aquí. De cualquier modo...

La voz de la joven se mezclaba con el olor de la leña, las turbulencias del fuego cubrían y descubrían su silueta. Así, Beliria Tzarús contó acerca del alimento sagrado que los dragones requerían para sostener la plenitud de su grandeza, su fuego y su

longevidad. Contó sobre los alquimistas que habían llegado desde Terentigani para sembrar bosques de fresno. Contó y contó... Pero cualquier relato estaba por desaparecer, tragado por el acontecimiento que todos, a un tiempo, esperaban y temían.

La dragona blanca se acercaba.

¿Cuál de los guardias apostados en vigilancia la vio primero? ¿Quién dio el aviso?

—¡Ya viene! —retumbó el grito—. ¡Ya viene! —se multiplicó—. ¡Ya viene!

—¡La dragona se acerca!

—¡Ballesteros!

—¡Ya viene! —atronó por todo el campamento—. ¡Ya viene!

—¡Vamos a cazarla!

En el cielo, la dragona expandió sus alas. En el cadalso, Nulán hizo lo mismo.

—¡Ballesteros, vamos a cazarla!

La dragona se acercaba al campamento. El objetivo era asaetearla para conducirla hacia Arbaleta. Filip ordenó la disposición de la primera línea de arqueros y de las ballestas medianas.

—Es posible que ella vuele hacia donde está el arayé —le dijo Loial, que estaba a su lado.

Filip estuvo de acuerdo, y puso al capitán al frente de esa zona.

Beliria corrió hacia su tienda, tomó el cuchillo y lo ocultó entre sus ropas. Bebió agua, se sujetó con firmeza el cabello, acomodó el carcaj y el arco en sus espaldas y, sin vacilaciones, salió al campo de cacería. Sabía que debería ayudar a Nulán en medio del griterío y el silbido de las flechas. Para eso, estaba obligada a ser una sombra en la agitación del campamento. Una amenaza capaz de comportarse con los ademanes de la transparencia.

Beliria caminó hacia el cadalso, allí donde Nulán modulaba sonidos antiguos y extendía las alas.

Pronto la dragona blanca estaría al alcance de las flechas. Las ballestas medianas apuntaron.

—¡Vamos a cazarla!

—¡Su cabeza en Oras Viitor!

Una andanada de flechas cayó a tierra sin ningún resultado. Arqueros y ballestas apuntaron de nuevo. Los soldados corrían por el campamento en cumplimiento de órdenes que cambiaban según los movimientos de la dragona.

Ella se iba y regresaba... Se iba, regresaba, y el campamento entero miraba el cielo.

Escondida tan cerca del cadalso como le fue posible, Beliria Tzarús preguntaba:

—¿Qué debo hacer? ¿Cómo voy a ayudarte?

La dragona blanca se iba y regresaba.

—¡Vamos a derribarla!

Inesperadamente, la dragona voló en picada. Pero, esta vez, abrió su boca, insondable como un cráter, y arrojó fuego sobre el campamento.

Quien conociera lo suficiente a los dragones habría advertido, en aquel acto, la debilidad ocasionada por un largo tiempo sin comer el fruto del Fresno Sagrado. No era ese el fuego, ni era aquella la fuerza legendaria de los dragones de Terentigani.

En el descenso, algunas saetas alcanzaron sus alas y se clavaron entre las escamas.

—¿Qué debo hacer? —repetía Beliria—. ¿Cómo puedo ayudarte?

Desde su escondite, Beliria vio acercarse a Loial y hablar con algunos de sus hombres. De pronto, el capitán miró alrededor, como si supiera que alguien lo observaba. Beliria contuvo el aire. Pero enseguida, Loial volvió a concentrarse en sus soldados.

En otro sitio del campamento, la dragona volaba en círculos cada vez más bajos.

—¡Vamos, vamos! —gritaba Filip—. ¡Hay que ponerla al alcance de Arbaleta!

La gran ballesta estaba cargada; listo el bestial carnero que podía derribar a un dragón.

—¡Vamos a cazarla!

Entonces, igual que había llegado, la dragona se alejó hacia el norte. Y todos entendieron esa retirada como una promesa.

Al siguiente día ocurrió lo mismo, y al otro, y el día tercero. Hobsillwyn llegaba y se iba.

Beliria Tzarús sabía que la dragona blanca racionaba sus fuerzas mientras fatigaba a sus cazadores. Y eso, en verdad, sucedía porque soldados, ballesteros y capitanes llevaban ya tres días de mal dormir debido a las alertas constantes y a las simulaciones de la dragona, que aparecía para marcharse.

Durante esos días, además de dedicarse a la búsqueda de alimento fresco para los soldados, Beliria regresó repetidamente al cadalso pero nunca tuvo, siquiera, la oportunidad de un intento. Y debió abandonar a Nulán sin poder hacer nada. En cambio, era fructífera su presencia entre los hombres, que la vieron celebrar cada saeta que rozaba las escamas de la dragona, regresar con una lanza ensartada de pichones, desollar un ciervo, cocinar tortugas. Y recorrer el campamento junto a su padre.

En su cruz, Nulán recibía una mínima ración de agua y de pan, enflaquecía. Su cabello parecía haber crecido mucho más de lo razonable mientras su piel, agrietada por la falta de humedad, recordaba las escamas de un dragón.

Por fin, el campamento encontró algunas horas de calma. Los hombres dormían con pesadez. Los centinelas mantenían los ojos abiertos pero, espiando detrás de sus pupilas, podían verse sueños con hijos y esposas.

En el campamento Dratewka eran muy pocos los que tenían el privilegio de una

tienda propia. Los tres capitanes y el médico, además de Joria, Filip y Beliria. Los nueve tenientes, en cambio, se repartían en tres tiendas. Quien fuera que caminaba aquella noche con pasos apagados debía conocer ese arreglo, así como la ubicación de cada tienda. Quien fuera que caminaba sabía con precisión adónde se dirigía. Y llevaba, además de un cuchillo, una idea clara y suficiente destreza para realizarla. La mano se introdujo entre los pliegues de la tienda, los ojos se habituaron a la penumbra. El lugar olía a hombre dormido. Un paso, un paso más. Y dos respiraciones encimadas: la de quien iba a matar, la de quien iba a morir. Tal vez el médico abrió los ojos, tal vez pidió piedad sin obtenerla.

Antes de que acabara la noche, un hombre había muerto desangrado a causa de la herida provocada por una mano familiar.

El día amaneció lluvioso y oscuro. Los hombres andaban sin alma por el campamento.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Joria a su hijo—. Escuché decir que están fatigados... ¿Fatigados? ¿Ellos se fatigan? Entonces, ve a recordarles la paga que reciben y, si hiciera falta, recuérdales también que existe el dolor.

Filip asintió.

—Lo haré —dijo. Y enseguida murmuró—. ¿Por qué viene y se va? ¿Por qué lo hace?

Joria tenía una respuesta.

—Beliria me lo explicó. Ella asegura que la falta de Fresno Sagrado...

Beliria me lo explicó, Beliria asegura, Beliria. Joria repetía ese nombre cada vez con mayor frecuencia. Y no solo él, sino sus propios hombres. Filip escuchó desde la bruma del resentimiento y se marchó sin decir palabra.

Sin embargo, nada mejor lo aguardaba. Un soldado había pisado barro ensangrentado alrededor de la tienda del médico. Dio aviso y, cuando entraron, allí estaba el hombre, con el cuello abierto.

La noticia se desparramó por el campamento. El día, que había amanecido lluvioso y oscuro, comenzó de nuevo. Y fue peor.

Lluvia sobre sangre, sobre viento gris, sobre ropa mojada. La desconfianza se encaramó a la fatiga. El médico había sido asesinado con una daga Dratewka. ¿Quién lo había hecho? ¿Por qué causa?

Filip y sus capitanes se encargaron de propagar una respuesta adecuada para calmar los ánimos: se había tratado, sin dudas, de un asunto personal. El médico era conocido como un hombre hosco, que arriesgaba lustrus en los juegos de apuestas, y tenía deudas.

Pero Filip sabía que la explicación era insuficiente.

El jefe de ballesteros habría pensado en ello más y mejor si la voz de los centinelas no hubiese llegado a sus oídos:

—¡La dragona blanca!

—¡Ballesteros!

Otra vez, los hombres tomaron sus posiciones, pensando si se trataría de una nueva burla de la bestia; si de nuevo se haría ver para marcharse enseguida.

La dragona blanca rodeó el campamento en un vuelo alto, demasiado para cualquier ballesta. Centenares de ojos la seguían, y a todos les resultó difícil ignorar su esplendor. Descendió la dragona en el segundo rodeo, y en el tercero descendió aún más.

—¡Disparen!

En el cadalso de catorce escalones donde, por momentos, lograba verla, aniquilado por el dolor de cuatro días, Nulán aguardaba. Sabía que la dragona blanca no iba a responder a su llamado, pero sabía también que no iba a abandonarlo.

Cuando la dragona daba el cuarto giro, una descarga de flechas disparadas por las ballestas móviles de mayor alcance logró alcanzarla. Una buena parte de las saetas se malogró en la dureza de la piel blanca. Pero otras encontraron los intersticios entre las escamas, y se clavaron en la carne.

Aunque el pequeño acierto Dratewka estaba lejos de derribarla, sumaría debilidad.

A manera de celebración, y como cualquier soldado, Beliria alzó el brazo derecho y aulló.

La dragona se alejaba con un vuelo lento.

Sin embargo, la euforia por lo que el campamento entero consideraba un triunfo sobre la dragona duraría muy poco.

Reían los ballesteros, observaban la silueta blanca alejándose, pensaban en un jarro rebasado de vino, cuando un hombre cayó atravesado por una flecha que llegó desde los matorrales. Cayó otro a su lado. Y otro. El que soñaba su vino, cayó también.

Sorprendidos en medio de su festejo, la reacción de los hombres demoró unos segundos. Y eso bastó para que otros recibieran flechazos mortales. Recién entonces, la realidad encontró palabras.

—¡Arayés! ¡Arayés!

Filip pudo rehacerse y dar órdenes acertadas para reorganizar a sus soldados. Acertadas, tal vez. Pero inútiles. Porque tal como habían llegado, pisando silencio, los arayés desaparecieron. Y aunque no fueran tantas las bajas, el desconcierto clavó los dientes. Alrededor, lo impensable sucedía. La cacería se transformaba en batalla.

Al anoecer la lluvia, que no había cesado en todo el día, recrudesció.

El remolino negro que algunos hombres vieron pasar era la capa del herrero,

encaminándose a componer las ballestas que se habían dañado. Alto y delgado, con nariz encorvada, el herrero parecía un espectro. Era fama que el hombre hablaba con los objetos que le tocaba arreglar como si fueran mujeres, o cachorros.

—¡Vamos, preciosa! Ya sé que no te gusta estar despeinada y maltrecha, pero te juro que pronto vas a lucir mejor que nunca —le decía a una de las ballestas que, ese día, habían disparado contra la dragona—. Ni tardaré mucho, ni te haré doler.

—¡Pst!

Sin ninguna precaución, el herrero giró hacia el llamado. Entonces vio un rostro conocido, que parecía pedirle perdón. Sintió frío, y sonrió como si aquello fuera una broma. La daga perforó tres veces las vísceras del herrero, que quedó tendido boca abajo. En vano, su capa revoloteó pidiendo auxilio.

—¿Y ahora? —Filip se encimó al rostro de Loial—. ¿Dirán que también se trató de un puñado de lustrus?

El médico primero y el herrero después, dos personas irremplazables en el campamento, habían sido asesinadas.

—¿Y qué crees tú? —preguntó el capitán.

—Creo en lo que está frente a mis ojos, y que nadie más parece ver.

Para entender debidamente, Loial esperó que el jefe de ballesteros continuara hablando.

—Veo a Beliria —dijo Filip.

—¿Beliria?

—Dime, Loial, ¿qué hace ella aquí, tomando decisiones de hombre? Todos han olvidado que es una Tzarús.

—Solo lo es en una mitad.

—La mitad que siempre llevó con orgullo.

—Pero no podría matar a un hombre —dijo el capitán.

—Tratándose de ella, no estoy seguro de eso. ¡Ni de eso, ni de ninguna otra cosa! —Filip tomó el brazo del capitán—. Escucha bien, Loial... Confío en ti para que la vigiles. ¿Lo harás?

—Lo haré.

—Vigila a esa mujercita porque, tarde o temprano, mostrará el verdadero color de su sangre.

Visto desde el cielo, el sur de Mérec era el contorno de la profecía, y la lucha por apoderarse de ella.

Tras recorrer una gran parte del camino por un paisaje umbrío y cerrado, unos y otros, hombres y dioses, iban a enfrentarse en el valle que se extendía, ondulante, hasta el pie de los Montes Cazut. Allí los Dratewka, en su coto de caza, aguardaban el

regreso de la dragona. Y mucho más cerca de lo que cualquiera hubiera podido imaginar, un grupo de guerreros arayés respiraba fuerte.

Cuando Anuja y Antón llegaron ante la presencia de Artejal, y en contra de lo que la sanadora suponía, el jefe arayé escuchó en silencio. Luego se retiró para hablar a solas con el Tohol y Buen Trampero. Pronto estuvo de regreso para decir que los arayés aceptaban una alianza en contra de Joria Dratewka y en favor de Nulán y de la dragona blanca. Dijo Artejal que la decisión tenía cuatro gajos. Uno de ellos era el dolor de su hermana que había soportado en manos de los Dratewka. El otro gajo era su propio orgullo, que no perdonaba la humillación de la jaula. Otro gajo eran los dioses, que se habían presentado ante él. Y el cuarto gajo era el pueblo arayé y su destino.

—Ni mi hermana, ni mi orgullo, ni los dioses grandes o pequeños, ni mi pueblo... Nadie tendrá camino si Joria Dratewka sale victorioso.

Luego de eso, fue necesario que Artejal aceptara poner a su hijo al mando de la partida. Su salud, apenas recobrada, hubiese complicado el camino. Pero, además, era orden de la Máxima Ancianidad que nunca el Primer Jefe y el Tohol se pusieran en riesgo en el mismo combate.

Artejal acabó aceptando pero, a cambio, exigió que Anuja y Antón permanecieran con él.

—Si Artejal es un estorbo —dijo—, cuánto estorbarán un anciano sin color y una mujer.

Poco después, un grupo de cuarenta y tres guerreros tomaron rumbo al campamento Dratewka.

—¿Qué sientes quedándote aquí? —le preguntó Anuja al alquimista apenas estuvieron solos.

—Hemos hecho nuestra parte —respondió Antón—. Más tarde, si logramos que Nulán y Beliria regresen será tiempo de otra batalla.

—Cuéntame cualquier extraña cosa que ande, como abeja, por tu cabeza —pidió Anuja.

Antón sonrió.

—¿Están tus nalgas bien acomodadas? ¿No empezarás enseguida a quejarte? Porque es largo lo que voy a decir.

—Mis nalgas soportarán... ¿De qué batalla hablas?

—De la que deberemos librar contra nuestra ignorancia y nuestros miedos. Imagina que los cuatro volvemos a estar juntos, y que Nulán alza la vista hacia el cielo de la profecía y acepta su destino. Entonces, este espacio y este tiempo serán insuficientes para él. Habrá que marchar, no hacia el norte como Artejal desea, sino... —Antón se detuvo un momento y cambió el hilo por el que avanzaba—. Para intentar la consumación de la profecía deberemos encontrar el pasadizo que hace posible la

suma de los tiempos.

—La caña —murmuró Anuja.

—La Perforación —dijo Antón, sin escucharla—. Solo si podemos encontrar los portales de la Perforación, el anuncio de la profecía se hará realidad.

De a poco, las palabras del alquimista tomaron cadencia.

—Porque así ocurre cuando el pueblo humano se ha dañado tanto; de tal modo que las heridas son extensas como continentes. Entonces hay que ir en busca del origen, al punto donde la desdicha pronunció su primera palabra. ¿Cómo se reconoce ese punto? Ah, tal vez trazando las líneas que parten de todas las memorias hasta donde se crucen. ¿Será en el rugido de la dragona encadenada? ¿En el nacimiento de aquel Skuba Dratewka?

»Pero debemos alejarnos de esta polvareda... La importancia de las cosas solo se ve desde lejos, nunca desde cerca. Todos aquí hemos perdido la fe, hasta los arayés la han perdido. Aquellos monjes del monasterio, a los que hubiese deseado conocer, contaron los eslabones y comprendieron cuál era el único posible fin de la cadena.

»Primero el pueblo humano pierde y daña, codicia, hiere, arranca, expulsa, horada. Cuando es tal la catástrofe es tal la polvadera. Y entonces lo vemos todo empañado, todo sucio. Ese es el punto donde aparecen los dioses. Ni antes ni después, sino cuando todo a nuestro alrededor nos da vergüenza. Los dioses, grandes o pequeños, no son mas que eso, ni menos que eso.

»Todos estamos empañados. Tú confías en tu hijo, Artejal en el suyo. Oropelia confía en Beliria... Pero es una pobre ilusión, porque la pureza es transitoria. Y ¿por qué ellos andarían por otro camino que el que nosotros trazamos? No, no, no ocurrirá así. En cambio, ellos crecerán y pronto estarán tan empañados y sucios como hoy nosotros. Volver a nacer, es el único modo. Y eso significa atravesar el cordón de la sangre que une los tiempos.

Horas después, con los huesos clavados en los huesos pero sin emitir una sola queja, Anuja continuaba escuchando las palabras del alquimista.

La amenaza de los arayés apostados en la cercanía alarmó a todos. Joria convocó a su hijo y a los capitanes para discutir las acciones posibles.

—Tenemos que salir a buscarlos.

—Ellos saben ocultarse...

—Además, debilitaríamos el campamento.

—Con seguridad —intervino Loial—, hay que redoblar la vigilancia.

—Y dificultarles el camuflaje que les permite acercarse a nosotros —agregó Filip.

—La maleza...

—Así es, la maleza. —Filip mostró las palmas de sus manos—. Es sencillo incendiarla.

Como en respuesta, la lluvia que no había cesado recrudeció.

—No es sencillo ahora —dijo Loial.

—Pero esta lluvia acabará hoy o mañana.

—Y entonces sí tendremos que apresurarnos a despejar la maleza —afirmó Loial—. De lo contrario, ellos mismos utilizarían el fuego contra nosotros.

Molesto por lo que sintió como una intromisión innecesaria, Filip cerró la discusión.

—Si el jerarca está de acuerdo —dijo, mirando a Joria—, duplicaremos los centinelas. Y esperaremos el primer rayo de sol para incendiar los alrededores.

Joria asintió.

Poco después, los hombres se separaron. Loial quedó a cargo de ordenar el desmonte en las cercanías, de modo que el campamento no corriera riesgos cuando fuera posible provocar la quemazón.

Dos capitanes se marcharon juntos, y decidieron apartarse a fumar hojas de tabaco. Preferían ocultarse de la vista de sus hombres porque el tabaco escaseaba, y la envidia de los soldados no era deseable. Detrás de una loma, sentados uno junto al otro, los capitanes enrollaron sus hojas y las encendieron. Ambos dieron bocanadas anchas y profundas; ambos exhalaban el humo con exagerado placer sin imaginar que ese humo dulzón sería el último aliento. En el mismo instante, dos dagas se clavaron en la base de sus cabezas, y ellos dejaron ir la vida tras la sorpresa.

Poco después, los centinelas los encontraron. De nuevo, se trataba de un arma Dratewka, similar a la que cualquiera en el campamento podía tener.

Y entonces fue imposible detener la voz que corrió entre los hombres. La alarma y el desánimo se apoderó de todos. Alguien los estaba asesinando que, quizás, los saludaba al pasar.

La lluvia se colaba en el alma de aquellos soldados como lo haría por un techo agujereado.

El médico, el herrero, dos capitanes...

—Tú —le dijo Filip a Loial—, cuídate.

Dos tenientes fueron designados para ocupar el lugar de los capitanes muertos, pero eso sirvió de poco.

La noche pasó con la morosidad de una pesadilla.

Apenas amanecía cuando, por orden del jefe de ballesteros, se reunió la población del campamento.

La expresión en el rostro de los hombres no era auspiciosa. La extraña conducta de la dragona blanca, la amenaza aráyé, la lluvia, el hambre mal saciada, la lluvia... Y ahora un traidor entre ellos. Para entonces, algunos se preguntaban para qué querían la cabeza de un dragón en la ciudad.

La lluvia, los aráyés, la traición; tal vez fuera mucho para unos soldados que, en su mayoría, nunca habían librado una verdadera batalla. Ahora, todos estaban

reunidos en la explanada del campamento. Y ante ellos, por deseo de Joria, Filip tomó la palabra. Era mejor así, porque eso le daría al jerarca el tiempo necesario para sopesar la reacción de sus soldados. Y valerse de las debilidades en la arenga de su hijo, para sostener la propia.

—¡Estamos aquí para cazar a la gran bestia blanca!

Las primeras palabras del jefe de ballesteros resbalaron sobre la indiferencia de muchos, rebotaron contra el rencor de otros.

—¡Y aquí vamos a permanecer!

La voz de Filip no lograba, ni siquiera, que los hombres alzaran los ojos.

—Quien haya cometido estos crímenes, va a recibir el peor castigo...

Pero la penumbra permanecía intacta. Y amparada en la multitud y en el murmullo, la desaprobación se hizo escuchar.

El jerarca iba a intervenir, cuando Beliria dio un paso adelante.

—¿Y si hubiese sido yo quien asesinó a esos hombres?

Las miradas se concentraron en la joven mujer vestida de soldado.

—Alguien, tal vez, lo pensó. ¿Y si la mitad Tzarús de mi sangre puso un cuchillo en mi mano? Mitad Tzarús soy, no lo niego. Mitad Dratewka. Vean que en mí se ha hecho carne el porvenir. Esta sangre que corre en mis venas, parte y parte, no es tan distinta de la que corre por las venas de muchos de ustedes. ¿O no hay aquí mezcla de mezclas? Somos quienes somos, y nuestro mal no está aquí sino afuera, del otro lado del mar. ¡Sí, quiero la cabeza de Hobsillwyn! Pero no será simplemente un trofeo de caza. Mi padre, el jerarca, la desea para afirmar nuestro poder en estas tierras. Terentigani, todos lo saben, va a llegar tarde o temprano. ¿Vamos a permitir que nos sometan a su poderío? ¿O les haremos saber que hay aquí un reino que les hablará de igual a igual? Eso es lo que desea nuestro amado jerarca. Y quien sea el asesino, no es Tzarús ni Dratewka sino solo un traidor que será deshollado sin piedad.

Los soldados tenían lágrimas en los ojos y una sonrisa en los labios. En ese tarde lluviosa, todos aquellos hombres amaron a Beliria con devoción. Iban a levantar los puños, cuando un trueno estremeció el espacio entre el cielo y la tierra.

—¡La dragona! —anunció a voces un vigía—. ¡La dragona regresa!

—¡Ahora sí! —gritó Beliria.

—¡Ahora sí! —respondieron los hombres.

—Ahora sí. —En el cadalso, Nulán abrió los ojos y alzó el rostro al cielo.

En Nulán, en los brutales estragos de su cuerpo, se resumía el origen de un Elegido. No aquel que crece, capa sobre capa, sino el que se deshace de su nombre. El que no se espía a sí mismo, ni en el dolor ni en la grandeza; el que ha perdido todo temor a la muerte solo porque dio a su muerte un sentido. El que tiene la piel hecha con remiendos de la piel de otros, porque en Nulán estaban Mam y Anuja, Antón y Cabeza Roja, también Cadú, también los diecisiete monjes del monasterio; y

Tabaquito y Tucán, el ejecutante con todas sus esposas y todos sus hijos. Estaban Fara y Padure, Jaminita, Mimbí, Kerrrrr, la Máxima Ancianidad... Porque un Elegido es lo opuesto a la soledad y a la importancia.

—Ahora sí, madre.

Cerca de allí estaban los arayés, por orden de Artejal, por el pacto que habían hecho con el alquimista, por los cuatro gajos que había mencionado el Primer jefe: el amor por su hermana, su honor, el pueblo y los dioses. Pacto de cuatro gajos que fue dispuesto, y que tenía ahora al Tohol y a Buen Trampero al frente de un grupo de guerreros. Guerreros que habían abierto caminos entre los matorrales para llegar al campamento Dratewka, y disparar flechas sorprendidas.

Caminos por los que ahora iban a regresar; pero ese nuevo ataque no respondía a la sola decisión del Tohol sino a algo mayor que había sucedido, y que luego los arayés relataron diciendo que estaban los dos hombres de importancia, el Tohol y Buen Trampero, pensando, con lluvia alrededor, acerca de cómo y en qué momento volver a atacar cuando unos pájaros coloridos y enormes o, en cambio, negros y pequeños, descendieron a tierra, muy cerca de ellos.

Los dos arayés les prestaron atención porque no era habitual, en las aves, aquel modo de acercarse. Luego el asombro se hizo dos veces mayor, porque desde los pescuezos y las alas de los pájaros descendió una multitud de japoripé, adornados y gesticuladores. Los diminutos dioses se encimaron a los guerreros, que nunca los habían visto de ese modo. Y uno de ellos tomó la palabra.

—Se van a alzar —dijo—. Se alzarán sin palabras y allí irán, con flechas certeras, porque la dragona blanca comienza su último ataque. Y ustedes estarán en tierra, dándole ayuda. ¡Rápido, agrios, rápido!

Los japoripé dieron media vuelta, treparon a las alas, a los pescuezos de los pájaros, y se marcharon.

Tras su partida, llegó un trueno que abrió una nueva posibilidad entre el tiempo y el espacio; una brecha donde cabían un dios y su profecía.

Aquel amanecer, la dragona blanca no sobrevoló en círculos altos, tal como lo había hecho los días anteriores. En cambio, y súbitamente, descendió en picada. Sin dar tiempo a los hombres para reaccionar, exhaló llamaradas sobre un costado del campamento.

Beliria Tzarús supo cuánto esfuerzo le había significado ese fuego, cuando llevaba ya tanto tiempo sin comer Fresno Sagrado.

Por donde volaba la dragona blanca, se abrían las nubes. La lluvia se retiraba en el espacio de su avance. Los ballesteros, que ya estaban en sus puestos, recibieron la orden insistente de conducirla hacia donde esperaba el carnero furioso.

Pero la dragona no estaba sola, porque los japoripé convocaron a los arayés, y los arayés obedecieron, y allí estaban con flechas certeras. Una, la primera, dio en el blanco. Otras, quizá, no. Otras, sí. Otras.

¡Arayés!

Por necesidad, aquel grito dividió el objetivo de las fuerzas de Joria. Ahora el interés de aquellos hombres no estaba solamente en el cielo. También en las malezas que, con un guerrero adentro, se movían ante sus ojos.

La dragona se alejaba para regresar. El cielo iba y venía con ella. Y todos tenían la certeza de que era el día final.

También Beliria supo que era el momento decisivo. Afirmó el carcaj a su espalda y se dirigió al cadalso.

Avanzó Beliria sin hacerse notar, en contra del estrépito, por los recovecos que quedaban abiertos entre una orden y otra. Lo hizo recordando los movimientos de Nulán, que tanto había observado.

Junto al cadalso, el capitán escuchó la alarma, y rápidamente reorganizó la guardia.

—Solo dos hombres aquí. Los demás vienen conmigo.

Los soldados a su cargo miraron extrañados.

—Hay arayés disparando flechas —Loial señaló a Nulán—. Este de aquí no puede hacerlo. —Y antes de marcharse, agregó—: ¡Luego enviaré refuerzos!

Desde su escondite, Beliria no pudo escuchar lo que el capitán decía. Pero sí vio, con asombro, que los soldados se marchaban dejando apenas dos guardias junto al cadalso.

El campamento, incendiado en algunos sitios, sangrante en otros, perdía su soberbia. La confusión se adueñó de todos. A las fuerzas de Joria les resultaba difícil controlar a los arayés, que atacaban sin orden, y sin un frente reconocible.

Las órdenes del jefe de ballesteros se extraviaban en el camino.

Los dos guardias que Loial había dejado en el lugar estaban distanciados por unos pocos pasos, y eso acrecentaba el riesgo para Beliria. Sin embargo, como las últimas posibilidades suelen tener dientes, la joven Tzarús decidió hacer un intento que, de fallar, le costaría la vida.

Beliria sacó una flecha del carcaj y tensó el arco. Apuntó. Sabía bien que el tiempo entre las dos flechas era improbable. Pero para un gran arquero improbable es el nombre del blanco.

La joven hija del linaje Tzarús tomó aire, recordó que su vida y la de Nulán dependían de su pericia, y soltó la cuerda junto con su propia respiración. La flecha hizo un recorrido perfecto. Se tambaleó el guardia, con el pecho atravesado a la altura del corazón. El mismo tiempo que su compañero demoró en darse cuenta de lo que sucedía, fue el que necesitó la arquera para disparar de nuevo. Esta vez, en pleno

rostro del soldado Dratewka. En dos respiraciones, dos muertos.

Promediaba la mañana cuando Beliria corrió hacia el cadalso y trepó los catorce escalones.

Alrededor seguía la batalla. Alrededor volaba una dragona de otro tiempo.

La lluvia sobre el campamento Dratewka se comportaba según su voluntad. Cesaba en el recorrido de la dragona, recomenzaba detrás. Evitaba las zonas que la dragona había incendiado, se desplomaba intensa sobre los ballesteros.

Beliria ya había trepado los catorce escalones, y trabajaba para liberar la mano izquierda de Nulán. Debía hacerlo con cuidado porque las sogas, endurecidas por las costras de sangre, estaban metidas en la carne del castigado. Era difícil distinguir lo una de la otra, la soga de la carne. Era muy fácil lastimarlo.

Beliria cortaba con cuidado. Los brazos de Nulán estaban ateridos, sin sensaciones; pero al tiempo que cedía la presión de las sogas, la sangre pujaba en golpes dolorosos. Y sus manos se sacudían como peces agonizantes.

En otra parte del campamento, y rodeado por su custodia, Joria escuchaba las novedades y discutía con su hijo acerca de las medidas a tomar. Los ataques aráyés empezaban a disminuir, seguramente a causa de las bajas que también ellos habían sufrido. La dragona se debilitaba. Y más tarde o más temprano, caería abatida por Arbaleta.

Beliria Tzarús cortaba el amarre de la mano derecha, y hablaba consigo misma.

—Ya está, ya casi está... ¿Podrá sostenerse en sus piernas?

—Podré.

La voz de Nulán sonó débil pero clara. Beliria detuvo el cuchillo por un instante.

—Ya casi está —dijo, después de un momento. Y agregó—: ¿Vas a sostenerte?

—Corta.

Nulán sabía que no iba a poder hacerlo. ¿Cómo sostenerse en sus piernas si ni siquiera sabía a dónde estaban? ¿Cómo, después de días con los tobillos amarrados uno con otro? ¿Cómo, con las plantas de los pies agujereadas por la lanza de Filip?

Por eso, apenas perdidas las ataduras de las manos, Nulán cayó desplomado junto a Beliria.

—Desata los tobillos —dijo.

Esta vez, la tarea fue más rápida porque las sogas habían cedido.

—Golpea fuerte mis piernas —pidió Nulán.

Beliria cumplió el pedido con temor.

—Más fuerte —dijo Nulán—. Más fuerte.

Junto a Beliria, Nulán luchó por recobrar, en pocos minutos, la fuerza que los días de tormento le habían quitado. Al fin, y con ayuda de la joven arquera, comenzó a descender los escalones del cadalso. Sus piernas, hormigueantes y temblorosas, lo abandonaban. En cada ocasión, Beliria lo sostuvo.

El vuelo de la dragona blanca había perdido altura, su línea se debilitaba. Con la dragona se alejaba el cielo, con ella se acercaba. La falta de Fresno Sagrado la dejaba sola en esa batalla, la separaba de la intangible cadena de fortaleza que unía a toda su stirpe. Sin aquel alimento esencial, comenzaba a marchitarse el tallo de la Divinidad, la musculatura perdía la guía del espíritu, y se opacaba la gloria del entendimiento.

Los arcos y las ballestas medianas buscaban forzar el vuelo de la dragona hacia donde esperaba Arbaleta.

—Regresa —dijo—. Que nadie te vea junto a mí.

Beliria y Nulán habían alcanzado el amparo de un escondite.

—¿Adónde debo regresar? —preguntó Beliria.

—A la mentira que va a protegernos.

Como una vez había sucedido, la silueta de un dragón cruzó la mirada del hijo del Monte. Beliria iba a obedecer, pero antes corrió hasta el cuerpo sin vida de uno de los guardias.

—Llévate su arco y su carcaj —dijo la joven, de regreso junto a Nulán—. También su cuchillo.

—Doy las gracias. —Luego de aceptar las armas, el hijo del monte construyó una sonrisa—. Será que todavía no confío en la muerte.

Nulán mantenía intacta la luz de sus ojos.

En el campamento, un profuso mediodía dificultaba distinguir cuáles eran charcos de agua y cuáles, de sangre.

El espíritu de la dragona blanca se sostenía de la cola de su propia leyenda. Manchas de súbita oscuridad cubrían el espacio ante sus ojos. Se rompían los lazos con el cielo.

La debilidad, más el acoso sostenido de ballestas y arcos, la condujeron por el peor rumbo. Sin alejarse lo suficiente del campamento, la dragona giró hacia los altos rocosos y, en ese movimiento, se acercó al carnero.

Ninguna otra ballesta la hubiese alcanzado, pero Arbaleta no era un simple aparejo de madera y cuerdas; ni siquiera un enorme aparejo de madera y cuerdas. Arbaleta sabía odiar.

Una flecha poderosa, disparada por debajo de las barbas del carnero, alcanzó a la

dragona en un costado del vientre. Por unos instantes, el rugido detuvo cualquier acción, cualquier pensamiento. Sin embargo, el silencio fue breve. Aquella dragona que había cruzado el oleaje del tiempo desde Terentigani a Mérec recibía un golpe fatal. Los Dratewka se enardecieron.

—¡Cazamos a la bestia!

—¡La herimos de muerte!

Joria y Filip rugieron del mismo modo. Beliria, de nuevo presente en la cacería, se vio obligada a vitorear la herida. Los soldados la vieron alzar el arco, y rieron con ella.

Enfervorizados, los ballesteros que manejaban a Arbaleta dispararon otra flecha que, esta vez, se perdió en el aire. La dragona se retiraba con un vuelo incierto.

También Nulán sintió un dolor agudo en su costado; tan intenso que lo hizo caer de rodillas. El hijo del monte procuró levantarse pero el desgarrador intento resultó inútil. Sus pies inflamados eran frutos redondos y esponjosos que no lograron sostenerlo. Nulán se dejó caer por completo. Con un resto de fuerza giró sobre sí mismo para quedar de cara al cielo. Así, semejante a cualquier moribundo, Nulán luchó por mantener abiertos los ojos, última ventana a la vida.

La dragona, mientras tanto, logró descender sobre una ladera de los altos rocosos. Una vez allí giró su cabeza, tomó entre las fauces el extremo de la flecha que tenía clavada en un costado del vientre y, con un movimiento feroz, la arrancó de su cuerpo. Y si nunca la sangre es vana, menos lo sería la sangre del amor.

La dragona blanca se arrancó la flecha, y el cielo se inflamó sobre la batalla.

Primero se inflamó, después comenzó a latir.

Latía el cielo con el ritmo y la pesadez de un corazón; latía combado, latía carnoso. Y era un sonido tan hondo que, al principio, todos lo confundieron con sus propios pulsos. ¿Qué otra cosa, sino, podía ser?

Pero en lo alto se expandían las venas del cielo, se dibujaba la sangre de los dioses. Era un mapa latente. Y a cada golpe más venas, más rojas, más expandidas.

La dragona blanca estaba herida. Y sobre el pueblo humano, el cielo se quitaba la piel.

La primera gota de sangre cayó sobre el rostro de Nulán y resbaló hacia sus labios agrietados. Cerca de la extenuación, el hijo del monte dio las gracias. Sobre su rostro, sobre su cuerpo malherido caía, en gotas rojas, la leyenda primordial; aquella que había fundado la historia del mundo.

En el campamento, los soldados alzaron la cabeza. Llovía sangre. Los árboles se comportaron como briznas. Las raíces, como hormigueros. Por algunos instantes, lo que debía ser sólido se hizo líquido, y el aire tomó el aspecto de un cuero de yacaré.

Nada más parecido al espanto había sucedido en la vida de aquella gente.

Nulán logró erguirse. Extendió las palmas para recibir la lluvia bienhechora, y

con ella se cubrió los pies, los brazos, las heridas...

Beliria se aferró a su cuchillo.

Filip balbuceó un sinúmero de órdenes absurdas, que nadie pudo cumplir.

Joria, el pastor, se cubrió la cabeza con los brazos mientras su mascota dejaba salir babas espumosas por la boca.

La dragona rugió desde un lugar indefinible. Y, de modo que nadie pudiera olvidarlo, arrancó con sus fauces un manojo de venas del cielo y las sacudió con furia, desparramando infinitas chispas rojas sobre el mundo.

Para entonces, un hombre de sangre estaba de pie y avanzaba agazapado por las sinuosidades del terreno. Solo el ojo de dragón relucía en el centro de su pecho.

Lentamente, el cielo empezó a limpiarse. Los colores y las consistencias volvieron a su sitio. Pero la luz de la primera tarde ya no pudo quitarse el color cobrizo.

—Vuelvan a sus puestos. ¡En esta magia, se agotó su vida! —dijo Filip.

Solamente los Japiripé, enroscados como enjambre, supieron que el huevo del tiempo se había trizado. Los Japiripé y Nulán, que emergía del bautismo definitivo.

Nulán avanzó con el arco dispuesto del mismo modo en que, a veces, avanzaba por el monte: en calma y detrás de sí mismo. Se dirigía hacia el flanco oeste del campamento, allí donde Arbaleta disfrutaba su triunfo. Y aunque el trecho que debía recorrer hubiese sido breve en otras circunstancias, era interminable esta vez. Su cuerpo atormentado más la constante amenaza de ser descubierto por los soldados de Joria, que se movían por todo el campamento entre el ataque arayé y el vuelo de la dragona, se sumaban en un riesgo incalculable.

Si alguien le hubiese preguntado qué haría al llegar, no habría sido capaz de formular una respuesta sino, apenas, el borde, el filo, la arista de una réplica. No un enunciado cumplido sino la propagación de un sentimiento. No palabras sino música.

Joria y sus hombres buscaban en el cielo el regreso de Hobsillwyn. Junto a su padre, Filip miraba con atención hacia los cuatro puntos cardinales.

—Ya regresará —decía—. Va a regresar en busca de su hijo...

Fue el capitán Loial quien llegó en ese momento, y lo que dijo fue una respuesta a lo que el jefe de ballesteros repetía.

—Señor, la guardia del cadalso fue asesinada... Los hombres que había dejado allí... El arayé escapó.

Antes de que Filip pudiera reaccionar, Loial habló de nuevo.

—Está demasiado herido como para escapar. ¡Lo vamos a traer de regreso!

El rostro de Filip se crispó en una mueca temblorosa.

—¿Quién fue? —Y de golpe alzó la voz en un grito furioso—. ¿Cuántos traidores hay aquí?

Joria detuvo en seco la reacción de su hijo.

—¡No es tiempo para hacer preguntas inservibles! Si hay traidores, es porque no fuiste capaz de reconocerlos. ¡Ve ahora a capturar al arayé! ¿O prefieres que Beliria

se ponga al frente?

Los soldados presentes agacharon la cabeza como un modo de decir que no habían escuchado lo que, minutos después, repetirían entre sus pares.

Filip y Loial se separaron, cada uno al frente de una batida.

El estado de Nulán, luego de tantos días de brutal cautiverio, era la única garantía de una nueva captura. Ambos sabían que en diferentes condiciones habría sido imposible atrapar al hijo del monte.

—Pero no puede estar lejos —repetía Filip—. No puede estar lejos.

Y así era, en verdad. Porque Nulán avanzaba hacia el flanco oeste del campamento, paso a paso, oscurecido por la sangre que cubría su cuerpo.

Para entonces, el campamento Dratewka era un vasto lodazal rodeado de hojarasca acumulada, un cuartel deshecho en el cual persistían, diseminados, algunos restos de fuego. En el cielo, un atardecer nuboso replicaba lo uno y lo otro: el desorden y el color.

Nulán se detuvo junto a una de aquellas breves fogatas, la miró hasta escucharla, y supo lo que debía hacer. Para encontrar lo que su objetivo requería se apartó del camino que llevaba, se adentró en la vegetación pisoteada por hombres y caballos, avanzó por la maleza segada, que se acumulaba en montones confusos, podridos en parte, en parte chamuscados. Allí, los olores se mezclaban sin ceremonia.

Nulán metió los brazos por entre las parvas muertas. Sus manos se abrieron camino, tantearon restos de hormigueros, se hundieron en una ardilla pútrida. Avanzaron por debajo de la confusión hasta que hallaron lo que buscaban: hojas gruesas, una mata de ajenué. Rápido, Nulán apartó los residuos y halló la mata aceitosa que tantas veces utilizaba en el monte para avivar las fogatas. Tomó un puñado de hojas y lo llevó a su boca. Debía masticarlas ligeramente para transformarlas en una pasta ligera. Apenas lo hizo, el jugo aceitoso le saturó el paladar.

Con su pelo sobre el rostro, agazapado y rumiando con urgencia, Nulán no era un ser humano. No tenía para qué serlo.

Poco después, el hijo del monte sacó de su boca una resina grisácea con la que untó, cuidadosamente, la punta de cuatro flechas.

Luego, tomó una rama ardiente y con ella en la mano volvió a avanzar hacia el oeste, seguro de lo que debía hacer. Nulán intentaría ser una extensión de la dragona blanca, y terminar lo que había quedado sin hacer. A la distancia, divisó la gran ballesta. Los hombres que la manejaban y sus ayudantes se movían junto a ella, ajustando todo para un nuevo disparo. Arbaleta lo miró llegar.

Incapaz de proferir una advertencia, Arbaleta vio a Nulán encender la punta de la primera flecha, vio las chispas de la resina revoloteando como insectos. Vio al arquero tensar el arma, y vio el fuego acercarse a su corazón en un recorrido perfecto.

Una flecha encendida no sería bastante para prender los maderos gruesos y mojados del esqueleto del carnero. Mucho menos cuando los hombres, a su alrededor, se aprontaron a repeler el fuego, que supusieron causados por los guerreros arayés. Pero Nulán logró ensartar una flecha, y otra, y tres, y las cuatro que había preparado para el ataque.

Cuatro flechas se habían clavado en las coyunturas del carnero... Aunque, tal vez, ni cuatro flechas alcanzarían. Mucho menos, cuando los ballesteros pedían ayuda.

Cada uno en su sitio, Loial y Filip oyeron voces exasperadas, reclamando refuerzos en el enclave donde estaba Arbaleta.

Más cerca del lugar, el joven capitán envió un grupo de sus hombres.

—Vayan pronto... —dijo—. Ya saben qué hacer.

Por eso, porque eran soldados de Loial, el balletero y sus ayudantes se alegraron al verlos llegar.

—¿Qué ocurrió? —preguntó uno de los recién llegados.

—Alguien que no logramos ver...

—¿Arayés?

—Con seguridad.

Mientras el balletero daba algunas precisiones, los soldados de Loial se desplazaron con sutileza, y tomaron la posición que les permitiría cumplir con su cometido de manera precisa y silenciosa.

—Perdona —dijo el mismo que antes había hablado.

Perdona. Y aquellos que habían pedido ayuda, perdieron la vida por el cuello. Los hombres de Loial limpiaron sus cuchillos en la ropa, y se marcharon.

Nulán observó desde su sombra, y en su sombra permaneció oculto.

Otros llegaban. El hijo del monte supo que se trataba de varios hombres. No obstante, se movió con lentitud hacia un mejor escondite.

Era Filip que, de inmediato, ordenó extinguir las llamas que consumían la estructura del carnero. Mientras tanto, él avanzó hasta los cadáveres, se agachó sobre cada uno. Y así distinguió las que eran, sin lugar a dudas, cuchilladas Dratewka.

Su padre no estaba presente para increparlo, de modo que Filip repitió la pregunta, aunque en voz baja.

—¿Cuántos traidores hay aquí? —Y agregó—: ¿Adónde se ocultan?

Como para impedir que el jefe de ballesteros encontrara respuestas, una figura indistinguible surgió de entre la maleza. El anochecer confundía las sombras con los miedos, y por eso los ojos tardaron en comprender que se trataba de un hombre. Un hombre con el torso desnudo y un ojo de luz en el centro del pecho. Un hombre cubierto de sangre oscura...

—¡Es él! —gritó Filip.

Seguro de que lo habían reconocido, el hijo del monte corrió hacia donde deseaba.

De inmediato, Filip ordenó la captura y, casi al mismo tiempo, mandó que advirtiesen a Loial para que se sumara a la persecución.

Cuando el joven capitán supo que habían hallado al hijo del monte, y que Filip iba tras él, no demoró en sumarse a la encerrona que procuraba dejar a Nulán sin caminos.

La claridad de la noche parecía aliada de los Dratewka.

Nulán, que avanzaba hacia los altos rocosos, se detenía de tanto en tanto para trinar, aullar, modular el lenguaje musical de los dragones. No se dirigía al terreno montaraz donde sería invisible. Parecía buscar otra cosa: que sus perseguidores no le perdieran el rastro, que fueran tras su voz.

Y porque el orgullo era tan contundente como la luna en el cielo, porque el deseo de ser él quien hundiera el pecho del hijo del monte era más fuerte que la razón misma, Filip no cesaba de pedir a sus hombres que se lo entregaran con vida.

Nulán se detuvo una vez más y olfateó profundo... Se quedaba sin tiempo. De un lado y de otro, los hombres de Joria Dratewka se acercaban, ganaban terreno, mordían la distancia nocturna.

Pero, quizá, Nulán ya estuviese donde quería: trepando una cima sobresaliente de los altos rocosos. Ascender en dirección a la luna inmensa de la noche, hacia la altura iluminada, era una decisión que lo dejaría sin escapatoria. Una vez allí, Nulán estaría encerrado entre el odio de Filip y un acantilado profundo, entre la partida de soldados y el vacío.

En poco tiempo, sucedió lo previsible.

Filip y sus hombres no tardaron en distinguir el camino de Nulán.

—¡Suban por él!

Suban, ordenó Filip a soldados que jamás treparían con la precisión y la velocidad de fugitivo. Suban, aunque muchos se despeñarían en el intento.

En otro lugar de la noche, junto a Anuja, Antón repetía el texto profético, que Nulán escuchó: el que duerma en el nido del dragón. En las ruinas de un convento en Terentigani, las osamentas de diecisiete monjes recitaron la letanía: el que se ponga al frente de ejércitos tan diversos como los pájaros. Y Nulán escuchó. En una bóveda celeste, los Fresnos musitaron: el que distinga el contorno del viento. Antón, los huesos y los árboles continuaron recitando la profecía: el que entienda las Sagradas Lenguas. Y Nulán escuchó.

Para cuando Loial llegó junto a Filip, Nulán andaba agazapado, metido en el relieve,

gris... Y eso inutilizaba las flechas que le disparaban desde abajo. Muy pocos de los hombres que Filip había enviado lograban avanzar en el ascenso. Al contrario, eran más los que caían ladera abajo, dejando pedazos de carne en el filo de las piedras.

—Tengo hombres más diestros —dijo Loial.

—¡Ordénales que suban! —respondió Filip con sequedad.

Enseguida fue evidente que los soldados de Loial serían capaces de subir con mayor destreza. Filip apretaba los puños.

—Más —decía—. Más rápido —ordenaba—. ¡Más!

Muy cerca, el capitán observaba en calma.

—Ya llegan... ¿No es así, Loial? —preguntó Filip.

—Ya llegan, señor.

Entre tanto, Nulán había alcanzado la cúspide de su escape. Y allí esperaba, entre el abismo y los que llegaban.

Quizá dispararía sus flechas. ¿Cuántas? Las que fueran, servirían de poco. Caerían algunos soldados. Solo algunos. Pero muchos otros llegarían. El abismo, tras él, era un cuenco de la muerte. Nulán esperaba. Y podía escuchar, como un estruendo, los sonidos de sus perseguidores. Las respiraciones agitadas, las suelas de las botas arrastrando piedras, las narices secas, y hasta el crujido de sus rodillas en el esfuerzo.

Esperaba, Nulán, entre dos muertes posibles.

Y así hubiese sido, una u otra.

Pero, antes, apenas antes, una sombra blanca surgió a espaldas de Nulán, desde el abismo. Con las alas extendidas, la dragona ocultaba la luna, que fue un halo de luz en su contorno. ¡He ahí a los grandes dioses! Extendida de oeste a este, la dragona detuvo los movimientos, deshizo las intenciones, encandiló la furia. ¡He ahí a los dioses, suprema poesía! ¡He ahí la inmensidad del pueblo humano!

Algunos de los soldados que ascendían la ladera se hincaron ante la certeza del final. Pero la dragona blanca no estaba allí por ellos. Y si muchos murieron fue porque cayeron abatidos, arrastrados en el escape desesperado de sus pares. No por ellos la dragona enarcó las alas y se lanzó en picada hacia abajo.

Filip supo que era por él. Y cubierto por sus hombres procuró salvarse.

En la cima de la pared rocosa, Nulán comprendía que el amor de los dioses es mayor que cualquier nombre. Y la ira, también.

Bien custodiado, con la Liebre Moteada entre los pies y Beliria cerca, Joria perdía la templanza.

—¿Qué ocurre a mi alrededor? —murmuraba—. ¿Y Filip? ¿Y Loial? ¿Por qué no regresan si solo perseguían a un moribundo?

Nadie, sin embargo, tenía respuestas apropiadas para darle. El silencio que se había aposentado sobre el nocturno paisaje de la realidad lo aterraba. Y buscó quebrarlo con una orden desaforada.

—¡Vayan a buscar a Filip! ¡Y al infeliz fugitivo! ¡Traigan a Artejal! ¡Regresen con ellos o regresen para morir!

El movimiento de los hombres fue incierto. Muchos de ellos, miraron a Beliria, esperando de ella la sensatez que el jerarca había perdido.

Pero Beliria Tzarús tenía otra cosa para señalar y decir.

—¡Vean! ¡Loial regresa!

El capitán llegaba con noticias para el jerarca.

—Señor...

La vacilación golpeó el corazón del jerarca de Mérec.

—Perseguíamos al fugitivo...

—¿Qué sucedió?

—Nos atacó la dragona.

—¿Y mi hijo?

Frente al silencio del capitán, Joria perdió el último decoro. Sin Filip, con Arbaleta malherida, los hombres desanimados y la traición entre ellos... Loial elegía las mejores palabras para sugerir un escape, pero no le hizo falta pronunciarlas.

—Loial, reúne un grupo de hombres armados. Nos vamos.

El jerarca se volvió hacia Beliria.

—Tú también.

—No, padre.

De nuevo, la joven de blusón sucio, cuyos huesos grandes comenzaban a vencer a la carne de la primera juventud, fue el centro de atención.

—Alguno de nosotros debe quedarse aquí, y al frente. Que Loial te acompañe. Yo me valdré de los capitanes para organizar un regreso ordenado. Además, está Filip...

Sin saber si la noche sería un amparo o una trampa, y acompañado por un grupo de hombres elegidos por Loial, Joria abandonó el lugar, de regreso a Oras Viitor. Hacerlo, significaba atravesar el monte. Por esa razón, el capitán Loial, que no dudaba de la presencia cercana de los arayés, dispuso un fuerte cerco alrededor del jerarca.

Así avanzaron, con la luna encima.

Atrás quedaban los restos del campamento, los hombres perdidos, Arbaleta abandonada. Adelante esperaba un pueblo que se agobiaría con las malas nuevas.

No obstante, unas pocas horas de caminata fueron suficientes para que el jerarca ideara explicaciones que lo salvarían ante la ciudad; nuevos espejismos, promesas para apaciguar los ánimos y sazonar el fracaso.

Loial había acertado en sus temores.

El grupo que dirigía no avanzaba solo. Aquella noche, los arayés estuvieron cerca. Miradas oscuras los siguieron, con intención de atacar cuando el terreno resultara propicio. El Tohol y Buen Trampero esperarían que el camino se angostara y

les permitiera sorprenderlos por la retaguardia. Camino angosto y oscuridad podrían compensar la diferencia de hombres y de armas.

Joria Dratewka advirtió la inquietud de los hombres, y pidió explicaciones a Loial.

—Es posible que los arayés estén cerca —respondió el capitán—. Pero estamos alertas para que sus flechas no nos sorprendan.

La noticia se amontonó en el estómago del jerarca, que se vio obligado a detener la marcha a causa de unos dolorosos retorcimientos en sus intestinos. Ni siquiera la Liebre, que apretó con fuerza contra su vientre, logró disminuir el sufrimiento.

—Tendrán que esperarme —dijo.

Pero en aquellas condiciones, el jerarca no podía apartarse solo. Dos soldados lo acompañaron y fueron testigos de una defecación intempestiva y fétida que la Liebre Moteada olfateaba con avidez.

Aparte y en murmullos, Loial hablaba con su gente.

—Hermanos —decía—, no queremos caer muertos por los arayés. Pero menos aún queremos que ellos hagan lo que nosotros debemos hacer.

—Que sea ahora —respondió un hombre que, bien mirado, tenía un notorio parecido con Loial.

Que sea ahora, aceptaron los demás que, bien mirados, se asemejaban en sus rasgos al capitán.

¿Es posible dejar a alguien por algunos minutos y, al regreso, encontrar que ha cambiado la índole?

¿Puede un soldado leal dejar de serlo en el tiempo de una mirada?

Y un rostro amigable, ¿se deshace y cambia en lo que dura un giro?

Todo eso fue posible en el monte, y Joria estuvo obligado a entenderlo a la luz de la luna llena.

—¿Qué ocurre? —preguntó el jerarca a su regreso.

Loial y cuatro hombres se acercaban a él.

—¿Los arayés están cerca?

Nadie respondía.

—¡Pregunté qué está pasando!

El pastor alzó la voz sin convicción. Miró a los demás, que miraban en silencio. Aquellos soldados del capitán que, pasara lo que pasara, no iban a intervenir.

—Sí, son los arayés...

Pero Loial interrumpió al jerarca.

—¿Cuántos hijos tienes?

Con la pregunta, cinco cuchillos brillaron y se movieron semejando peces plateados en el aire del monte.

—No entiendo lo que preguntas.

—Pregunto... —Loial se acercó más a Joria Dratewka—. Preguntamos cuántos hijos tienes.

El jerarca intentó desentenderse de aquel absurdo asunto.

—Dos. Toda la ciudad lo sabe; incluso Oropelia. Dos hijos: Beliria y Filip.

—Entonces, padre —continuó el capitán—, supones que en el forzamiento no se concibe.

—Entonces —dijo otro—, ni siquiera recuerdas a aquella niña que desfloraste sobre tu caballo.

—Entonces —dijo el tercer hijo—, creíste que aquellos cuerpos indefensos no poseían vientre.

—Entonces, padre —dijo el menor de los cuatro—, diste por muerta a una que no lo estaba.

El aire tomaba color blanquecino. ¿Era la luna?

Joria Dratewka tenía la muerte encima de la muerte. Sin embargo, Loial quiso decir más.

—Hay también un joven enfermizo y una muchacha de gran belleza. ¿Qué dices? Soy el mayor, y capitán de mis hermanos. Sus madres y la mía conocieron el tormento. —Los ojos de Loial brincaban en sus órbitas—. Aunque, ¿seremos, en verdad, tus hijos?

Nadie notaba la turbulencia que empezaba a generarse en un punto supremo de la oscuridad.

—Cómo saberlo —continuaba Loial— si después de ti, tus hombres pasaron por ellas. Pero hemos decidido ser tu descendencia, porque no hay peor muerte que la infringida por tu propia sangre.

Un punto blanco apareció sin que ninguno de los presentes lo advirtiera. Daba la impresión de ser la cerradura a través de la cual podría espiarse otro pliegue de la realidad.

Loial proseguía:

—Ellos, igual que yo mismo, resultamos de tus sanguinarios genitales, de ultrajes concurridos que tú mismo iniciaste. Pero busqué y hallé a mis hermanos. Somos una familia, una rama cargada de frutos. Y nuestro jugo es tu propio veneno. Querría recordarte, una a una, aquellas vejaciones... Mujeres que conocían y cantaban, mujeres serenas, calandrias de agua.

Hablaba Loial cuando, en la oscuridad, se abrió una puerta. Y un alarido paralizó cualquier movimiento.

La gura estaba allí, en un umbral del monte. Y no había atenuantes para la monstruosidad de su gesto.

Mare Limba abrió su boca y exhaló un viento lechoso, iracundo; tan violento que obligó al espacio a retirarse, haciendo que Loial y sus hermanos perdieran estabilidad.

—Ven conmigo, Joria.

Era la voz de Mare Limba entre la niebla. Al oírla, la luna sacó a lucir sus pómulos huesudos. Luna de la gura. Luna sanguinaria.

Los hombres se levantaban.

—¡Ven, Joria!

Era el bramido de Mare Limba, llamando a su progenie.

Joria Dratewka comenzó a correr hacia el sitio donde la gura aguardaba para llevarlo con ella al nido de la eternidad.

También Loial estaba de pie y avanzaba hacia él; pero antes de alcanzarlo, tropezó con un pliegue de la niebla. El capitán volvió a levantarse, lo intentó de nuevo... Ya era tarde. Joria atravesaba la puerta nocturna que Mare Limba custodiaba.

—El jerarca está conmigo. Aquí, donde el tiempo copula con el tiempo. Y saldrá, alguna vez, invencible.

Tras las últimas palabras de la gura, se cerró la oscuridad.

Ocultos en la maleza, donde se preparaban para un ataque, los arayés lo vieron todo. Y supieron que esos hombres no eran sus enemigos.

Loial reunió a sus hombres, doce en total.

—Ahora tendremos que regresar al campamento.

—¿Y qué diremos?

—Verdades y mentiras —dijo Loial.

Mijloa, el hermano que lo seguía en edad y el que más se le parecía, preguntó para entender mejor.

—Ahora debemos volver y estar junto a Beliria. Alguna vez saldrá, dijo la gura. Y eso es mucho tiempo. —Loial apoyó sus manos en los hombros de su hermano—. Hablaremos de camino al campamento.

Luego se marcharon sin recordar a la Liebre Moteada.

Ellos la olvidaron, pero no la olvidó Mare Limba que, más tarde, chistó desde su bruma para convocarla.

—Estos somos —dijo la gura—: Cuatro contra una profecía.

Joria, el pájaro negro y la Liebre Moteada se pegaron a ella como criaturas alrededor de la falda aromada de una madre.

Mientras aquellos hechos tenían lugar en el monte, alguien regresaba al campamento, aunque no por sus propios medios puesto que estaba malherido.

Era Filip, que había logrado escapar de la muerte. Era el jefe de ballesteros que, a pesar de su estado, intentaba comprender lo que había ocurrido y balbuceaba preguntas con marcada inquietud.

—¿Y Joria? ¿A dónde está Joria?

Nadie, a su paso, se atrevía a darle respuestas precisas. Colgado, apoyado en los hombros de dos soldados, Filip llegó a la tienda que el jerarca había ocupado y allí encontró a Beliria.

—Atiéndanlo pronto —dijo la joven.

Filip se obligó a alzar la mirada para entender la verdadera magnitud del desastre.

Pero su situación no le permitía más que aceptar la benevolencia de su hermana menor, que insistió en presenciar la primera atención de las heridas. Y suspiró cuando, desbordado por el dolor, Filip dejó caer lágrimas de tierra.

—Vamos —dijo Beliria—. No queremos verte berrear como una niña maniatada bajo la lluvia. —Y miró al soldado a cargo de la curación—. ¿No es así?

—Así es —respondió el médico improvisado.

En la tienda pasó Filip aquella noche amarga. En la tienda, escuchó la llegada el amanecer y, con a él, los trajines de un campamento que se desmontaba al mando de Beliria. Él y su padre habían erigido un sueño. Ahora Beliria Tzarús lo amontonaba. Por todo eso, la noticia del retorno de Loial lo colmó de sentimientos encontrados.

—¡Sáquenme de esta cueva! —exigió a sus guardias—. ¡Llévenme con el capitán!

Los hombres obedecieron. Sin embargo, no hicieron más que levantarlo y cargarlo hasta afuera de la tienda, porque ya Loial se acercaba.

—¿Y mi padre? —fue la primera pregunta de Filip—. ¿Por qué no están con él?

Detrás de Loial los soldados y sus superiores se agrupaban, ansiosos por conocer las novedades. Entre ellos, silenciosa, Beliria Tzarús.

—Dime —exigió Filip, ignorando la presencia de su hermana.

—Algo extraordinario sucedió... —La voz de Loial parecía conmovida frente a lo que debía contar—. Peleábamos contra los arayés cuando la gura apareció. Mare Limba... Ella salió de la oscuridad y llamó a nuestro jerarca.

—¿Mare Limba? ¿Dices que vieron a Mare Limba? —preguntó el jefe de ballesteros.

—La vimos y la escuchamos. Ella estaba ahí para salvar a Joria Dratewka. —Y Loial repitió—: Ven conmigo al sitio donde el tiempo copula con el tiempo. Entra ahora y saldrás, alguna vez, invencible.

Los que estaban presentes, hombres oscuros y toscos, sintieron un escalofrío. Y creyeron ver una silueta pasar entre ellos. Beliria, por su parte, se sostuvo el corazón.

—El jerarca se quedó con la gura, prometiendo regresar —continuó Loial—. Pero algo importante dijo antes de marcharse.

Los cuerpos se inclinaron hacia adelante.

—¿Qué fue lo que mi padre dijo? —preguntó Filip.

—Estas fueron sus palabras —respondió Loial—. Las que mis hombres y yo escuchamos...

El capitán demoraba.

—Adelante —lo instó Filip con la voz pegoteada en sangre reseca.

Recién entonces, Loial completó el mensaje: Sigo la ley de los pastores. Designo a mi legítima hija, Beliria, para que tome el cargo hasta mi regreso.

—¡No es posible! —El grito destemplado de Filip se quedó solo.

El campamento entero se volvió hacia Beliria. La habían visto pelear y decidir;

admiraron su destreza y su inteligencia. Y en ocasiones, presenciaron el orgullo del jerarca, que la puso sobre el propio Filip. Pero, ante todo, estaba la palabra del mejor capitán del ejército.

—Loial, el hombre en quien mi padre confió para que lo sacara de aquí, nos trajo su palabra. ¡Y nosotros la respetaremos! —dijo Beliria.

Muchos quisieron vitorear a la nueva jerarca de Mérec. Si callaron, fue porque la presencia de Filip los intimidaba.

Al día siguiente, un ejército fracasado y su joven jerarca iniciaban el regreso a Oras Viitor.

Epílogo

Dioses grandes,
Dioses pequeños

Porque un pueblo puede no tener dioses, pero los dioses no pueden existir sin su pueblo, los diminutos Japiripé volvieron a hacerse visibles. De a poco, como la primavera, restaurarían una cautelosa relación con el pueblo humano. Sin duda, la aparición de la dragona blanca fue causa de ese cambio. Solo por ella, los diminutos Japiripé aceptarían suplir las incapacidades, los desaciertos, la desmesurada torpeza de los culones.

Los cazadores de Joria regresaron con las manos vacías, sin cabeza de dragón para la ciudad, sin vítores. Pero sobre todo, sin jerarca. O mejor, con una jerarca que todos recordaban como una niña.

Todos, en Oras Viitor, se preguntaban cómo sería posible que aquella jovencita impetuosa los gobernara. Y muchos respondían que, con seguridad, Filip mandaría desde la sombra. Al fin, el pueblo de la ciudad y de los alrededores esperaba con ansiedad el día, anunciado, en que Beliria se presentara para asumir, ante ellos, el mandato que su padre le había delegado.

En una habitación caldeada, las siamesas aplaudían.

—La jerarca se baña blanca, queda limpia —decía una de ellas, asomando los ojos a la tina alta donde Beliria Tzarús se daba un baño perfumado.

—¿Frotamos bien tu espalda, jerarca? —preguntaban las siamesas.

—Lo hacen.

—¿Mejor yo que ella? —Aunque solo había dos manos.

—Mejor tú que ella.

Beliria Tzarús tenía una ímproba tarea por cumplir, pero sabía en quienes confiar.

—Loial —murmuró.

—¡Loial, lindo capitán! —rio una de las siamesas.

—Lindo, lindo —la otra.

Luego del baño, Beliria vistió ropa sencilla; la que llevaría en adelante.

—Busquen tijeras —pidió a las hermanas.

Cuando el pedido fue cumplido, otro llegó.

—Ahora corten mi cabello.

Eso asustó a las siamesas, que dieron gritos y se sacudieron.

—¡No lo haremos! —dijo una.

—No yo, no mi hermanita. Hay doncellas que lo cortarán con primor —dijo la otra.

—No quiero primor —respondió Beliria—. Quiero que todos, aun los que amo, entiendan que volví a nacer. El modo en que ustedes corten mi cabello será una marca de nacimiento. Esas que no elegimos ni podemos cambiar. ¡Pueden hacer lo que deseen con mi cabello! Sea lo que sea, no voy a enojarme.

Apenas llegada, Beliria había corrido a la habitación de Oropelia para llorar largamente en brazos de su madre. Cuando el llanto se aquietó, la hija de Oropelia

alzó el rostro.

«Ha muerto la niña que amaste. Ha nacido la mujer que cuidará de ti y de la ciudad», dijo, y besó la frente de Oropelia.

—Ahora no debo morir —dijo Oropelia. Y cerró los ojos para descansar como no descansaba desde hacía largos años.

Desde el retorno de los arayés a la aldea, Mimbí no abandonó nunca a Artejal, y siempre estuvo tocándolo aunque fuese con la punta de los dedos. Lo hacía de día y de noche, mientras el jefe hablaba con la Máxima Ancianidad, mientras comía. Lo hizo cuando, frente a la aldea entera y a las cuatro Casas Gusano, Artejal habló de un largo e incierto viaje hacia el norte. Allí donde los más antiguos permanecían en tierras pantanosas, muy cerca de las verdades.

Para la aldea ubicada en lo más austral de Mérec, el norte quedaba en la eternidad. Alzar la vida y partir era difícil de entender. Los ancianos se irguieron en su vejez y dijeron que no veían ni escuchaban bien.

Las únicas que mostraron inmediato entusiasmo fueron las mujeres de la Casa Gusano del Río.

—Haremos la ceremonia del cambio de alma —dijo Kerrpr—, para acercarnos a los hermanos del norte barroso.

Sin embargo, aquel frenesí distaba de ser suficiente. Mucho tendrían que discutir y danzar los arayés para tomar su decisión final.

—¿Por qué no vemos a Jaminita? —preguntó Mimbí.

—Porque se oculta —respondió Kerrpr.

Desde el regreso de los guerreros, la niña apenas se hacía ver.

Esa mañana, no obstante, caminaba hacia el arroyo con deseos de jugar en el agua y retorcer su cuerpo como pez. No pudo imaginar que en ese sitio, sentado a la orilla, encontraría al Tohol. Jaminita se detuvo en seco y quiso regresar sin ser vista. Pero no pudo ser. El Tohol giraba hacia ella.

Quizá porque la imprevista aparición logró sacarlo de sus pasadizos, el arayé sonrió. Quizá porque comprendió que la niña pretendía bañarse en el arroyo, se levantó para marcharse. Por eso, no comprendió la expresión aterrada de Jaminita que, cuando lo vio ir hacia ella, dio la vuelta y corrió de regreso a la aldea, a la Casa Gusano, a los brazos de Kerrpr que intentaba consolarla aun sin saber lo que había sucedido.

—Lo que sea, ya pasó —le decía.

—No, no —respondió la niña, apretando el abrazo—. ¡Será!

—¿Qué será?

—Mi boda.

—¿Boda?

—Con el Tohol.

Jaminita sacudió la cabeza con dolor.

—No saldré nunca más de aquí —continuó diciendo—. No iré al arroyo, ni veré el sol. Digan que me robó un puma. Díganle a la Máxima Ancianidad que estoy muerta...

Y Jaminita regresó a sus sollozos convulsos. Llanto y terror que apenas comenzaban.

Pero no todos estaban de regreso.

Anuja permaneció entre el monte y el valle, cerca de la dragona que, en el vuelo sobre los altos rocosos había agotado sus fuerzas.

—Así es sanar —decía Anuja mientras cubría con grandes hojas frescas la herida, y recordaba los días en la cueva—. Es dar las gracias.

El daño que Arbaleta había ocasionado era inmenso, tanto que la sanadora supo que sus conocimientos no alcanzarían para remediarlo. Un profundo orificio allí donde la flecha se había clavado, un camino desgarrado cuando la dragona la arrancó de su cuerpo; las heridas latían y esos golpes eran malos presagios.

Luego de hacer todo lo que estaba a su alcance, Anuja se sentó junto a la diosa moribunda y, sin darse cuenta, se durmió reclinada sobre su majestuoso cuerpo blanco, ahora extenuado. Despertó porque le tiraban del cabello, no con fuerza pero sí con malicia.

Algunos Japiripé se sentaron en su escote.

—No podrás sola, carne agria.

—Pero podrás con nosotros.

—¡Vamos! —dijo uno de los pequeños dioses emplumados—. Hay mucho por hacer.

Anuja se alzó feliz. Feliz de ver con sus ojos aquellos pequeños primordiales. Feliz porque, con ellos a su lado, la sanación sería posible.

—Lo primero que harás es nombrarla como debes...

—¿O no sabes, mujer de carne, que si cambias de tierra debes cambiar de nombre? —dijo uno que tenía la piel como cáscara de nuez.

—Hay dioses pequeños del otro lado del mar. ¿Y se llaman como nosotros nos llamamos?

Cada Japiripé negó con un aullido.

—¡No se llaman así! —Y el que lo dijo, se metió por su propio ombligo.

—Porque hay sonidos para cada modo de pensar —continuó otro.

La sanadora los comprendía bien.

—Kisi Biara —pronunció.

En señal de algarabía, los Japiripé inflaron las mejillas y las aplastaron con ruido.

Luego olvidaron a Anuja y se abalanzaron sobre la herida de la dragona para libar el mal como abejas sagradas.

En esos días, valiéndose de la excusa de su recuperación, Filip no se había dejado ver. Nah estuvo a su lado en cada ocasión que le fue posible. Y escuchó con devoción las palabras que el jefe de ballesteros repitió interminablemente.

—Voy a necesitarte mucho, Nah. Mucho. Por ahora, solo en ti confío.

La mujer que había cambiado su aldea por un hombre quiso mostrarse útil.

—Dime lo que debo hacer... Oropelia y Beliria hablan frente a mí como si estuvieran solas.

—A su tiempo —respondió Filip—. Por ahora debes ayudarme a lucir adecuadamente.

Filip iba a asistir a la reunión convocada por Beliria. Comenzaba una guerra imprevista, distinta de cualquiera que hubiese imaginado. En ella, el jefe de ballesteros pondría sus mejores recursos. ¡Y poseía muchos más de lo que su pequeña hermana suponía! Ninguna otra cosa importaba más que aniquilarla. A ella y a su madre. Al alquimista... ¿Y Loial? ¿Quién era Loial?

Poco después, en su camino hacia la sala de mando el jefe de ballesteros se vio obligado a descansar. Para que nadie notara su fatiga, se acodó en una ventana y fingió observar los movimientos de la explanada. El fingimiento tuvo su verdad cuando la mirada de Filip recayó en Arbaleta desarmada. En verdad, no era mucho lo que de ella había quedado, aunque sí su cabeza. La barba del carnero y su mirada permanecían intacta y en guerra.

—Tú y yo haremos lo mismo —murmuró Filip—. Tendremos paciencia.

Sentados uno junto a otro, sin necesidad de mirarse, Antón y Nulán conversaban.

—Pasado, presente, futuro, uno detrás del otro... ¿Es esa la única manera en que el tiempo transcurre? ¿O somos nosotros, asustados de la inmensidad, los que no logramos verlo de otro modo? —El alquimista respondía una pregunta de Nulán—. Podemos imaginar la Perforación como un racimo de racimos de racimos de túneles. Por ellos, seríamos capaces de caminar con los pasos de Dios. Pero hay tantas preguntas aún... En esos racimos el pasado el presente y el futuro son un solo manto. Allí, lo que existió y lo que existirá, ya existe. ¡Pero solo acompañado de cálculos complejos y pergaminos podría explicarte más acerca de esto!

—Tendrás que hacerlo pronto.

—Lo haremos...

—Muy pronto —insistió Nulán.

Antón comprendió que detrás de esa urgencia había algo por saber.

—Dime lo que debas —pidió.

Nulán entrecerró los ojos para atravesar la dificultad del lenguaje.

—En el cadalso recibí un saber, un entendimiento. Tú dices que soy el Elegido y te equivocas. Yo digo que no lo soy, y me equivoco.

El alquimista se inquietaba.

—No es nacer, ni llevar un signo en el pecho —continuó Nulán—. No es entender una lengua... —Y repitió—: Tú dices que soy el Elegido y te equivocas. Yo digo que no lo soy, y me equivoco.

—¿Entonces?

—Como construyen sus chozas los arayés yo debo construirme; debo hacerme Elegido. Y para eso, necesito cruzar el mar del tiempo, llegar al inicio. Necesito conocer a tu madre, la que trajo consigo la profecía. Y a Mare Limba cuando era una joven gura junto a Skuba Dratewka. Debo recorrer las calles de Oras Gat.

Nulán pronunciaba con sencillez nombres que apenas había escuchado.

—Debo tocar las campanas del monasterio para espantar a las Urracas, dormir en una antigua escuela de alquimistas... Tengo que cubrirme por completo, como una figura negra y solitaria sin nombre para nadie. Y solamente tú puedes ayudarme a llegar allí.

Los ojos de Antón, nublados de llanto, miraban por primera vez al Elegido.

Posiblemente, antes de beber el jugo amoroso que los Japiripé habían dejado en el arbusto, Antón se hubiese negado. Ahora aceptaba en calma que la decisión final no era atribución suya; tanto como entendía que no estaban a su alcance las razones por las que un arayé había sido señalado para encabezar la profecía del año 1000. Es que por dentro del alquimista, y para siempre, nadaban los divinos peces de la locura; golpeaban las venas con sus colas rojizas, translúcidas; jugaban en el silencio voluptuoso de los órganos.

Anocheía en Oras Viitor.

El alquimista miró hacia el lado del mar, pensando en las puertas de la Perforación.

—A los monjes del monasterio les gustaría lo que dices —sonrió el alquimista.

Y sonrió Nulán.

—Eldere, Picioare, Nebún, Clopot, el campanero... —El Elegido pronunciaba los nombres que encontraría del otro lado de la Caña.

Frente a ellos pasó un remolino. Eran los Japiripé que danzaban.

En el abrazo de los tiempos se deshacía el par. Y una profecía se desplegaba por la tierra, imperfecta y sinuosa.

—Es ahora —dijo Nulán—. Porque no falta ninguno.

Antón supo que, antes, se había equivocado. En verdad, avanzar por el monte era, también, avanzar por la comprensión.

Beliria Tzarús, nueva jerarca de Mérec, se presentó en la reunión con la cabellera

desaforada. Las siamesas habían rapado desde la frente hasta la mitad de la cabeza. El cabello restante caía en un triángulo perfecto, cuyo vértice coincidía con el final de su columna. Beliria Tzarús había perdido belleza pero había ganado autoridad. Así la vieron entrar los convocados: Oropelia y Filip, Loial y Antón.

Beliria tomó lugar en la cabecera de la mesa, y habló:

—Todos ustedes, incluyéndote a ti, madre mía, están bajo mi voluntad. Quien me desobedezca, desobedecerá a Joria Dratewka. En tanto mi padre regrese, y deseo que eso ocurra, ejerceré mi potestad sin temor ni vacilaciones. ¡No suponga ninguno de ustedes que mi entrepierna me hará temblar la mano! Más aún, si es necesario la usaré como arma de guerra.

Días después, la dragona blanca alzaba vuelo hacia el norte en busca del Fresno Sagrado que le devolvería las fuerzas. Se alejaba, volvía a marcharse Kisi Biara para que el pueblo humano diera pruebas de su lealtad y manifestara, si es que lo poseía, el honroso señorío de sus orígenes.

El año 1000 latía en un rincón de la profecía.

En los montes del sur, rondando Oras Viitor, cerca de las aldeas, permanecerían los diminutos Japiripé procurando cumplir el mejor propósito de los dioses: ensanchar la vida, cubrir de flores amarillas la playa de la muerte. Y transformar ambas en un canto indómito.



LILIANA BODOC (Ciudad de Santa Fe, Argentina, 21 de Julio de 1958 - 6 de febrero de 2018, Mendoza, Argentina). Desde los cinco años vivió en Mendoza, Argentina. Estudió letras en la Universidad de Cuyo, donde después ejercería la docencia, además de ser poeta y narradora. En Buenos Aires, su primer novela «*Los días del Venado*» no tardó en convertirse en un libro de mucha popularidad luego de que ella lograra con mucho esfuerzo conseguir una editorial dispuesta a editarlo, lo cual finalmente consiguió gracias a la alta calidad de escritura, interesante trama, entrañables personajes y paralelismo con la historia latinoamericana que caracterizan la novela.

La editorial Norma fue quien finalmente se encargó de hacer pública la excelente obra de Bodoc en 2000, a la que siguieron la segunda y tercer parte de la trilogía tituladas: «*Los días de la Sombra*» (2002) y «*Los días del Fuego*» (2004). Estas tres obras en su conjunto conforman la llamada «*Saga de los Confines*».

Desde el principio, el primer libro de su trilogía comenzó con las de ganar, habiendo ganado mercedamente los siguientes premios: Mejor libro de la Feria del libro de Buenos Aires (2000), el Premio Fantasía (2000), Lista de honor del Premio Andersen 2000, Mención especial, The White Ravens 2002, Premio Calidoscopio de Venezuela (2003).

También escribió otros libros como «*Diciembre Súper Álbum*», una novela corta juvenil publicada por editorial Alfaguara que ganó la distinción de «Destacados de Alija», «*Sucedió en Colores*», un libro de cuentos publicado en 2004, «*Amarillo*»

cuento publicado en la editorial Imaginaria y «*Puente de Arena*» en la antología de cuentos por la paz en 2003.

En el 2008 publicó *El espejo africano*, en 2009 *Presagio de Carnaval* y en 2013 *Memorias Impuras*.

Después de haber publicado libros sobre otras temáticas, Liliana Bodoc comenzó una nueva serie que podría considerarse la de mayor cercanía a los libros que le otorgaron la fama en lo que al género fantástico respecta. A pesar de haber comenzado como un proyecto conjunto con el artista Ciruelo con posibilidades de llevar la historia al cine, esto no se pudo concretar por diferentes razones y la historia continuaría únicamente de la mano de la autora en el formato de novela. No obstante, y si bien la saga se había anunciado como una tetralogía, solo se alcanzaron a publicar las dos primeras novelas debido al repentino fallecimiento de la autora el 6 de febrero de 2018.

La primera novela se tituló *Tiempo de dragones: La profecía imperfecta* (2015), mientras que la segunda recibió el nombre *Tiempo de dragones: El elegido en su soledad* (2017). Si bien la autora había terminado de escribir la tercera novela (cuyo título se desconoce hasta la fecha) antes de su muerte, aún no se han realizado anuncios en cuanto a su posible publicación. Por otro lado, la autora había mencionado en una entrevista que la cuarta parte haría las veces de una precuela de la historia principal.